ISABEL CÁNOVAS



La rebeldía de Elinor

BRIGHTON III

La rebeldía de Elinor

Isabel Cánovas

Bola Ocho Ediciones



Derechos de autor © 2024 Isabel Cánovas

Todos los derechos reservados

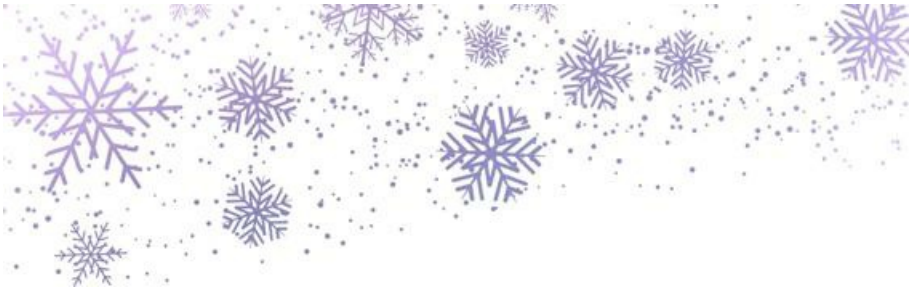
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Primera edición, enero 2024
Copyright © 2024 Isabel Cánovas
Ilustración y diseño: Adela Aragón
Corrección y maquetación: Bola Ocho Ediciones
Todos los derechos reservados.
SafeCreative código de registro: 2312176410094

A todas las mujeres escritoras y lectoras

Contenido

Página del título
Derechos de autor
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Epílogo
Agradecimientos



Capítulo 1

Wyndham Manor, Brighton, agosto de 1830

—Padre…, Madre…, deseo continuar mi educación en Eton.

Henry James Martin Cavendish, marqués de Suffolk, pronunció aquellas palabras con tanta seguridad que sorprendió por igual a sus padres, los duques de Wyndham. Andrew miró a su esposa con un ceño que denotaba contrariedad y ella respondió a su mirada con un gesto que demandaba paciencia. A continuación, la duquesa pidió a su hijo que se sentara en el sofá, entre ella y su esposo, y tomó la palabra.

—Henry, querido, ¿a qué se debe esta decisión? Pronto cumplirás dieciséis años y en Eton se gradúan a los dieciocho. Solo asistirías dos cursos.

—Siempre hemos pensado que estabas contento de recibir tu educación en casa, con tus preceptores —añadió el duque, girándose hacia su hijo.

—Y… Y estoy satisfecho con los conocimientos formales que me han aportado, así como lo estoy con vuestras enseñanzas, las cuales considero muchísimo más valiosas que las de ellos.

Henry alternó una mirada entre sus padres que traslucía agradecimiento en sus ojos azules.

—¿Pero…? —inquirió la duquesa al mismo tiempo que posaba una mano en la rodilla de su hijo.

—Necesito cambiar de aires, vivir experiencias nuevas, quiero relacionarme con otros jóvenes y… probarme a mí mismo que soy capaz de sobrevivir alejado del refugio de Wyndham. Os quiero, y amo a mis hermanos más que a mí mismo, pero hace tiempo que aquí me siento… ahogado.

Henry fijó la vista en los dibujos de la alfombra. No quería descubrir una mirada de decepción o dolor en los ojos de sus padres. Sería la primera y no sabría cómo encajarla.

Era consciente de la suerte que tenía de ser el hijo de Andrew y Emily Cavendish, y no debido a sus títulos nobiliarios. Había podido observar la relación de sus amigos con sus progenitores y no se parecía en nada al vínculo que él y sus hermanos tenían con los suyos. Sus padres se desvivían por apoyarlos, por escucharlos y por aconsejarlos siempre con paciencia y cariño. Y no solo eso, les hablaban sin tapujos del mundo en el que estaban creciendo y de las diferentes gentes que lo conformaban. Les exigían mostrar respeto si querían ser respetados y los animaban a desarrollar la empatía que prodigaba el ponerse en el lugar del otro antes de juzgar.

A pesar de su idílica vida familiar, algunos demonios lo asaltaban. Tenía casi dieciséis años, pero aparentaba doce. Sus formas redondas, su baja estatura y los malditos granos que surcaban su cara lo apabullaban cada vez más. Sus amigos habían ido pegando el estirón y estrenando navajas de afeitar, mientras que él parecía haberse quedado estancado en una niñez incómoda. Suponía que las burlas de sus conocidos no se debían solo a su apariencia o timidez, sino

también a gozar de una familia ejemplar por partida múltiple.

Los Wyndham eran el núcleo de un clan todavía más grande. Uno forjado en la amistad y no en la sangre. Por eso, Henry contaba con el cariño incondicional de los condes de Beaconshire y de los condes de Craven, de todo el pueblo de Brighton e, incluso, con la lealtad de varios clanes romaníes.

Henry sospechaba que precisamente uno de esos vínculos guardaba relación con que la reciente pulla de su amigo Hugh lo hubiera molestado en especial.

A pesar de tener una hermana melliza con la que compartía todas sus alegrías y preocupaciones, contaba con otra persona igual de especial en su vida: su amiga Elinor, su pequeño ángel.

Elinor era la hija de Michael e Isabella Beacon, condes de Beaconshire y duques de Silverstone, por designios establecidos siglos atrás. También era la marquesa de Carisbrooke, además de su más fiel compañera desde que aprendió a tirar de sus morenas trenzas.

Su mente vagó a la tarde anterior, que transcurría como muchas otras. Se habían reunido en su pérgola favorita del jardín, la de madera blanca que estaba rodeada de arbustos de arándanos, para hacerse compañía mientras cada uno se dedicaba a lo que más le gustaba. Reclinado en el banco acolchado, él leía el último manual de anatomía que su madre le había recomendado, mientras que Elinor se paseaba de un lado al otro bisbiseando las frases recién escritas de su nueva obra de teatro. La tercera vez que ella se detuvo en su ir y venir, zapateó el suelo y resopló, él levantó la cabeza de su propia lectura y la miró a la espera de saber qué provocaba su frustración.

—¿Y bien? —La acabó por animar con la pregunta infalible de su padre.

Su amiga frunció los labios y agitó en el aire tanto la cuartilla como el lápiz casi consumido que estaba usando. En breve debería regalarle otro cargamento, menos mal que el grafito no escaseaba.

—Es que no visualizo la escena, y eso que he sido testigo de abrazos entre mis padres en multitud de ocasiones, pero, claro, los suyos son amorosos y este…

—¿Es-escribes sobre abrazos, Elinor? —se azoró Henry en su asiento—. Pero ¿no estabas con la historia de una dama que se dedica a investigar asesinatos?

—Sí, pero no sé cómo ha aparecido un personaje siniestro que la abraza por detrás y ella debe desasirse de él… Tendré que preguntar a mi padre, que es el que domina las técnicas de defensa… —Elinor dejó de hablar y dirigió hacia él su inquisitiva mirada aguamarina—. A ver, espera, ponte de pie *Hendy*.

Mientras la obedecía —como siempre—, sonrió de medio lado y se detuvo a observarla. Ella tampoco aparentaba sus catorce años. Morena de cabello, de piel tostada y delgaducha, lo que más destacaba en su rostro exótico eran sus enormes ojos verdes azulados, herencia de su padre, con los que lo taladraba a la espera de que se acercara a ella. Elinor siempre tenía prisa y él siempre se tomaba su tiempo.

—No te atrevas a burlarte, *Hendy* Cavendish. —Lo amenazó con el lápiz.

—Es que me hace gracia que te sigas equivocando con mi nombre cuando te pones nerviosa —la apaciguó mientras se detenía frente a ella—. Está bien. ¿Qué tengo que hacer?

Ella lo examinó de arriba abajo con sus ojos inquisidores. Siempre lo hacía. Analizaba todos los elementos de la escena hasta encontrarlos perfectos. Demasiadas funciones habían interpretado para sus familias como para no saberlo. No obstante, esa tarde Henry no se sintió como siempre y la sensación empeoró cuando Elinor se dio la vuelta y le pidió que la abrazara.

—¿Có-cómo? —tartamudeó jadeante.

—Sujétame por los brazos para inmovilizarme, yo fingiré un desmayo y… Sí, creo que un pisotón y un codazo en tu barriga serán perfectos para deshacerme de ti —propuso satisfecha.

Henry se miró las manos conforme las alzaba. Le temblaban. «¿Qué ocurre aquí? ¿Estaré incubando alguna enfermedad? Será mejor que consulte luego con mi madre». Apoyó sus manazas de dedos gruesos en los codos de Elinor y un ramalazo de electricidad lo recorrió. «Pero ¿qué narices?», se preguntó dando un paso atrás.

—Tus dotes de actor apestan, Wyndham. Deja paso al nuevo Edmund Keane. —El tono seguro de Hugh se adentró en la pérgola conforme subía los escalones, puesto que su voz, a diferencia de la de Henry, sí parecía ya la de un hombre y no la de un gallo siendo torturado.

Sin protestar, Henry dio varios pasos hacia atrás, se cruzó de brazos y se apoyó en uno de los pilares para ver la escena. Elinor lo miró de reojo, le sonrió de forma cómplice y luego repitió sus instrucciones a Hugh.

—Trata de rodearme con tus brazos.

No bien terminó de hablar, el joven se afanó en obedecerla. A cambio, recibió un buen pisotón y un golpe en el vientre que lo dobló en dos y provocó la emisión de un sonoro quejido. Elinor volteó con rapidez y Henry se tensó a la espera de que su amiga expresara preocupación por Hugh. Sin embargo, lo que hizo ella fue agacharse hasta encontrar la mirada dolorida del joven y felicitarlo de forma tan excesiva que las comisuras de Henry se elevaron con satisfacción.

—Querida Elinor, si no fueras tú, me tomaría la revancha —farfulló Hugh mientras se incorporaba en su envidiable metro setenta.

—Tan solo actuaba —se excusó ella tomando de nuevo su cuartilla y su lapicero—. Además, has sido tú quien se ha ofrecido como voluntario.

—¿Cómo no ofrecerme si quien necesita ayuda eres tú? —respondió Hugh, que inclinó la cabeza y consiguió que ella abriera la boca sorprendida.

Henry sintió un retortijón de incomodidad. «¿Qué hacía Hugh? ¿Acaso estaba cortejando a Elinor? ¿A Elinor?». Bastante tenía con ser testigo de las miraditas entre su hermana Emi y el primo de Elinor, Simon, cada vez que venía de visita. Por cierto, que la voz de Hugh sonaba igual de empalagosa que la de su hermana. Consideró que lo mejor era volver a la casa, ya debía de ser la hora del té. Trató de pasar desapercibido y se acercó al banco a por su libro. Acababa de poner un pie en el segundo escalón, cuando sintió a Elinor a su lado.

—¿Acaso quieres comerte tú solo el pastel de arándanos de Rose? —lo increpó con cariño.

Él esbozó una tímida sonrisa que se esfumó en cuanto le llegó la cada vez más odiosa voz de Hugh.

—¡Y también se zampará la tarta de frutas que prepara tu madre si no lo vigilamos!

El recuerdo de lo acontecido veinticuatro horas antes le provocó un nudo en la garganta. Carraspeó para eliminarlo y sintió, en ese momento, la fuerte mano de su padre en el hombro.

—Yo no era mucho mayor que tú cuando me convertí en duque y debí asumir infinidad de responsabilidades para las que, te confieso, no estaba preparado. Considero apropiada toda experiencia que ayude a sentirte mejor y más seguro con el papel que te ha tocado jugar en la vida. Tienes mi apoyo, Henry —aseguró el duque mientras se ponía en pie y sonreía a su hijo—, por lo que será mejor que mande un mensaje a Eton si queremos que estés allí en apenas unas semanas. El curso comienza en septiembre.

Henry asintió, levantó la mirada del suelo y la cruzó, agradecido, con la de su padre. Luego se lo quedó mirando mientras su formidable figura salía de la biblioteca.

—Si tan solo me pareciera un poco a él —murmuró.

El apretón en su mano le advirtió de que su madre lo había escuchado. Sus palabras se lo confirmaron.

—Cariño, eres su viva estampa o lo serás en cuanto termines de desarrollarte. —Su madre miró hacia la puerta y un reflejo de tristeza cruzó sus ojos—. Ojalá él también hubiera podido alejarse de aquí cuando tenía tu edad. Tardó años en deshacerse de las cicatrices del maltrato y las humillaciones de su padre por no cumplir con sus expectativas.

—Sé que el abuelo era terrible. —Resopló asqueado—. Soy consciente de la suerte que tengo, madre, pero, en mi caso, mi… lucha es conmigo mismo —confesó Henry, cuya mirada volvía a perderse en el suelo.

—En ocasiones, lo más complicado es aceptarse y quererse a uno mismo. Coincido con tu padre en que si alejarte te va a dar herramientas para conocerte, para probarte y convencerte de lo maravilloso que eres, debes hacerlo. Aprende, Henry. Vuela y aprende.

En ese momento, Henry se incorporó y se echó en brazos de su madre. No le importó no ser ya un niño y se solazó en el cariño incondicional que ella siempre le brindaba. Se sintió querido y aceptado hasta que a su madre le dio por hacerle una pregunta que le tensó el cuerpo de sopetón.

—¿Ya le has contado a Elinor tu deseo de irte? Me consta que siempre es la primera en enterarse de tus secretos —terminó por decir con voz jocosa.

Henry se separó de su madre, la miró a los ojos y, enseguida, apartó la mirada. Esta vez la fijó en la ventana que daba a la pérgola.

—La buscaré antes de la comida y se lo comunicaré —respondió con voz algo temblorosa.

—Sí, mejor hazlo antes de que tenga a mano un cuchillo o el pastel de cumpleaños de tu hermana, no sea que acabes con él por encima.



Henry sabía que los estaban esperando. La familia al completo, es decir, sus padres, sus

hermanos Emi, Mary y Mike, los Beacon, los Craven, su tío Alfred y su esposa Clarise, la tía Camile de Londres, la tía Helen de Crowley e, incluso, la abuela Josephine se habían reunido para celebrar el decimosegundo cumpleaños de Mary y debían de estar ya todos sentados en la larga mesa del comedor. Sin embargo, no lograba tragar el maldito nudo que le impedía dar la noticia a Elinor.

La primera mirada de ella fue de curiosidad; la segunda, de preocupación; y la que le estaba dedicando en ese momento, acompañada del repiqueteo de su pie en el suelo, de impaciencia.

—Me dices que debemos hablar, me arrastras a la biblioteca y te quedas tieso y mudo como una estatua.

—E-Elinor —carraspeó, cogió aire y lo soltó todo de corrido—, me voy dos años a Eton.



Los condes de Beaconshire guardaron silencio durante el corto trayecto que unía Wyndham Manor con su hogar. En la tenue luz del atardecer que alumbraba el interior de su carruaje, observaban preocupados el rostro tenso de su hija. No era normal que su mirada aguamarina, perdida más allá de la ventanilla, careciera de brillo. Los ojos de Elinor, idénticos a los de su padre, siempre chispeaban, bien por una nueva idea para una de sus obras, bien por la emoción de un viaje o bien por una reunión con sus amigos más queridos. Precisamente por eso, Michael e Isabella no comprendían la actitud de Elinor, pues en ese momento regresaban de una de esas reuniones.

Cuando el carruaje se detuvo, Elinor apenas esperó la ayuda de Bak para descender del vehículo y entró rauda en la casa. Sus padres intercambiaron otra mirada preocupada, se cogieron de la mano y siguieron a su hija hasta la salita de recibir visitas, situada a la derecha del vestíbulo. Allí la encontraron, caminando rápido de un lado a otro y con la punta de su dedo meñique entre los dientes.

—Elinor, pequeña, ¿qué te ocurre? —preguntó la condesa.

La joven se detuvo, miró a su madre y apretó los labios. La indignación parecía no dejarla hablar.

—¡Es *Hendy*! —explotó.

Michael elevó las cejas al escuchar el nombre, mal dicho, del mejor amigo de su hija. Apretó la mano de su mujer para llamarle la atención y comenzó a atar cabos.

—Me ha parecido extraño que aparecierais tan serios en el comedor, cuando siempre andáis intercambiando risitas.

—Y habéis estado muy tensos y callados durante la comida —añadió Isabella, tirando de la mano de Michael a fin de sentarse los dos en el sofá y poder escuchar con atención a Elinor.

—Me ha dicho que se va a estudiar a Eton, ¡dos años!, y cuando le he preguntado por qué, me ha respondido que necesitaba un cambio de aires. ¿Será cretino? ¿Acaso existe un aire más

puro que el de Brighton?

Elinor los miró de forma alternativa a la espera de que sus padres afirmaran y le dieran la razón.

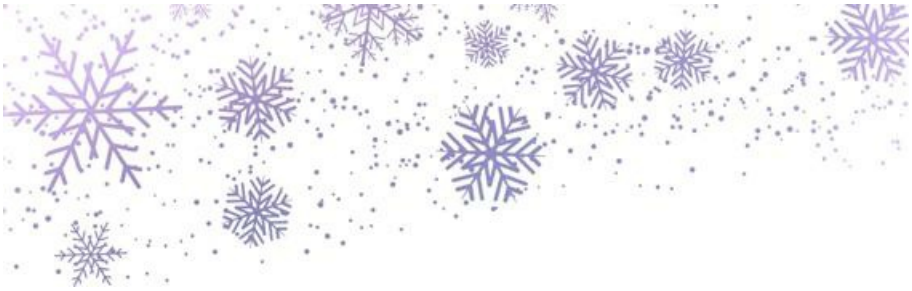
—Sospecho que el tema del aire no es el principal motivo para su marcha, *chey*. —Escuchar a su madre llamarla *hija* en la lengua de los gitanos la ablandó tanto que disimuló un sollozo y avanzó hasta poder sentarse entre las dos personas más importantes de su vida.

—Ya lo sé, mamá, pero estoy tan triste porque me… abandone que… —Elinor calló y apoyó la cabeza en el hombro de su madre.

Su padre tomó la palabra a la vez que le acariciaba la espalda con su mano enorme.

—Hija, Henry no te abandona, tan solo busca expandir sus conocimientos, vivir experiencias nuevas… Vendrá de visita a menudo y seguro que habéis acordado mantener correspondencia, ¿no es así?

—Sí. Después de gritarle varios reproches y de que él esperara a que me calmara, hemos prometido escribirnos. *Hendy* siempre espera a que me calme. —Suspiró hondo—. Nadie tiene tanta paciencia conmigo como él, nadie me escucha como él. Al final… me he colgado de su cuello y me ha abrazado. Tampoco nadie me abraza como él.



Capítulo 2

Seis años más tarde

Si no hubiera sido por la creciente preocupación que sentía por Bak, que luchaba desde el pescante por controlar los caballos y que debía de estar medio congelado, Elinor hubiera disfrutado de la imagen que se le mostraba tras la ventanilla. La luz del atardecer se reflejaba en los copos de nieve que caían desde su salida de Horsham y creaba a su alrededor una atmósfera hermosa y mágica, la cual se impacientaba por describir en su cuadernillo como escenario de una futura obra de teatro.

Un recuerdo de otro atardecer la asaltó de improviso. Suspiró, cerró los ojos y apoyó la frente en la ventanilla de su carruaje. Se trasladó de lleno a ese crepúsculo del invierno de 1823 en el que un niño y una niña, bien protegidos del frío, correteaban detrás de una *setter* para vigilar que no se hundiera en la frondosa capa de nieve. Furia, la mascota de la familia Cavendish, tenía trece años, le costaba seguirles el ritmo y ellos procuraban que se cansara lo menos posible. El problema era que la perra no parecía ser consciente de su edad.

—*Hendy*, si nos sentamos, ella también lo hará —recordó haber propuesto a su amigo.

Él observó con sus grandes ojos azules que todo lo analizaban la manta de nieve que los rodeaba, dudó unos segundos y, finalmente, se sentó y dio dos palmadas. Furia no tardó en buscar cobijo entre las piernas cruzadas de su dueño, que esbozó una mueca, algo tristona, mientras pasaba la mano por el lomo de su anciana mascota. Al captar ese gesto, ella se propuso de inmediato cambiárselo por uno de alegría. Se aprestó a sentarse a su lado y se dejó caer hacia atrás.

—*Hendy, Hendy,* mira. Podemos hacer ángeles. —Movió los brazos entre la nieve—. ¡*Hendy*!, dame la mano.

Su amigo le dedicó una sonrisa plena, se tumbó también y ella encerró su mano enguantada en la de él. Volvieron a mover los brazos y dos figuras aladas aparecieron bajo ellos para cobijarlos. Las risas les hicieron ignorar el frío que comenzó a atravesar las capas de ropa que los cubrían, hasta que Henry se percató del castañeo de sus dientes mellados. En ese momento, notó un tirón en el brazo que le hizo deslizarse sobre la nieve para terminar pegada al costado de él.

—Pareces un pequeño ángel, pero no eres resistente al frío —le susurró Henry, al tiempo que le pasaba el brazo tras los hombros para estrecharla contra su corpachón.

Elinor recordó que el frío no menguó demasiado, pero que se sintió tan bien, acurrucada contra su amigo, que no le importó. Rememoró también sus propias palabras en aquella escena, tan inocentes y a la vez tan dolorosas.

—Los ángeles son rubios, con ojos azules y piel blanquita; no con el pelo negro y la piel

oscura. Los ángeles no son gitanos.

Su amigo tensó su brazo y la estrechó aún más.

—Como si hubieras visto alguno. —Henry chasqueó la lengua, le clavó la mirada e imitó el ceño fruncido que su padre esbozaba cuando los pillaba en alguna travesura—. No me importa cómo los pinten en los techos o los describan en los libros, tú siempre vas a ser mi pequeño ángel.

Dentro del carruaje, Elinor se arrebujó en su capa y sonrió. Sin embargo, enseguida sintió en el corazón el pequeño pinchacito que siempre le provocaban los recuerdos de Henry, y eran tantos… Su amigo había estado presente en sus primeros catorce años de vida y, después de su marcha a Eton, lo siguió estando, solo que únicamente en forma de cartas.

Henry continuaba siendo su amigo más íntimo, la conocía mejor que nadie y era el guardián invisible de todos sus sueños y secretos. Su amistad siguió creciendo, forjada en misivas que no guardaron tanta regularidad como a ella le hubiera gustado. Hubo temporadas en las que, por cada diez cartas que ella le enviaba, tan solo recibía una en respuesta.

Por fortuna, iba a poder reprocharle eso en persona, en pocas horas, si la ventisca amainaba y conseguían llegar a Wyndham Manor. «¡La ventisca!». Elinor apartó a Henry de su mente y abrió los ojos. Con horror descubrió que la nevada no había hecho más que arreciar. El carruaje seguía su rumbo de manera lenta pero continua, y eso debía de suponerle un esfuerzo sobrehumano a Bak.

Golpeó el techo del vehículo con la esperanza de que los ruidos se superpusieran al clamor de la ventisca. Feliz, sintió que el carruaje ralentizaba su avance hasta detenerse por completo. Sin esperar, ella misma abrió la puerta, se afianzó la capucha y saltó al suelo, no sin dificultad. Se agarró la pesada falda, se acercó al pescante y esperó a que Bak descendiera. En cuanto lo miró a la cara se asustó.

—¡Bak! Dios mío. —Se quitó un guante, puso la palma contra la frente de su cochero y se estremeció—. Bak, estás ardiendo de fiebre, no puedes seguir conduciendo. —Elinor miró a su alrededor. Conocía el camino que unía Horsham a Brighton como la palma de su mano y le alegró constatar que estaban muy cerca de Crawley.

—*La-lady* Elinor, mé-métase en el co-coche —balbuceó Bak.

—Solo si tú entras primero. Esperaremos a que amaine y trataremos de llegar a la posada de Crawley. Allí nos conocen y nos darán refugio y tú podrás descansar, ¿de acuerdo?

—No… —Bak no terminó de hablar. Se desplomó contra la rueda delantera del carruaje y solo los brazos de Elinor impidieron que su caída hasta el suelo fuera demasiado fuerte.

—¡Bak!

Justo en ese momento, le pareció escuchar truenos. «Lo que faltaba. Que una tormenta se sume a la ventisca», lamentó. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que no se trataba de truenos, sino del retumbar de unos cascos contra el camino. Sin dejar de proteger con su torso a Bak, levantó la cabeza y, por debajo de la capucha, atisbó la enorme figura que componía un hombre encapuchado y su caballo. «Por favor, que no sea un salteador de caminos», rogó mientras un temblor de miedo la recorría. Por el contrario, la pregunta que retumbó por encima del viento no anunció malas intenciones por parte del recién llegado.

—¿Qué ha ocurrido?

—Mi cochero ha enfermado —gritó ella, girando de nuevo hacia Bak mientras percibía por el rabillo del ojo que el desconocido desmontaba—. Pensaba meterlo en el coche y esperar a que amainara.

—¿Me permite? —le pidió la grave voz masculina.

Ella se apartó lo justo para dejarle espacio al hombre que se había arrodillado con rapidez a su lado. No le veía el rostro, pero observó cómo se quitaba los guantes y los guardaba en los bolsillos de su sobretodo. Nunca había visto un modelo que incluyera capucha y apreció la versatilidad de la prenda ante una circunstancia meteorológica tan adversa como aquella. El desconocido repitió lo que ella misma ya había hecho: tomarle la temperatura a Bak; sin embargo, no se detuvo ahí y procedió a examinarlo con más detenimiento y con más seguridad. Le levantó los párpados superiores con cuidado para descubrirle las pupilas y puso dos dedos a un lado del cuello de Bak.

Sin mediar palabra, pasó un brazo bajo las axilas del enfermo, el otro, bajo sus rodillas y lo alzó a peso.

—Abra la puerta. —Lo escuchó ordenar mientras ella también se incorporaba.

Lo obedeció sin dilación y observó cómo el desconocido tumbaba a Bak en el suelo del carruaje con cuidado. Luego se encontró ante una situación que la tomó por sorpresa. El desconocido le ofrecía su mano desnuda para ayudarla a subir también al carruaje. Trató de escudriñar su rostro, pero dentro de la capucha y con el crepúsculo dando paso a la noche tan solo vio sombras.

—Si valora la vida de su cochero, suba de inmediato y tápelo con todas las mantas que lleve. Yo guiaré el carruaje hasta la posada de Crawley. —La firmeza de su voz, algo amortiguada, la terminó por convencer.

Apoyó su mano, también sin guante, en la de él y se dejó alzar hacia dentro del vehículo. Bak era lo primero, por eso se afanó en colocarle un cojín bajo la cabeza y cubrirlo con el par de mantas que ella misma había estado usando. Al terminar y entender que, de momento, no podía hacer nada más, se miró la mano que su salvador le había estrechado por breves segundos y se preguntó, azorada, cómo un contacto tan efímero le había provocado un estremecimiento tan intenso.



Henry se hizo la misma pregunta en cuanto la mujer entró en el coche y él cerró la puerta tras ella. Si bien, en su caso, obtuvo la sorprendente respuesta de inmediato. Ante él, el blasón del marquesado de Carisbrooke, grabado en el centro de la puerta, le anunciaba que acababa de socorrer nada más y nada menos que a *lady* Elinor Angelina Beacon. Su mejor amiga, su confidente, su… pequeño ángel.

La fuerte arremetida del viento lo sacó de su estupor y lo impelió a actuar. Se dirigió al pescante, ató a él su propia montura y subió para hacerse con las riendas de los cuatro caballos. Enfiló el camino de Crawley, se concentró en la conducción y se negó a pensar en Elinor. Ya tendrían tiempo de hablar cuando llegaran a la posada y atendieran a Bak porque, si ella era Elinor, su cochero no podía ser otro que el fiel romaní que, harto del nomadismo, había pedido

trabajo a la familia Beacon hacía años. Pero allí faltaba alguien más. ¿Dónde estaba Winnie, la dama de compañía de Elinor? ¿Por qué viajaba sola? Más cuestiones que preguntarle en cuanto la ocasión lo permitiera.

Por un momento, pensó en la idoneidad de lucir el escudo viajando sola. Al instante se respondió que si había un blasón capaz de garantizar la seguridad del ocupante de ese carruaje, era el de Carisbrooke. Era lo que conllevaba ser la heredera de uno de los ducados más antiguos del reino y, a la vez, ser considerada una auténtica princesa para muchos de los clanes gitanos de la zona. Elinor contaba con la lealtad de la nobleza inglesa y con la protección de todo un pueblo nómada.

Sus pensamientos regresaron al estado de salud de Bak tan pronto detuvo el vehículo lo más cerca de la puerta de la posada. Saltó del pescante, pidió al muchacho que salió del alojamiento que se encargara de los caballos en cuanto ellos entraran y abrió la puerta del carruaje. Introdujo su torso para poder asir a Bak con firmeza, lo cargó y se giró para atravesar la puerta del edificio. Conocía bien al dueño y, una vez dentro del cálido comedor, se dispuso a explicarle la situación; sin embargo, Elinor se le adelantó antes de que pudiera hablar. Sonrió de medio lado, pues no era la primera vez que la impaciencia de su amiga se imponía. La vio descubrirse la cabeza ante él, con lo que le ofreció la vista de su maltrecho recogido. Varios rizos negros que habían escapado de las horquillas danzaron sueltos sobre su capa y lo hipnotizaron durante unos segundos.

—Buenas noches, señor Jackson, Bak ha enfermado y necesitamos habitaciones para atenderlo —la escuchó pedir en su forma atropellada.

—*Lady* Carisbrooke, por supuesto, pasen, pasen. Ahora mismo mando a Penny a preparar la única que nos queda libre. Con este tiempo, muchos viajeros han buscado cobijo aquí —explicó el mesonero mirando a Bak con preocupación—. Lo que no sé es quién podrá atender a su cochero. Ya sabe cómo están los caminos.

—Lo haré yo mismo —aseguró él.

Fue entonces cuando Elinor se giró y él recibió el mazazo de su mirada aguamarina. Sus ojos eran los mismos que recordaba, pero ahora estaban enmarcados por un rostro irrealmente hermoso. De forma ingenua, nunca se había detenido a pensar en si Elinor habría cambiado. Cuando leía sus cartas, tan solo la imaginaba en una versión más alta de la última imagen que tenía de ella. Parpadeó sobrecogido y agitó la cabeza con tanto ímpetu que su capucha cayó hacia atrás. Esta vez fue ella la que abrió los ojos, sorprendida, supuso él, al reconocerlo a pesar del tiempo transcurrido y del pañuelo que le cubría media cara. «Menuda ocasión inoportuna para un reencuentro», pensó. En ese momento, acusó el peso de Bak, lo afianzó entre sus brazos y se alegró sobremanera al escuchar que el señor Jackson los invitaba a seguirlo a la primera planta.

Una vez dentro de la habitación, estiró a Bak sobre la cama y se incorporó para deshacerse de su pesado sobretodo, dejándose puesto el pañuelo que le cubría nariz y boca. Luego, comenzó a desabrochar el abrigo de Bak sintiendo sobre él, en todo momento, la mirada de Elinor. Entendió que no fuera capaz de hablar; debía de estar atónita. En ese momento, el posadero se disculpó por no poder ofrecerles una habitación más grande y preguntó en qué podía servirles.

—Necesitaré mantas, toallas y agua tibia.

—De inmediato, milord, les subiré también algo de sopa para ustedes y por si Bak pudiera tomar luego una poca.

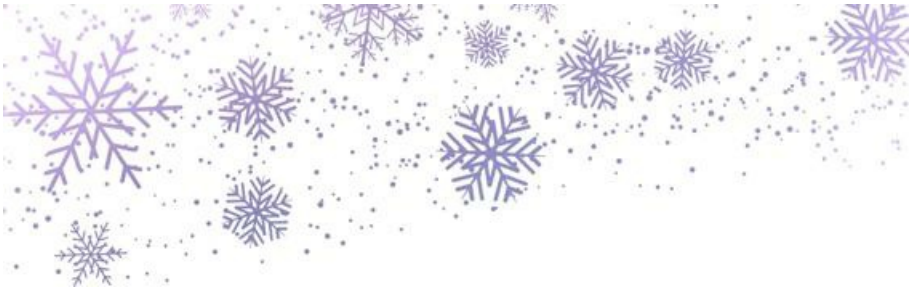
—Gracias, señor Jackson —respondió al mismo tiempo que apartaba el abrigo del enfermo y procedía a desanudarle la chaqueta.

Cuando el mesonero salió de la habitación, sin cerrar la puerta del todo, Henry cayó en la cuenta de que no era para nada correcto que Elinor permaneciera en la habitación, por mucha

confianza que tuviera con él y por mucho aprecio que le tuviera a Bak. Volteó hacia ella con la intención de comentárselo, pero descubrirla con el meñique entre sus dientecillos y con sus preciosos ojos clavados en él lo aturdió.

Al fin, tras un baile de miradas que amenazaba con volverse bastante incómodo, fue ella la que habló y la que, con sus preguntas, provocó que el frío de fuera se colara y le enfriara el corazón.

—¿El señor Jackson lo ha llamado «milord»? ¿Es usted noble? ¿Y, además, médico?



Capítulo 3

—No puedo creerlo —le pareció que respondía aquel hombre a sus preguntas.

Lo vio negar con la cabeza, fruncir el ceño y devolver su atención a Bak. Ese gesto la hizo envararse y comenzar a golpear el suelo con su pie derecho. «¿Me está ignorando a propósito? ¿Quién se cree que es?». Respiró hondo y caminó hasta detenerse al otro lado de la cama. El desconocido ni siquiera levantó la mirada hacia ella.

—¿No piensa responderme? —le demandó.

—Sí, soy noble y sí, soy médico. Y como usted también pertenece a la nobleza, le aconsejo que se marche ahora mismo de esta habitación si no quiere ser la… «protagonista» de un escándalo.

Elinor no estaba acostumbrada a que le hablaran con tanta rudeza y, si bien ese… «caballero» tenía razón, no estaba dentro de su naturaleza mostrarse sumisa y obediente; al menos no a la primera.

—Ya ha escuchado al señor Jackson: no disponen de más habitaciones libres. Además, Bak es una persona muy estimada en mi familia y no pienso dejarlo solo en manos de un… desconocido. Esto… Esta es una situación excepcional y urgente, y lo atenderá en mi presencia.

Esperó que él no notara el temblor en sus rápidas palabras.

—Está bien. Ya que insiste, ayúdeme a quitarle los pantalones —le pidió él con esa voz ronca y controlada que la sacaba aún más de sus casillas.

—¡¿Cómo se atreve?! —le espetó.

No estaba preparada para que él levantara la cabeza de golpe y enfocara sus ojos azul cielo en los de ella. El pañuelo sobre su nariz los hacía destacar todavía más. El estómago se le encogió.

—¿No quería estar presente? —le reprochó con su cadencia lenta—. Pues écheme una mano o aléjese y deje de molestar.

Elinor le mantuvo la mirada y se congratuló tontamente cuando fue él quien apartó primero la suya. La llegada del señor Jackson y de su esposa con los brazos cargados la distrajo de la inoportuna batalla que mantenía con el desconocido.

Se acercó a la mujer esbozando una sonrisa de agradecimiento, le retiró parte de su carga de mantas y las depositó en el sofá situado bajo la única ventana de la habitación.

—*Milady*, nuestro hijo traerá en un momento su equipaje y el de milord. Permítame aconsejarle que se cambie y beba un tazón de caldo. —La posadera bajó el volumen de su voz—. Puede ocupar nuestra habitación, mi marido y yo dormiremos en otro lado.

—De ninguna manera voy a expulsarlos de su habitación. Solo la tomaré prestada para cambiarme y volver aquí de inmediato —respondió ella con total seguridad para asombro de la otra mujer.

Cuando se dio la vuelta, comprendió que el doctor y el señor Jackson habían aprovechado el

momento para librar a Bak de sus ropas y para taparlo con varias mantas. El posadero recogía las prendas mojadas, mientras que el doctor observaba el contenido del cuenco de sopa que sostenía entre sus manos. Unas manos grandes, de largos dedos. Elinor parpadeó y viró sus ojos hacia el rostro del médico. ¿A qué esperaba para bajarse el pañuelo y beber?

Sus ojos la atraparon de nuevo mientras lo estudiaba, por lo que se afanó en apartar la mirada y seguir a la posadera hasta la puerta. Allí se encontraron con el joven que había subido el equipaje. Ella tomó el suyo e ignoró el maletín y el petate propiedad del doctor.

En la humilde habitación de los Jackson, Elinor se cambió las prendas húmedas por un vestido sencillo y, de inmediato, se sintió más cómoda. Se soltó el pelo, se pasó una toalla por él e improvisó un discreto recogido. A continuación, tomó de nuevo su valija y se dirigió a la habitación de Bak. Empujó la puerta entreabierta y, a causa de la impresión por lo que vio, la valija se le resbaló de la mano y cayó al suelo con un seco ruido.

—¿No sabe llamar?

El reproche sonó duro en la voz grave del hombre que permanecía en una esquina de espaldas a ella; de espaldas y solo con los pantalones y las botas puestos. Jamás había visto el torso desnudo de un hombre. Las ilustraciones de estatuas de los libros no contaban. Esas ilustraciones no reproducían, ni por asomo, el juego de luces que la lámpara de gas de la mesita proyectaba en la piel del doctor. Mucho menos evidenciaban los movimientos de tantos músculos necesarios para ponerse una camisa por la cabeza, meter los brazos por las mangas y bajarla por su torso hasta remeterla por unos pantalones que debían de tener abiertos los botones y bajada la tapeta…

Elinor tomó aire, se agachó lentamente a recoger su equipaje sin apartar la mirada y recordó responder.

—¿Acaso no me ha escuchado decir que volvería en cuanto me… —él se giró. No llevaba el pañuelo puesto— cambiara?

—¿Y no ha supuesto que yo también necesitaría cambiarme? —le reconvino él mientras se acercaba a ella.

Elinor se protegió con la bolsa, dio un paso atrás y pegó la espalda a la pared. Al pasar el doctor ante ella y dirigirse a la mesita de noche, le llegaron tanto su aroma masculino como sus palabras pausadas.

—Lo que me faltaba por ver: que me tuvieras miedo.

¿Lo había escuchado bien? ¿Miedo? No, no era miedo lo que había sentido. Era algo totalmente desconocido, aunque sí muy inquietante.

—Yo no le temo, doctor…

Elinor no pudo ver su mueca burlona antes de que él le respondiera.

—Doctor Rowling.

Henry no podía entender que Elinor siguiera jugando. ¿O realmente no lo reconocía? ¿Era eso posible? Sí, al fin, su cuerpo decidió estirarse hasta parecerse al de su padre y sí, también desaparecieron aquellos molestos granos, no sin dejar alguna que otra marca. Pero Elinor, de entre todo el mundo, debería haberlo reconocido. Al cambiarse, se retiró el pañuelo que usaba de mascarilla para que ella le viera la cara, pero lo único que consiguió fue asustarla. Increíble. No lo reconocía y, además, lo temía.

Le dolían tanto ambas circunstancias que, en un arranque infantil, le dio el nombre con el que se presentaba en el resto de Europa, cuando no quería desvelar su origen noble: el apellido de su madre. Mientras sacaba del maletín el instrumento para auscultar a Bak, se dijo que él sí la habría reconocido. Que aunque no hubiera visto el blasón de su título, solo con verle los ojos hubiera sabido que estaba ante su pequeño ángel.

En sus recuerdos y en sus cartas, lo seguía siendo; sin embargo, la mujer con la que llevaba un rato tratando no tenía nada ni de pequeña ni de angelical. Por el rabillo del ojo la vio colocarse al otro lado de la cama y posar la palma de la mano en la frente de Bak. «Vaya, quizá sí que conservas algo de ángel», pensó al tiempo que se ataba un nuevo pañuelo tras el cuello y se lo colocaba sobre la nariz. Luego, enrolló una hoja de papel hasta lograr un firme canutillo, se lo colocó en la oreja y puso el otro extremo sobre el pecho del paciente.

—¿Qué hace?

Casi sonrió al constatar que ella tampoco había perdido su inquieta curiosidad.

—Ausculto los latidos de su corazón —le explicó, sin mirarla.

—Y ¿por qué se tapa la boca? Nunca he visto hacerlo antes.

Ella comenzó a inclinarse sin duda para no perderse detalle y a él le costó no cruzar sus miradas. Obvió responder su pregunta.

—¿Acaso ha visto trabajar a muchos doctores? —preguntó, sin embargo, mientras guardaba el canutillo y sacaba un tarro de cristal.

—Al doctor Rose, de Brighton, y a mi madrina, mi tía Emily.

Henry sonrió de espaldas a ella y no pudo resistirse a provocarla.

—¿Una mujer doctora? ¿En serio?

La oyó resoplar con claridad. El pequeño ángel se había indignado.

—Mi tía Emily no solo tiene su certificado de matrona colgado en la biblioteca de su casa; además, para su información, le diré que atiende a toda clase de enfermos, no solo a mujeres. —Tras un silencio que únicamente sirvió para que ella tomara carrerilla, continuó—. ¡Y los cura! ¿Sabe? Mi tía Emily es una mujer muy inteligente, increíble y valiente y, si no fuera por ella, yo no estaría aquí.

Henry se giró de inmediato con el remedio que acababa de preparar en un vaso y poco faltó para no verterlo sobre el enfermo. Se topó con los iris llameantes de Elinor que lo retaban a decir algo en contra de su tía, algo que él jamás haría, por supuesto.

—Cuénteme eso de que mi… su tía la salvó —le pidió con interés, pues desconocía por completo ese dato.

El fuego de los ojos de Elinor amainó un tanto, hecho por el que él dio las gracias. No quería correr el riesgo de quemarse en él. Bastantes veces salió escaldado de esa mirada en el pasado.

—Esto es algo… inapropiado.

—Soy médico, le guardaré el secreto. Piense en mí como si fuera un sacerdote.

Su comentario provocó que la mirada desconcertada de Elinor descendiera por su cuerpo y ascendiera de nuevo hasta sus ojos. Ese escrutinio lo incomodó y apartó la mirada con rapidez. Se concentró entonces en incorporar a Bak lo suficiente como para que bebiera el remedio y, al

poco, la escuchó hablar.

—Mi madrina atendió a mi madre cuando me dio a luz. Al parecer, mi madre llevaba horas sufriendo. Se temía por su vida, porque yo no estaba en la posición adecuada y tía Emily supo… Ella me ayudó a nacer.

¿Podía sentirse más orgulloso de su madre de lo que ya se sentía? Sí. Su madre no solo salvó las vidas de su tía Isabella y de Elinor, sino que, al hacerlo, le regaló la mejor compañera que un niño tímido y acomplejado podía tener. Una amiga que jamás lo juzgaba. Un ángel dispuesto a defenderlo y a apoyarlo de forma incondicional.

Henry se aseguró de que Bak hubiera tragado todo el remedio y giró para dejar el vaso vacío en la mesita, sintiendo los ojos de Elinor sobre cada uno de sus movimientos. En ese aspecto eran iguales, a los dos les apasionaba observar, analizar y preguntar, solo que ella lo hacía de forma menos discreta que él. Tomó entonces la decisión de decirle quién era y dejar de lado aquella tonta farsa.

—Eli…

—¿Qué le ha dado? —lo interrumpió ella.

—Una dilución de quinina —respondió con paciencia.

—Oh, mi tía también la usa para bajarnos la fiebre.

—Lo sé, lo aprendí de ella.

Elinor estaba subiendo la manta sobre el pecho de Bak cuando la frase del doctor cobró sentido en su mente. Se incorporó poco a poco, lo miró y, a pesar del pañuelo, descubrió en sus ojos achicados el principio de una sonrisa. No podía ser. Sin embargo, y a pesar de la incredulidad, sintió acelerarse los latidos de su corazón como si este ya supiera la verdad. Quería decir su nombre en voz alta para asegurarse, pero alguien despejó la incógnita por ella.

—Lord Suffolk, disculpe, les dejo té caliente, recojo los cuencos vacíos y me retiro. No dude en llamarme si me necesita.

—No se preocupe, señor Jackson, no creo que sea necesario. La situación de Bak no reviste gravedad.

—¡Qué buena noticia, milord! Buenas noches, entonces.

A Elinor le pareció estar contemplando una escena escrita por ella misma, una en la que, al igual que muchas veces, el protagonista estaba interpretado por la misma persona. Solo que esa persona había cambiado tanto que su mente se negaba a reconocerlo, a pesar de que su corazón ya le hubiera aclarado quién era.

—¿*He-Hendy*? —musitó

—Hola, pequeño ángel.

Su voz. Esa voz ya no era la que ella recordaba, pues no tenía nada de infantil. ¡Caramba! Nada en él era infantil. Su rostro cincelado, su cuerpo alto y fuerte, su aplomo eran los de un hombre que… tampoco aparentaba los veintidós años que tenía.

Sin ser consciente de lo que hacía, dio los pasos necesarios para acortar la distancia que los separaba y detenerse ante él. Se mordió los labios y levantó la mano con la intención de descubrir su cara, pero él le sujetó la muñeca a medio camino para impedirlo.

—No lo hagas —ordenó.

No entendió su petición, pero tampoco le molestó, porque su mano había quedado resguardada en la de él y el calor que le subía por el brazo le estaba caldeando todo el cuerpo. Como cuando se acercaba a la chimenea al regresar a casa después un largo paseo invernal. Igual de reconfortante. Era él.

—¿Qué… qué te ha pasado?

—Que crecí —Y reconoció en esa voz su tono paciente de siempre ante sus tontas preguntas.

—*¡Hendy!* —gritó entonces sin poder contenerse más.

Henry no esperaba que ella se le echara encima, por lo que apartó la cara con rapidez todo lo que pudo. Tomada la medida, nada impidió que la estrechara entre sus brazos. La oyó reír y llorar al mismo tiempo y esa combinación de risas y lágrimas le derritió el corazón. Por fin, después de seis largos años, volvía a abrazar a su amiga.

Y entonces, cuando tras unos segundos en silencio sus manos acariciaron su espalda esbelta, y el olor dulce de su pelo y su piel lo rodearon, ocurrió. Aquella tensión perturbadora que lo había sobrecogido seis años atrás lo recorrió de nuevo con más fuerza que nunca. Su respiración se volvió pesada al mismo tiempo que su cerebro comenzaba a martillearlo con reproches. Llevó las manos a los hombros de Elinor y la apartó de su cuerpo, luego dio dos pasos hacia atrás.

—Me-me alegro de verte, Elinor —farfulló bajando la vista al suelo.

Ella acortó un paso, él se retiró.

—Hen-Henry, te he echado tanto de menos, aunque no hayamos dejado de escribirnos y contárnoslo todo, y siento no haberte reconocido, pero es que has cambiado mucho y pareces más mayor y… ¿por qué diantres pareces más viejo? ¡No me aseguraste que pudieras venir! ¿Querías sorprenderme al aparecer en Wyndham por Navidad? No, claro, tu viaje es por Emi y por mi primo Simon, por su matrimonio, ¿no? Pero, pero tú sí me has reconocido. ¿Por qué has sido insolente conmigo?

Henry elevó una comisura con humor, negó con la cabeza, resignado, y levantó la mano con intención de pedirle un respiro; para los dos.

—Elinor, será mejor que nos sentemos y nos tomemos ese té antes de que se enfríe.

—¿Cómo puedes mostrarte tan tranquilo cuando yo solo quiero gritar y saltar? —protestó ella.

—Me complace tu alegría y… la comparto, créeme, pero no es el momento ni el lugar adecuado para expresarla tan… tan a tu manera. Bak duerme, todos los huéspedes están descansando y la puerta está abierta. Cualquiera que pase podría vernos, Elinor.

Elinor le buscó la mirada errante. La mirada esquiva de Henry formaba parte de su manera de ser, pero necesitaba mirarlo a los ojos. De repente, inmersa en sus iris azules, la realidad la golpeó. No se estaba mirando en los ojos de su amigo de la infancia, lo hacía en los de un hombre de veintidós años, de noche, en una posada, sin más compañía que la de su cochero enfermo. El abrazo que le había dado era considerado impropio, así como toda la situación. Odiaba esas tontas restricciones sociales, pero él tenía razón y si alguien llegara a saberlo…

—Lo siento. —Se retiró hasta el extremo del sofá y aumentó la distancia entre ellos—. Mi… preocupación por Bak no me ha permitido ser consciente de… Debí aceptar el ofrecimiento de la señora Jackson de dormir en su habitación, pero no quería importunarlos. Y… la sorpresa de saber que has vuelto… Tenerte frente a mí…

Henry no soportaba verla así. Le dolía el alma y se maldijo por haber apagado su entusiasmo, pero debían ser conscientes de que ya no eran unos niños y de que las cosas no serían igual. No podrían andar de la mano arriba y abajo, ni desaparecer en sus escondites favoritos; no podrían colarse en las cocinas de Wyndham para robar dulces a Rose ni salir a cabalgar solos. Cuando llegaran a su casa, a pesar de ser un hogar bastante flexible respecto a las normas sociales, deberían acatar algunas de ellas. Para tratar de disipar la niebla de tristeza de los ojos de Elinor, decidió dar respuesta a algunas de sus preguntas.

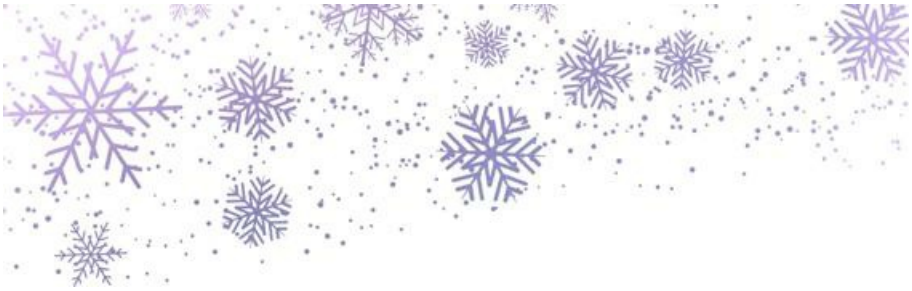
—Eh, pequeño ángel. ¿Quieres saber por qué parezco un anciano? —Elinor dejó de contemplar su vaso vacío de té y lo miró—. Es por el sol que luce en el resto de Europa. —Henry

sonrió para acentuar las leves arrugas de alrededor de sus ojos.

Elinor no imitó su sonrisa, tan solo frunció la comisura de su boca. Por segunda vez en pocos minutos levantó la mano con la intención de tocar su cara, pero enseguida volvió a bajarla hasta su regazo.

—No es por el sol, Henry. Las sombras bajo tus ojos son por agotamiento. Olvidas que me has hablado sobre tus estudios e investigaciones, lo que no entendí por tus cartas era que te absorbían tanto. Menos mal que has vuelto y que ahora podrás descansar.

«No te lo conté todo, pequeño ángel. ¿Cómo hablarte del sufrimiento que he presenciado en Francia e Italia? ¿Cómo contarte a lo que me he expuesto? ¿Cómo confesarte ahora que no he vuelto para quedarme?».



Capítulo 4

La alegría inicial por el reencuentro se volvió incómoda para los dos. La mirada y la actitud de Henry le advirtieron de que, a pesar de haber compartido con ella muchas de sus experiencias y pensamientos, eran muchos más los que guardaba para sí. Tenía la sensación de que, mientras que ella se abrió sin reservas en sus escritos, él le ocultó gran parte de su vida. Y sospechaba que justamente lo que no le contó era aquello que ahora nublaba su mirada y endurecía su semblante.

Lo observó de reojo. Su mirada preocupada vagaba más allá de la ventana, como si quisiera adivinar el itinerario de todos los copos de nieve que ahora ya no azotaban la posada, sino que se mantenían suspendidos de forma mágica.

—Henry…, ¿no te alegras de haber vuelto? ¿No ansías abrazar a tus padres y a tus hermanos? ¡Emi y Simon se casan! Y estas van a ser las mejores Navidades en muchos años porque, al fin, las celebraremos juntos.

Él respondió a sus palabras con su ladeada sonrisa y la miró de nuevo. Luego, como siempre, respondió con calma.

—Abrazar a mi familia es lo que más deseo, Elinor; los abrazos se vuelven un bien muy preciado cuando no se pueden dar. Cuando se necesitan y no se tienen, duele el alma. —Henry meneó la cabeza, suspiró y amplió su sonrisa a fin de deshacerse de pensamientos tan profundos —. Y ¿qué quieres que te diga de la boda de la temporada? ¿Existen dos personas más destinadas a estar juntas que Simon y mi hermana? Siempre bromeábamos con que llevaban prometidos desde que se vieron por primera vez.

Elinor sintió sus comisuras elevarse con el recuerdo.

—¿Cuántas veces nos reímos de ellos por su manera de mirarse?

—Y porque mi hermana se ruborizaba hasta las orejas.

—¡Lo sigue haciendo! Ella se pone roja y él carraspea. Son adorables.

—¿Cómo iba a perderme su boda? —Henry hizo una pausa y desvió la mirada a un punto detrás de ella—. Y ¿cómo iba a perderme la oportunidad de reencontrarme contigo?

—¿De verdad eso te alegra? —preguntó temerosa mientras se inclinaba a un lado para que sus miradas se encontrasen de nuevo.

—¿Por qué lo dudas? —Él arrugó el ceño.

—No lo sé. Simplemente, lo siento así —se sinceró ella.

La mirada de Henry se tornó tan intensa que su corazón se estremeció.

—Elinor, verte de nuevo es lo mejor que me ha pasado en años. Por favor, no lo dudes. —Elinor creyó que él se acercaría, que quizá tomaría su mano entre las suyas en una muestra de afecto. Sin embargo, se enderezó y se acomodó en el sofá, de manera que su bonita confesión contrastó con su actitud distante—. Pequeño ángel, será mejor que duermas algo. Yo vigilaré a Bak.

Asintió distraída, se descalzó y escondió los pies bajo la manta con la que se dispuso a cubrirse hasta el cuello. Apoyó la cabeza en el mullido respaldo del sofá y cerró los ojos. Antes de abrirlos de nuevo, tuvo la sensación de que apenas habían pasado unos minutos, sin embargo, notaba la claridad de un nuevo día tras los párpados. También notaba algo más. Respiraba un aroma familiar y, a la vez, añorado. Su rostro ya no descansaba sobre el respaldo del sofá, porque podía escuchar bajo su oreja la cadencia de una respiración profunda y, si prestaba atención, incluso percibir los fuertes latidos de un corazón. El calor en sus hombros no provenía de la manta, sino del brazo que la estrechaba.

¿Estaría soñando? Abrió los ojos y supo que, efectivamente, estaba soñando. Porque debía de ser un sueño tener a Henry de nuevo con ella, y sentirse cobijada en su pecho, como lo había hecho tantas veces antes. Aprovechó para contemplarlo de manera clandestina: su pelo despeinado sobre su ancha frente, sus pobladas cejas, su ceño relajado, su nariz levemente torcida… Sonrió al recordar la mañana lejana en la que sus padres les enseñaron a pescar en el río Adur y ella acabó dándole un golpe a Henry en la nariz al tirar la caña hacia atrás.

De repente, sintió un hormigueo en el índice. Quería reseguir su nariz, descubierta por la caída del pañuelo durante la noche. Quería recorrer sus rasgos nuevos para memorizarlos y fue ese deseo impropio el que le causó un aleteo tan violento en el pecho que la asustó. Debió de moverse, porque, de repente, tenía las pupilas de Henry sobre las suyas. Durante unos segundos, se sostuvieron la mirada en silencio y el aleteo de su pecho se volvió frenético bajo el escrutinio masculino. Atrapada y avergonzada, apoyó la mano en su vientre y se echó hacia atrás. Él gimió.

—Lo-lo siento, *Hendy*. ¿Te he hecho daño? Ha amanecido. Nos quedamos dormidos. ¡Oh, Dios mío, Bak! —Recordó a su cochero y enseguida abandonó el abrazo de Henry para levantarse e ir hacia la cama. Puso la palma en la frente del enfermo y, sin mirar a Henry, suspiró con alivio y dio la noticia—. Le ha bajado la calentura.

«A mí, no», pensó Henry de improviso. Al momento, se reconvino. Se tomó su tiempo para incorporarse. Todavía notaba el calor agradable del cuerpo de Elinor entre su hombro y su pecho y quiso conservarlo un poco más. Finalmente, respiró hondo un par de veces, se levantó y caminó hacia la cama colocándose bien el pañuelo.

Mientras lo hacía, pensaba en cómo se las apañaría cuando llegara a casa. No podría usar el pañuelo sin alarmarlos, especialmente a su madre. Debería mantener las distancias todo lo posible, aunque sospechaba que no iba a ser fácil. Lo mejor sería hablar con sus padres al respecto.

—¿Bak? —Puso una mano en el hombro de su paciente.

El hombre abrió los ojos y Henry le ofreció un poco de agua.

—Lord Suffolk, *lady* Carisbrooke…

—¿Cómo te encuentras? —preguntó ella.

—Como si todos los caballos de mi primo me hubieran atropellado.

Elinor rio.

—Hohan jamás lo permitiría. —Henry le palmeó el hombro—. Estamos a dos horas de casa, ¿te sientes bien como para aguantar el viaje en carruaje?

—No querrá decir que yo…

—Quiero decir exactamente eso. Yo conduzco y tú viajas dentro —afirmó Henry.

—Imposible, *lady* Carisbrooke no puede…

—Trate de decirle a *lady* Carisbrooke lo que puede o no puede hacer. —La miró, la vio morderse el meñique y sus ojos se perdieron analizando ese gesto. Tuvo que carraspear—. Bien, avisemos a los Jackson, debo hablar con ellos. Todavía es temprano y lo mejor será que partamos

sin demasiados testigos.

Bak iba a protestar de nuevo, pero Elinor puso su mano sobre la de él.

—Será un placer viajar contigo y que me cuentes las últimas noticias de Hohan y Keyla, vienen muy poco a vernos.

—Como usted diga, *lady* Carisbrooke.

Mientras Elinor iba a avisar a los posaderos y aprovechaba para cambiarse, Henry ayudó a Bak con su ropa, de manera que, para cuando el matrimonio apareció acompañado de la joven, los dos hombres estaban casi listos para partir. El grupo bajó las escaleras, atravesó el comedor en el que algunos viajeros tomaban un temprano desayuno y salieron al exterior, donde el hijo de los Jackson los esperaba con las riendas del caballo de Henry en la mano y el carruaje listo.

Henry ayudó a subir y a acomodar a Bak bajo las mantas y luego ofreció su mano a Elinor. No se miraron al unirlas y esta vez los guantes amortiguaron el chispazo. Por último, se giró para dedicar al matrimonio unas palabras y entregarles una bolsa que asegurara su discreción, por el bien de Elinor. Satisfecho con la promesa de los posaderos, se despidió y subió al pescante para hacerse con las riendas y azuzar a los caballos. En poco tiempo volvería a ver a su familia.

Elinor sonrió al divisar desde el promontorio el camino que descendía hacia Wyndham Manor, sede del ducado de Wyndham y hogar de Henry. El lugar en el que ella se sentía tan en casa como en Beacon Manor, por haber correteado multitud de veces entre sus paredes desde pequeña.

Al fondo, distinguió el pueblo de Brighton y, a la izquierda, el mar. Apartó la mirada para dirigirla a Bak y descubrió que también sonreía. Él respondió a su callada pregunta.

—Es un buen lugar para vivir y echar raíces. En el norte hace demasiado frío, no sé cómo mi primo Hohan y su esposa lo prefieren a esto.

—Siempre dicen que el norte es mejor para la cría de caballos; y debe de serlo, porque nuestras caballerizas y las de Wyndham están llenas de sus magníficos ejemplares.

La conversación sobre caballos continuó hasta que el carruaje se detuvo ante la impresionante fachada de la mansión rural.

Henry saltó del pescante y se retiró el pañuelo. Se disponía a abrir la puerta del carruaje cuando se abrió la de la casa y una multitud de personas salieron de forma apresurada para bajar las escaleras hacia ellos.

Henry fue engullido entre los brazos de su madre por lo que a su padre no le quedó más remedio que tratar de abarcarlos a los dos. Por otro lado, Thomas, el mayordomo de la familia, ayudó a bajar a Bak y lo acompañó adentro, sin dejar de mostrar en su cara una expresión de asombro por la disposición en el carruaje de los recién llegados. Cuando Elinor asomó por la puerta, su padre no le dejó ni pisar el suelo, pues al momento la tenía levantada entre sus brazos.

—Está bien, *whitey*, no la acapares y permite que reciba a mi hija —pidió la condesa de Beaconshire.

Terminados los abrazos paternos, llegó el turno de los hermanos de dar la bienvenida. Luego, entre abrazos y risas, subieron las escaleras y se dirigieron en grupo hacia la salita del desayuno, donde todos retomaron sus asientos y dejaron libres, como siempre, los dos que solían ocupar Henry y Elinor. Una vez acomodados, tomó la palabra el duque de Wyndham.

—¿Y bien?

Henry, percibiendo ya la intención de Elinor de explicarlo todo y de hacerlo, seguramente, con más detalles de los convenientes, levantó la mano con el mismo gesto que usaba su padre para demandar silencio. Su amiga lo miró y elevó las cejas en un gesto indignado.

—Debido a la fuerte ventisca, anoche no me quedó más remedio que buscar refugio en la posada de los Jackson. Cuál no ha sido mi sorpresa esta mañana cuando he visto aparecer a Elinor y a Bak. Me han explicado que ayer también se vieron obligados a hospedarse en la posada, no solo por la ventisca, sino porque Bak se sintió indispuesto. Y Elinor, como es comprensible, insistió en pasar la noche allí. —Echó un rápido vistazo a Elinor y se dirigió de nuevo a toda su audiencia—. Y todos sabemos lo que ocurre cuando Elinor insiste en algo —apuntilló en voz más baja.

Sentía que ella lo observaba con mayor intensidad a cada segundo que pasaba, pero, por fortuna, mantuvo la boca cerrada.

—¿Y qué ha pasado con Winnie? —preguntó Isabella a su hija.

—Se torció un pie al bajar las escaleras de la escuela y le recomendaron reposo absoluto —respondió Elinor entre dientes.

—Luego visitaré a Bak, por si necesitara algún remedio —comentó su madre.

Henry atisbó cómo desaparecía la mano izquierda de su padre por debajo de la mesa, sin duda para estrechar la de su madre. Ser testigo del amor que se profesaban sus padres había elevado ese sentimiento a un nivel que creía inalcanzable para él. Sinceramente, no consideraba poder llegar a amar y ser amado de esa manera, una manera que también parecían compartir los padres de Elinor.

—¡Qué bien que ya estéis aquí para uniros a los preparativos! —Su hermana lo sacó de sus cavilaciones.

—¿Los de la Navidad o los de la boda? —intervino Elinor palmeando el hombro de Simon.

—¡Ambos! —exclamó Emi—. Cuento contigo como mi dama de honor, así que te espera una larga lista de tareas en las que ayudarme.

—Yo no sé nada de todo eso, Emi. —A pesar de la protesta, Elinor lo dijo con una sonrisa que le terminó contagiando a él—. Ni siquiera contemplo casarme.

—¿Cómo dices, jovencita?

La temblorosa aunque rotunda pregunta vino desde la puerta. Todos giraron y los caballeros se levantaron. Observaron el lento pero decidido caminar de la abuela Josephine hasta detenerse justo detrás de Elinor.

Su amiga se levantó para estrecharla. Luego, él procedió a tomar su mano y besar su dorso. Esperaba evitar con su gesto galante un contacto más cercano.

Simon cedió su asiento a la abuela Josephine y buscó otro para sí, de manera que le tocó a Elinor soportar el cariñoso escrutinio de la mujer que, a pesar de ser únicamente tía de su padre, llevaba años ejerciendo de abuela para todos los retoños de las familias Cavendish y Beacon.

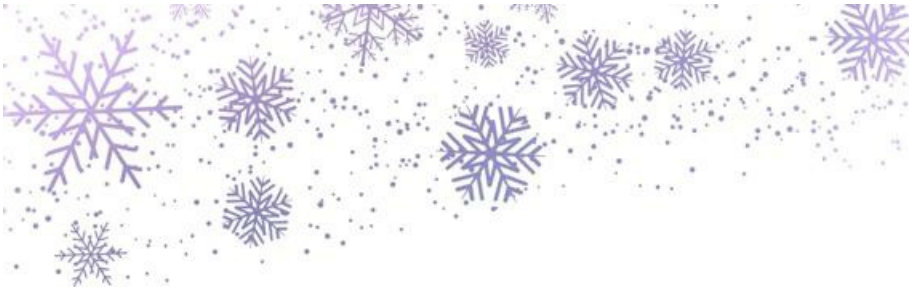
—Muy bien —logró hacerse escuchar la abuela—, como marquesa de Carisbrooke y futura duquesa de Silverstone, deberías reconsiderar esa idea. Tu tatarabuelo movió cielo y tierra para que el título no se perdiera y fue gracias a ese empeño que se conocieron tus padres, así que abre bien los ojos por si tu futuro esposo apareciera de repente… o diera la casualidad de que no anduviera demasiado lejos. —La abuela posó entonces su mirada sobre él y propició que por poco no escupiera el café de forma indecorosa—. ¿Verdad, Henry? ¡Oh, por el amor de Dios! Está claro que no podré morirme nunca, me necesitáis demasiado por aquí. ¿Y bien? Explicadnos cómo ha sido vuestro reencuentro. ¿Cuánto hacía que no os veíais?

—Seis años —respondieron, cohibidos, al unísono.

—Hum. ¿Habéis estado jugando al gato y al ratón, acaso? Porque cuando Henry venía de visita, tú estabas de gira con tus padres, y cuando tú estabas en casa, él andaba vagabundeando por Europa.

Como la abuela se respondió ella misma la pregunta, ambos consideraron innecesario explicar nada más. Ser la diana del interés de la abuela solía complicar las cosas para sus víctimas. No se equivocaron.

—Bien, por fin os habéis reencontrado y, como todo el mundo sabe, de una boda sale otra boda.



Capítulo 5

Elinor consiguió desviar la conversación hacia otros temas usando su método de siempre: saltando de unos a otros. Preguntó por los vecinos a su tío Andrew, a su madre por el programa de actuaciones para el año nuevo, a Mary y a Mike por sus estudios y, después de intentar cruzar una mirada con Henry, a la que este no respondió, fue la primera en disculparse e informar de que descansaría el resto del día.

Entró en su habitación con tal sensación de desasosiego en el pecho que caminó rápido hasta su mesita y se sirvió un vaso de agua. Bebió un largo sorbo y luego dio varios pasos hacia el ventanal de la habitación que siempre ocupaba cuando se alojaban en Wyndham. Con su llegada tardía, el desayuno se había alargado y podría eludir el tener que bajar a comer.

Le apetecía estar sola y no para escribir las siguientes escenas de su obra. Necesitaba analizar todo lo que había sentido desde la tarde anterior, en concreto desde el momento exacto en el que había aparecido el supuesto doctor Rowling. Consideró que lo peor era esa tensión entre ellos que jamás había estado ahí antes, Henry y ella siempre se habían encontrado cómodos el uno junto al otro y, ahora, era tan consciente de él que su nerviosismo habitual aumentaba hasta rozar un nivel estúpido. Por otro lado, no le gustaba tener que callar lo primero que se le pasaba por la mente. Era como si debiera depurar sus palabras antes de hablar con él, y esta nueva obligación era tan frustrante que hacía que, finalmente, guardara silencio. ¿Cuándo se había callado ella algo con Henry? Nunca.

Horas más tarde, después de ordenar sus pensamientos y sentimientos y de creer que les había encontrado explicación e, incluso, una posible solución, salió de sus aposentos en dirección a la sala en la que solían reunirse antes de pasar al comedor para la cena. Llegó la primera, se acercó a las puertas francesas que daban al jardín y contempló los arbustos de arándanos cubiertos aún por una fina capa de nieve. Minutos después, escuchó unos pasos lentos y amortiguados por la alfombra y se dio la vuelta. Henry entraba en el salón con la cabeza baja, mirando a un lado y al otro. Luego, lo vio apretar los labios y elevar la mirada hacia donde ella estaba. Aunque oyó crepitar de nuevo esa odiosa tensión entre ellos, la ignoró y habló guiada por el instinto.

—¿Qué te ocurre?

Al mismo tiempo que él se aproximaba a ella, su cuerpo se echó a temblar. Estaba demasiado cerca del ventanal y debía de colarse algo de frío. Se llevó el meñique a los labios y, durante un intenso momento, el gesto captó la atención de Henry. Sin embargo, él apartó enseguida los ojos, los fijó en el paisaje que ella misma había estado contemplando y se situó a demasiada distancia de ella.

—¿Cómo sabes que me ocurre algo? ¿Cómo lo intuyes siempre?

«¿Acaso ahora te molesta que sepa leerte tan bien?», quiso reprocharle mientras observaba su

perfil.

—No… No solías rehuirme la mirada como se la rehuías a los demás, así que, cuando lo hacías conmigo, ya sabía que te pasaba algo. Y, en esta ocasión concreta, creo saber el porqué.

—Sorpréndeme —le pidió aún sin mirarla.

—Has entrado al salón buscando a tu alrededor como si esperaras que alguien apareciera y corriera hacia ti. Te has acordado de Furia, ¿verdad? —Lo vio alzar las cejas y asentir—. ¿Cuántos años teníamos cuando nos dejó? ¿Diez?

—Yo sí los tenía, tú no, pequeño ángel.

Elinor torció el gesto y pasó a mirarlo con reprobación, a pesar de que el mote le había sentado como una caricia.

—¿Qué más da? Fue un día muy triste para todos cuando murió.

Henry dejó de simular que el paisaje le interesaba. Lo conocía de memoria. Giró la cabeza y enlazó su mirada con la de Elinor.

—Mis recuerdos más tristes no lo fueron tanto gracias a ti— le confesó al mismo tiempo que su mente volaba a una tarde de 1824.

Su madre acababa de darle la noticia de que Furia había muerto y él había salido corriendo de la biblioteca. En la entrada, chocó con la alta figura de Hugh Bowles, que venía acompañando a su madre a una visita y que no tardó ni un segundo en dedicarle una de sus muecas burlonas en cuanto descubrió su congoja. Él se limitó a apretar los dientes, esquivarlo y buscar la salida con rapidez. Llegó sin resuello a la pérgola blanca, se apoyó en uno de sus postes y se dejó caer al suelo. Con los brazos cruzados sobre las rodillas, apoyó la frente en ellos y lloró la pérdida de su mascota. No tardó mucho en escuchar unos pasos que subían la escalera. Se envaró y se apresuró a limpiarse las lágrimas con la manga. Sabía quién era, siempre lo sabía.

Elinor no dijo nada. Se sentó a su lado, rodeó con los bracitos el suyo y apoyó la cabeza en su hombro. Un sollozo escapó de su boca y él posó los labios en su frente para devolverle el consuelo.

Así los encontró Emi poco después. También venía llorando, por lo que él abrió su otro brazo para cobijar a su hermana y compartir con ella el dolor de la pérdida.

—Papá sigue en el lugar en el que la ha enterrado —explicó Emi tras un hondo suspiro—. Iba a ir con él, pero he visto que mamá se le acercaba y lo abrazaba y… he preferido venir a buscaros a vosotros.

—Quiero ser como papá. Él nunca llora —confesó a su hermana.

—No, Henry, papá no llora delante de nosotros, pero cuando Mary estuvo tan malita, lo escuché. Papá solo llora con mamá.

Nuevos pasos que entraban en el salón lo arrancaron de los ojos de Elinor, del pasado y de la conciencia de que la hermosa mujer que tenía delante, y que había estado compartiendo con él el mismo recuerdo, era la única que lo había visto llorar.

—Menudas caras tenéis, ¿de qué hablabais? —preguntó Emi cogida del brazo de Simon.

—Recordábamos a Furia —musitó Elinor.

—Yo también la echo muchísimo de menos —manifestó su hermana de un humor menos jovial que el que traía.

Simon apoyó el índice en la barbilla de su futura esposa y le subió el rostro.

—Querida, lo primero que haremos al volver de nuestra luna de miel será adoptar un perro.

La cara de su hermana se iluminó.

—¿Uno?

—O dos o tres, los que tú quieras. En Beacon State hay espacio de sobra.

—Simon…

¡Caramba! Era como si estuvieran solos. Emi y Simon se miraban con una complicidad que él solo recordaba haber sentido de niño y únicamente con una persona. La misma a la que desde hacía un día no sabía cómo tratar.

Miró a Elinor y la sorprendió observándolo. ¿Qué estaría pensando? ¿Se sentiría ella tan perdida como él? ¿Buscaría en sus ojos al niño que ya no era?

—¿Pequeño ángel? —susurró.

—Buenas noches —saludó su madre en ese momento, por lo que tuvo que renunciar a hablar con Elinor.

Su progenitora entró en la salita tomada del brazo de tía Isabella y seguida por los esposos de ambas, que ejercían de acompañantes de la abuela Josephine. Tras su padre y su tío Michael, vio trotar a sus dos hermanos pequeños. Cuando iba a ofrecer su brazo a Elinor para seguir a todos al comedor, ella se adelantó y se puso a hablar con su primo. Un nudo le bajó de golpe desde el pecho hasta el estómago, se lo frotó en busca de alivio. Debía de ser hambre.

Por primera vez en su vida, Elinor lamentó tener que sentarse al lado de Henry. Llevaban haciéndolo desde que tenía memoria y por eso, tanto en Wyndham como en Beaconshire, siempre disponían dos asientos vacíos y juntos destinados a ellos. Sin embargo, esa noche hubiera preferido sentarse lejos de él. Si por la tarde pensó que la incomodidad no podía aumentar y que encontraría la manera de hablar con él para superar el tema, acababa de descubrir lo equivocada que estaba.

Cuando Henry la atrapó contemplándolo y la llamó «pequeño ángel», le dio tal vuelco el corazón que casi gritó de alivio al escuchar la voz de su tía Emily. ¿Qué diablos le ocurría? No quería sentirse débil junto a su mejor amigo. Era embarazosa la manera en la que su cuerpo temblaba cuando él se le acercaba. Definitivamente, la amistad cambiaba al hacerse mayores y debía asumir que su relación, tal y como había sido hasta ahora, se había terminado. No soportó la idea de que él se viera obligado a ofrecerle su brazo para acompañarla al comedor y por eso buscó la compañía de Simon y Emi.

¿Y ahora?, pensó mientras él le retiraba la silla para que tomara asiento. Se acomodó procurando guardar las distancias y enseguida se desvivió por atender a la abuela Josephine, sentada, de nuevo, a su derecha.

Él jamás era el primero en iniciar una conversación, puesto que se le daba mejor escuchar que hablar; sin embargo, creyó que al hacerlo diluiría el nudo que continuaba atenazándole el estómago. Si además servía para que sus padres y los de Elinor dejaran de observarlos con cara de desconcierto, con más razón.

—Y… Bueno, ¿cómo ocurrió esto? Habladnos del noviazgo a los que nos lo hemos perdido — preguntó en dirección a los novios.

—Hermano, sabes que me enamoré de Simon en cuanto lo vi —le respondió Emi con divertida sorna.

—Lo conoces de toda la vida, no puedes recordar la primera vez que lo viste. Tú debías de tener meses e ir a gatas… —bromeó él.

—Entonces diré que lo amo desde que tengo uso de razón. Que me enamoró su cabello rubio como el sol y sus ojos del color del plumaje de un martín pescador —evocó Emi con una mano en el pecho.

Los ojos aguamarina de Simon brillaron extasiados. Los de Isabella lo hicieron con orgullo materno y buen humor.

—¡Qué bonito, querida Emi! Entonces yo debería decir lo mismo de Michael, porque mi maravilloso sobrino es la viva imagen de mi marido.

—¿También te enamoraste de papá en cuanto lo viste? —preguntó Elinor al salir, por fin, de su extraño ensimismamiento.

Isabella comenzó a abrir y cerrar la boca como un pez.

—¿Qué te llamó la atención de él, tía Bella? —curioseó Simon, sin adivinar el compromiso en el que ponía a la mujer que lo había criado como una madre desde la muerte de la suya.

Isabella buscó ayuda en su marido, el cual esperaba su respuesta con la pícara sonrisa ladeada que le llevaba dedicando veinte años. Exactamente desde el día en que la descubrió espiándolo mientras él se bañaba totalmente desnudo en el río.

—¿No vas a responder a los jóvenes, querida Isa-bella? —la apremió Michael con voz guasona.

—Tu caballo, lord Beaconshire, lo primero que llamó mi atención fue tu caballo —le respondió ella echando fuego por los ojos.

—Hieres mi orgullo, esposa —bromeó Michael llevándose la mano al corazón.

—*Dinlow*… —murmuró ella sonriendo, solo para él.

—¿Y tú, mamá? ¿Qué pensaste de papá cuando lo conociste? —preguntó Emi, animada por el ambiente familiar y romántico que los rodeaba.

El duque intervino con rapidez.

—Emily, mi amada esposa, si no respondes a eso, te obsequiaré con la cesta más grande de arándanos que hayas visto.

—¿Tan malo fue, mami? —quiso saber Mary.

—Tu padre exagera, aunque su sempiterno ceño fruncido no me ayudó a descubrir al hombre generoso y cariñoso que es. —Andrew, tras escucharla embobado, tomó su mano y se la llevó a los labios.

—Dicen que de una boda sale otra boda —insistió tía Josephine, cuya mirada recayó, igual que en la mañana, sobre Elinor.

—No lo diga por mí, abuela. Mis compromisos en la escuela para señoritas de Horsham y mi plena dedicación a la escritura no casan con el matrimonio.

—Esas excusas me suenan de algo —comentó Andrew dedicando una mirada fugaz a su esposa.

—Yo tampoco creí que fuese compatible desarrollar una profesión y… formar una familia con mi marido —expuso Emily.

—Mi sobrino tampoco te dejó muchas opciones, querida —intervino tía Josephine, que esa tarde parecía estar más animada que en los últimos días. Circunstancia por la que su familia se alegraba y por eso trataban de seguirle la corriente aunque se repitiese a menudo—. Esperemos que no sea una cuestión hereditaria y que Henry se mantenga alejado de la biblioteca cuando haya una joven cerca.

—¿Perdón? —preguntó Henry tras salir de su ensimismamiento. La mente se le había detenido viendo a Elinor morderse el dedo meñique.

—Que te cuides de las bibliotecas, cuñado —le aclaró Simon.

—¿Cuñado? —preguntó con voz estrangulada.

—¡Henry! Va a casarse conmigo, será tu cuñado. ¿Qué pensabas? —arremetió Emi.

—Lo siento, fue un viaje largo y mi mente anda embotada aún.

—¿Cuándo partiste de París? —preguntó Michael.

Henry agradeció la intervención de su tío.

—En cuanto me llegó la carta de Emi, me despedí de… los colegas de la Sorbona y emprendí el viaje.

—Oh, París… Cuando estuve allí en el 75 era todo luz y color —recordó tía Josephine.

—Yo no he vuelto desde que actué allí en 1820 —añadió Isabella.

Elinor miró a su madre con el ceño arrugado.

—No recuerdo nada de París.

—Solo tenías cuatro años. Menudo viaje nos diste —recordó Simon.

—¿Por qué? —preguntó confusa.

—Una rabieta tras otra. No llevaste bien que te separaran de Hen… —una oportuna patada bajo la mesa recondujo las palabras de Simon— de tu hogar.

Henry agradeció en silencio la discreta intervención de su hermana. Él sí recordaba perfectamente la partida de los Beacon a Francia. Fue la primera vez que lo separaron de Elinor y duró todo un largo mes. La miró de soslayo, percibió su azoramiento y procuró cambiar el tema de conversación.

—¿Có-cómo es que no está puesta ya la decoración navideña? —preguntó.

—Estamos esperando al miércoles —explicó su madre—. Habrá un enorme mercado navideño en Hastings y queremos ir de compras para renovar las guirnaldas y las figuras para el árbol…

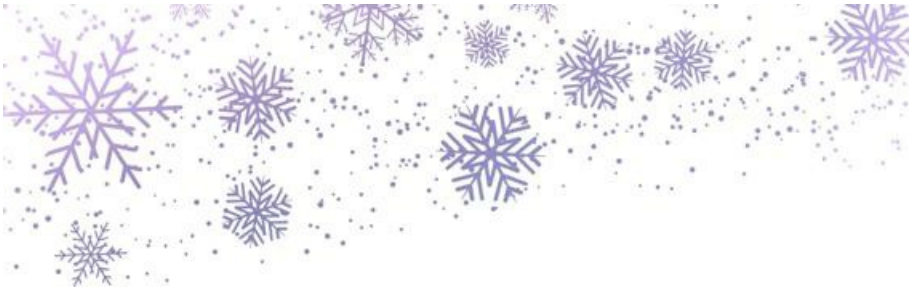
—¡Y a comprar regalos y dulces! —corearon sus hermanos, Mary y Mike, con infantil ilusión.

De los preparativos para la Navidad, pasaron a hablar de los nupciales y del posterior viaje de novios. Henry y Elinor prestaron toda la atención que les fue posible, teniendo en cuenta que el pequeño espacio que los separaba no paraba de crepitar y de evidenciar lo conscientes que eran el uno del otro. A pesar de estar juntos de nuevo, después de la larga separación, no dejaban de notar una extraña y nueva distancia entre ellos, una que los sumía en el desconcierto y la tristeza.

Cerca y lejos. Juntos, pero distanciados. Así subieron las escaleras tras su familia al terminar la velada. Y así se sintieron cuando, cada uno desde la puerta de su habitación y separados por un buen trecho de pasillo, se buscaron para desearse un silencioso «buenas noches».

Nada más cerrar la puerta, Elinor corrió a su escritorio, sacó papel de carta y uno de sus lapiceros y comenzó a escribir: «Querido Henry, siento la necesidad de confesarte lo mucho que te echo de menos a pesar de…». Releyó ese comienzo y se asustó. Ya no podía abrirse de esa manera. Rompió la hoja, suspiró para aflojar el nudo de su pecho y sacó un pequeño cuaderno azul. «Querido diario, necesito plasmar aquí lo que ya no puedo contarle a él…».

Al otro lado del pasillo, en su habitación del ala norte, Henry también se hallaba sentado en su escritorio. Apartó un par de manuales de anatomía y extendió una hoja. «Querida Elinor, no poder ser del todo sincero contigo me está matando…». Releyó aquel comienzo, cerró los ojos y suspiró. Tras romper la hoja, sacó otra nueva. «Querida Sophie…».



Capítulo 6

El domingo amaneció frío, pero tan despejado y apacible que las familias Cavendish y Beacon decidieron ir dando un paseo hasta la iglesia de San Nicolás. Ninguno de los dos matrimonios guardaba demasiadas expectativas respecto al sermón, por lo que se demoraron charlando por el camino y riendo con las bromas entre Mary y Mike, mientras que los cuatro jóvenes caminaban más rezagados aún. En la entrada del pequeño templo, todos volvieron a entretenerse cuanto pudieron. Se alegraron de poder saludar a varios vecinos, entre los cuales se encontraban el doctor Rose y su ayudante Tom.

—Buenos días. No veo a la formidable *lady* Arlington entre ustedes —saludó el doctor.

—La tía Josephine ha preferido quedarse en su habitación y descansar —la excusó Andrew.

—Demostrando así ser la más lista de la familia —murmuró Isabella, cuyo comentario provocó varias sonrisas disimuladas.

El doctor fijó entonces su mirada perpleja en Henry durante unos segundos.

—Caramba, lord Suffolk, me ha costado reconocerlo.

Henry sonrió de medio lado y asintió.

—Hola, doctor, no es usted el único que se había olvidado de mi cara.

Elinor, detrás de él, escuchó esas palabras y se preguntó si iban por ella. Al no poder verle la cara, no pudo leérsela y descubrir algún reproche. Le dio la espalda a su vez y prestó atención a las preguntas de Mike.

—Joven, el tiempo pasa para todos, pero admita que por usted ha pasado de forma un tanto… exagerada. —El doctor gesticuló de tal manera que la tímida sonrisa de Henry se ensanchó del todo—. Me alegra verlo y me alegrará todavía más que nos reunamos para que me amplíe el tema de su última carta. Esos experimentos con agua me tienen realmente fascinado.

—¿Estoy invitada a unirme a esa reunión? —pidió Emily.

—Siempre, Su Excelencia —le respondió el médico.

Al hallarse entre amigos, Tom rompió su habitual comedimiento y se atrevió a bromear.

—Si me lo permiten, mientras tiene lugar esa interesante charla, yo buscaré colarme en algún ensayo de *lady* Beaconshire. Todavía lloro de emoción al recordar su última interpretación en Londres. Estuvo usted magnífica.

Isabella le sonrió y le dedicó una graciosa inclinación de cabeza.

—Yo también prefiero contemplar a mi esposa a observar animálculos por el microscopio —intervino Michael.

—¿Animálculos, tío Michael? Hace años que se les llama bacterias —lo corrigió Henry.

Una voz de tono represivo interrumpió el agradable momento y provocó el intercambio de miradas de resignada complicidad entre los miembros del grupo.

—¿Hablando de ciencia? Solo Dios, en su infinita sabiduría, decide sobre la vida y la muerte.

—El reverendo Smith pareció advertir de repente a quiénes se estaba dirigiendo y cambió sus ademanes—. Si son tan amables de entrar en la casa de Dios y ocupar sus lugares…

En la primera fila de la bancada derecha, se situaron Andrew, Emily, Isabella y Michael, y por insistencia de los cuatro, también el doctor Rose y Tom. En el segundo banco se sentaron Emi, Simon, Henry, Elinor, Mary y Mike.

Al otro lado del pasillo, en la primera fila, dos mujeres asentían con fervor a cada palabra del párroco sobre la importancia de la decencia y sobre los peligros de caer en la tentación. El discurso estaba claramente dirigido a la parte femenina de la congregación, por lo que una fastidiada Isabella, sin poder contenerse más, susurró a Emily:

—Cada vez extraño más al reverendo Parrot.

Emily asintió.

—Él hablaba de amor, de perdón, de generosidad…

—Y contra los prejuicios —añadió Isabella, que apretó la mano de su esposo y recibió una mirada cálida y comprensiva de él.

A pesar de que el intercambio de impresiones fue discreto, se ganó una mirada reprobadora por parte del párroco y de las damas del otro lado del pasillo. Al terminar el tedioso sermón, los jóvenes fueron los primeros en abandonar la iglesia, seguidos del duque de Wyndham y del conde de Beaconshire. Sus esposas, sin embargo, se rezagaron.

Isabella había interceptado una mirada desairada por parte de la señora Bowles y encaró a la dama, a la que no dudó en pedir explicaciones.

—¿Qué ocurre, señora Bowles?

—Buenos días, Su Excelencia —saludó la mujer, con reticencia, a pesar de dirigirse a ella con el título más alto que poseía Isabella—, no pretendía ofenderla.

—Por supuesto que no, aun así, le exijo que me explique su gesto, digamos, de censura.

Emily, que se había limitado a observar el intercambio entre su amiga y la devota feligresa, se posicionó al lado de Isabella en una clara muestra de apoyo.

La señora Bowles intercambió una mirada con la señora Churchill.

—Su Excelencia, este es un pueblo decente.

—¿Quién lo pone en duda? —exigió saber Isabella.

—Rumores, al parecer bien fundados, que han llegado desde Crawley. Desde… la posada de los Jackson, en concreto.

—¿Y qué se rumorea?

Isabella comenzaba a perder la paciencia, pero notar la mano de Emily en su brazo la retuvo. Nada odiaba más que los prejuicios, por haber estado sometida a ellos parte de su vida.

—Bueno…, este… Lo mejor será que le pregunte a su hija sobre la noche de la ventisca. No desearíamos que las habladurías aumentaran y mancharan así el buen nombre del pueblo.

Las mujeres inclinaron la cabeza en señal de respeto a sus títulos y se alejaron por el pasillo. Poco faltó para que Isabella las persiguiera y así lo hubiera hecho de no ser por el agarre de Emily.

—Isabella, nos falta información. Debemos hablar primero con nuestros hijos.

Las amigas acordaron guardar silencio hasta encontrar el momento oportuno para interpelar a Elinor y Henry.

Fuera del templo se formaron de nuevo varios corrillos. Elinor seguía evitando a Henry, y por eso se encontraba charlando con Emi y Simon mientras que él jugaba a una batalla de pulgares con su hermano Mike.

—Buenos días, Elinor —la saludó un joven alto, rubio y de ojos castaños, que también

cumplimentó con un gesto a Emi y Simon.

—Oh, Hugh, buenos días. No te vi dentro —correspondió ella con sorpresa.

—Yo a ti, sí. —Su amigo alzó las cejas en un gesto que, si pretendía sugerir algo, ella no lo supo interpretar—. Pero me demoré, no quise molestar y me quedé en un banco del final.

—Muy considerado por tu parte —lo alabó ella sin saber qué más decirle y con el deseo de que Emi y Simon dejaran de hacerse confidencias e intervinieran en la conversación. No tuvo suerte.

—Desde que pasas tanto tiempo en Horsham y desde que mis exitosos negocios me obligan a viajar más, no coincidimos tanto. Me preguntaba si me harías el honor de dejar que te acompañara de vuelta a Wyndham.

Elinor sintió un cosquilleo subirle por la espalda y parpadeó confusa. Su pie comenzó a golpear el suelo y tuvo que contener las ganas de morderse el meñique. ¿Se sentía halagada por el ofrecimiento de Hugh? ¿O era otra cosa? En cuanto sintió una corpulenta presencia tras ella, obtuvo su enojosa respuesta.

—Hola, Hugh. —El saludo no era para ella, pero su cadencia lenta la atravesó.

Hugh apartó los ojos de los suyos para elevarlos hacia otros situados por encima de su cabeza. Lo vio arrugar la frente y, a continuación, alzar las cejas con molesta curiosidad.

—¿Nos conocemos? —Su amigo echó el cuello hacia atrás.

—Desde niños. Soy Henry.

Juraría que Hugh estuvo a punto de abrir la boca por el asombro, pero, al parecer, se recuperó rápido de la impresión.

—Oh, lord Suffolk. Ha… Has cambiado. Bueno, bienvenido… —Su saludo no pareció demasiado sincero, puesto que enseguida devolvió la atención a ella e ignoró a su común y muy cambiado amigo—. Elinor, no me has respondido. ¿Me permitirías acompañarte en el paseo de vuelta?

Dudó un instante, si bien terminó por aceptar, con la esperanza de que la presencia de Hugh ayudara a mitigar la corriente que le serpenteaba por la espalda y que le erizaba la piel del cuello.

—Claro, Hugh. Como bien has dicho, hacía mucho que no charlábamos.

Le llegó un resoplido inconfundible que agitó uno de sus rizos y que entibió la sensible piel tras su oreja. Se estremeció. Henry estaba demasiado cerca. Dio dos pasos hacia delante al mismo tiempo que se escuchaba un graznido.

—¡Hugh!, ¡Hugh! Ven aquí ahora mismo.

Elinor se giró y sus ojos chocaron con el escrutinio de la señora Bowles.

—Volveré enseguida, madre. Después de acompañar a Elinor a Wyndham.

La mirada de la mujer, que no había abandonado su rostro, se oscureció de tal manera al escuchar la respuesta de su hijo que le provocó el segundo estremecimiento de la mañana. Prefería el primero, por muy turbador que hubiera sido.

—Tienes frío, toma.

Para cuando quiso reaccionar, la capa de Henry le cubría los hombros y su conocido y hogareño aroma la abrazaba. El gesto la conmovió y se giró para agradecérselo, pero sus miradas solo se encontraron durante el segundo que él tardó en darse la vuelta para unirse a sus padres. Hugh le ofreció entonces su brazo y, a pesar de no ser el de la persona que hubiera preferido, se cogió a él por educación.

Henry se consideraba un hombre pacífico que nunca buscaba pelea. En todos sus años en Eton y en la Sorbona, solo puso en práctica las lecciones de lucha de su tío Michael cuando era necesario defender a algún amigo. Por eso, no entendía el motivo de pasarse el camino de vuelta

a su hogar imaginando originales maneras de acabar con Hugh.

No lo tenía por mala persona. Si bien era un poco fanfarrón e inoportuno y su humor lo incomodaba, aquellos no eran motivos para desear matarlo sin dejar pruebas. Que su presencia junto a Elinor le provocara quemazón en el vientre, tampoco.

Se alegró sobremanera cuando alcanzaron las escaleras principales de Wyndham y esperó a una distancia discreta escuchar la despedida de Hugh.

—Ha sido tan agradable verte de nuevo que espero poder acompañarte pronto en otro paseo.

«Estará muy ocupada».

—Gracias, Hugh. Estaré muy ocupada los próximos días con los preparativos de la boda y de las fiestas —«eres única dando excusas, pequeño ángel», se congratuló Henry—, pero tu ayuda será bienvenida. Ya sabes lo enorme que es el árbol y el trabajo que requiere su decoración.

«Maldita sea. No me lo puedo creer».

—Entonces, cuenta conmigo. Será un placer compartir contigo un momento tan entrañable.

Tras esas palabras tan almibaradas, Hugh se llevó la mano enguantada de Elinor a los labios y se la besó. El fuego en su vientre se avivó de tal manera que tuvo que darse la vuelta, apretar los puños y subir los escalones de dos en dos. Dentro, estuvo tentado de ignorar la voz de su padre que lo llamaba desde la biblioteca y continuar su camino hacia su habitación. Hubiera sido la primera vez. Como siempre, cambió el rumbo y se adentró en la enorme sala llena de libros en la que lo esperaba no solo su padre, sino también su madre y los padres de Elinor.

Ella entró poco tiempo después y, al encontrarse con una escena vivida tantas veces en su infancia, la vio reaccionar como entonces. Elinor se acercó a él para presentar un frente unido, buscó sus ojos para acordar, con tan solo una mirada, la excusa que iban a dar y esperó a que el tranquilo discurso de él atenuara el castigo que estaba por venir. Un detalle hizo que la escena no fuera exacta a cuando eran niños. Ella no se había aferrado a su mano.

—¿Y bien?

Su padre alzó las cejas al escuchar su pregunta y el tono decidido.

—Henry —su tía Isabella suspiró y retomó la palabra—, ¿qué ocurrió realmente en la posada? Al parecer, no os encontrasteis ayer por la mañana.

Cogió aire y negó con la cabeza.

—Siento haber mentido. Solo buscaba proteger a Elinor. —Ella se pegó más a él y eso, como siempre, le aportó seguridad.

—¿Protegerla de qué? —exigió saber su tío Michael.

—Precisamente de esto. De las habladurías.

—Explícate, hijo —le pidió su madre.

A su lado, Elinor comenzó a zapatear el suelo. No tardaría en llevarse el meñique a los labios.

—Anochecía cuando encontré el carruaje de Elinor en el camino, cerca de Crawley. Ella atendía a Bak, que se había desmayado al bajar del pescante. Los acompañé a la posada, pero solo disponían de una habitación libre e instalamos a Bak en la cama. Lo atendí como pude.

Su tía Isabella obvió los temas médicos.

—¿Has pasado la noche en la misma habitación que Henry? —preguntó a su hija con ademán preocupado.

—Sí, cuidando de Bak porque tenía mucha fiebre y estaba inconsciente y… —Su padre cortó su acelerada explicación levantando la mano.

—¿Solo cuidando de Bak?

Henry notó cómo ella lo buscaba. Se sostuvieron la mirada en un silencio que los transportó

al momento en el que despertaron el uno en brazos del otro. Se ruborizaron sin remedio. Elinor rompió el recuerdo compartido y se lanzó a responder.

—Nos quedamos dormidos en el sofá.

—¿Y? —Con aquel gemido su madre la animó a seguir.

—Y debí de sentir frío durante la noche, porque… porque me acerqué a Henry y…, cuando desperté, estaba acurrucada sobre su pecho…y él…

—Dormimos abrazados —resumió él y, al hablar, le pareció volver a sentir el cuerpo de Elinor cobijado en el suyo.

El duque se quitó los lentes y se alivió el puente de su nariz frotando con el índice y el pulgar, Michael posó la mano en el hombro de su mujer y Emily cruzó una mirada con su amiga, cargada de preocupación y de algo más.

—Está claro que alguien os vio —dijo su madre.

—La puerta estuvo siempre abierta para… —trató de excusarse Elinor.

—Eso es casi peor. —Su tía Isabella buscó la mano que su marido había posado en su hombro y la estrechó entre las suyas—. Elinor, sabes que, desde que se decretó como heredera a la princesa Victoria…, las cosas han cambiado.

—Yo no sé nada de eso. Si alguien me lo explica… —inquirió Henry.

Fue su madre quien lo hizo.

—La madre de la heredera es una firme defensora del «sistema Kensington» y en la corte se ha instalado un ambiente muy represivo y moralista. Supongo que intentan contrarrestar los excesos de los monarcas anteriores. Ya sabéis cómo se comportó el regente… El problema es que esta nueva moralidad ha llegado a la sociedad. Y en Brighton ya tenemos el honor de contar con la Sociedad de Mujeres por la Decencia capitaneada por las señoras Bowles y Churchill. El nuevo reverendo comulga con esta corriente, ya habéis escuchado su sermón.

Henry se quedó pensativo.

—No creo que los Jackson hayan difundido los rumores. Hablé con ellos y les di una compensación por las molestias.

—Han sido esas arpías —farfulló Isabella.

—Esperemos que no vaya a más —apuntó el duque, que hizo una pausa tras la cual apuntó a la posible solución al problema—. Que sea yo precisamente quien tenga que decir esto… Ya sabéis cuál es la mejor solución para acallar rumores.

Su madre miró a su padre con cara de sorpresa.

—¿Qué se casen como tuvimos que hacer nosotros?

—¿Por qué lo preguntas así? No nos ha ido tan mal, duquesa… —Su padre pareció ofendido.

Ante la aparición de la palabra *matrimonio*, Elinor comenzó uno de sus paseos de ida y vuelta.

—Yo no tenía planeado casarme y menos aún por un motivo tan… absurdo como es acallar rumores de personas prejuiciosas. ¡Tan solo estábamos ayudando a un enfermo! —«Y si me caso, quiero que sea por amor, como mis padres, y con un hombre que sea mi compañero, mi amigo…».

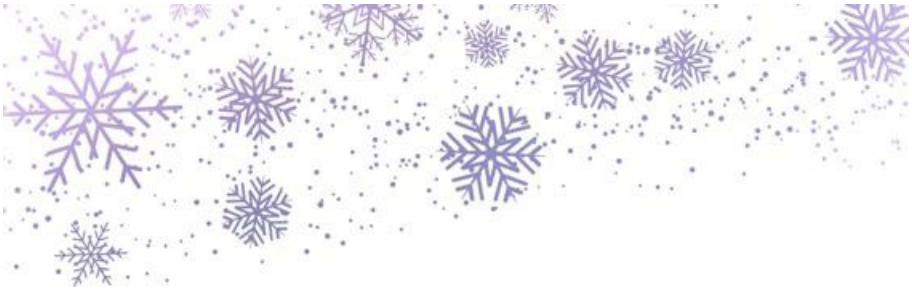
—Querida, se trataría de restituir tu reputación si esta se viera arruinada de forma irreparable —comentó Emily.

—¿Tan grave sería? ¿En serio? ¿Tanto como para tener que buscarme marido? —farfulló ella, acelerada.

—Tanto como para casarte —la corrigió su padre—. El marido ya está buscado y decidido. Te vieron con Henry.

Elinor levantó la vista del camino que trazaba en la alfombra y buscó los ojos de su amigo. Esta vez, él no le respondía con una solución en la mirada. Esta vez sus palabras de cadencia lenta, que siempre le aportaban serenidad, se le clavaron en el pecho y le provocaron un dolor inesperado.

—Yo no puedo casarme.



Capítulo 7

Tras la sentencia de Henry, el silencio se volvió tan denso e incómodo que Elinor creyó que se ahogaría en él. Quizá fue la sorpresa por verse rechazada de forma tan tajante y por la persona que menos esperaba. Porque, ciertamente, el rechazo en sí no podía dolerle si ella no pensaba casarse, ¿no? Al darse cuenta de lo que sus ojos debían de transmitir a Henry, cambió su gesto. Apartó la mirada y trató de sonreír con cinismo hacia sus padres y los de él.

—Como podéis ver, Henry y yo estamos de acuerdo en que de ninguna manera habrá boda. Sería una soberana estupidez unirnos en matrimonio solo para acallar rumores o para librarme de un improbable escándalo.

Quizá había hablado demasiado, como siempre. Sentía sobre ella la mirada de Henry, pero ni loca pensaba devolvérsela. Tenía la patética sospecha de que si lo hacía y si veía en sus ojos una pizca de conmiseración, se pondría a llorar. No, no iba a llorar. No iba a dejarle ver que estaba herida por su rechazo. De ninguna manera. Levantó la barbilla con orgullo y esperó.

El primero en recobrarse fue el padre de Henry, que se acercó a ellos y los miró de forma alternativa.

—Henry, Elinor, en caso de tener que casaros, hacerlo con vuestro mejor amigo sería una opción muy acertada. Deberíais tenerlo en cuenta si se diera la necesidad de concertar un matrimonio de forma apresurada.

Luego fue su padre quien avanzó hasta detenerse al lado del duque.

—Andrew, amigo, los jóvenes han dejado claro lo que opinan y, por otro lado, quizá deberíamos esperar a ver si esos rumores realmente se extienden o si la señora Bowles exageraba.

Henry tan solo atendió a las palabras de su padre y de su tío a medias. Desde que había expresado su incapacidad para contraer matrimonio con Elinor, no dejó de observarla. Le dolieron cada uno de sus gestos y de sus palabras. Un dolor merecido, que no era sino el reflejo del que él le había causado. Siempre fue así. Si ella sufría, él acusaba ese dolor. Y viceversa. Era curioso cómo sus almas parecían estar conectadas a tal nivel. Sabía que tenía que hablar con ella, que le debía sinceridad, pero algo le impedía confiarle la verdad de su situación. ¿Era por egoísmo? ¿Temía alejarla del todo si se lo contaba? En París, se imaginó que regresaría a casa, se reencontraría con su amiga y le contaría su realidad. Para nada había esperado volver y experimentar por ella sentimientos tan confusos e intensos que le impedían acercarse. Necesitaba explicárselo a alguien y, por fortuna, ese alguien lo estaba observando desde el sofá con sus ojos azules llenos de dudas.

—Madre, ¿podemos hablar?

—Claro, hijo.



La conversación entre madre e hijo no tuvo lugar sino hasta después de la cena, en los aposentos de Henry. Por cierto, una de las cenas más largas de su vida, a pesar de haberla compartido con las personas que más amaba en el mundo. Tan solo el hecho de ver cómo Elinor maniobró para sentarse entre sus hermanos pequeños ya lo afectó. Y que no lo mirara en toda la noche le anudó la garganta y le imposibilitó tragar nada. Las miradas indescifrables por parte de sus padres y sus tíos tampoco ayudaron. Agradeció enormemente la cháchara de Emi y Simon y las salidas de tono de la abuela Josephine.

Más tarde, recibió la entrada de su madre en la habitación como la oportunidad de expiarse y de soltar el peso que llevaba. Ella lo entendería y lo aconsejaría bien. La recibió y le señaló las dos butacas situadas frente a la chimenea; sin embargo, ella lo tomó de la mano y lo guio hacia el sofá bajo la ventana.

Una vez sentados, cuando su madre quiso acercarse a él para abrazarlo, él se echó hacia atrás.

—Está bien, Henry. Vas a comenzar por explicarme por qué mantienes la distancia. Mary suele pasarse tus visitas colgada de tu cuello y no has hecho más que evitarla desde que llegaste. También has esquivado a Mike en sus juegos contigo. Y puede que con el resto del mundo seas un hombre reservado, pero no para tu familia y mucho menos para Elinor. ¿Qué ocurre?

Años atrás apartaba la mirada y la enfocaba lejos de los ojos que podían leer su alma tímida. Ya no. Como hombre, enfrentaba todo deber, toda responsabilidad.

—Madre, en París me he dedicado a estudiar y también a la investigación.

—Lo sé —lo animó su madre a seguir—, yo misma leo y opino sobre los últimos avances médicos, aunque los artículos vayan firmados por tu padre. —Su hermosa e inteligente madre torció el gesto al decir aquello.

Él asintió en una muestra de solidaridad.

—Yo no me he limitado a leer, a opinar en artículos o a debatir en las aulas. También he estado en los laboratorios, analizando muestras, tomando apuntes y sacando conclusiones. Y eso me llevó más allá.

—¿Te refieres a la parte práctica? Como médico es lo más importante. ¿Has atendido a enfermos en los hospitales? —preguntó su madre sin sospechar su nivel de implicación.

—Y fuera de ellos. Hemos estado en los barrios más pobres de París, donde la gente vive hacinada, donde las medidas de higiene mínimas no existen, donde las enfermedades se transmiten a tal velocidad que te ves sobrepasado. La gente se te muere en los brazos cuando ni siquiera has llegado a diagnosticarlos.

—Dios mío…, ¿te metiste en medio de la pandemia de cólera?

Su madre palideció y se llevó las manos a la boca. Era médico, era una de las mentes más brillantes que conocía, pero era su madre y sabía que esa conversación no sería fácil.

—Madre, repliqué los experimentos que John Snow hizo en las comunidades mineras y

considero válidas sus conclusiones. El cólera prolifera al usar agua putrefacta o por comer alimentos en mal estado, no parece que se propague por el aire.

—Snow debe de tener solo un par de años más que tú —dudó su madre.

—Sí, lo conocí en una visita que hizo a la Sorbona y es brillante.

—Si, como decís, el cólera no se contagia al compartir el mismo aire, ¿por qué te he visto taparte la boca en varias ocasiones? ¿Por qué la distancia?

—Porque no solo me he topado con el cólera, madre. —Odió ver cómo su hermoso rostro se transformaba en uno de horror, pero debía continuar. Estos años en París hice mucha amistad con otro médico llamado Pierre. Me invitó varias veces a su hogar y me presentó a su esposa e hija pequeña. De un día para otro, Pierre comenzó a toser. Yo le preparaba tu remedio a base de salvia, pero, un día, a la tos se le sumó una fiebre muy alta. Se la traté con quinina, su esposa le daba masajes con vinagre y le hacíamos inhalar trementina. Sospeché lo que padecía cuando no dejó de perder peso y comenzó a toser sangre. Madre, Pierre murió de tisis hace dos meses.

—¿Tisis? Un-un momento. —Su madre levantó la mano para pedir tiempo y analizar todo lo que le había contado—. ¿Usaste máscara?

—Sí. También obligué a su esposa a usarla y mantuve a su hija todo lo alejada de él que pude, pero no me fío. Sabes que los síntomas pueden aparecer incluso hasta tres meses después de la infección.

—Además de usar la máscara, ¿ventilabas la habitación?

—Sí, pero…

—Desnúdate de cintura para arriba y dime dónde guardas tu maletín. —La orden de su madre hizo que se ruborizara, sin embargo, la obedeció.

Su doctora particular le auscultó el pecho y la espalda, le hizo toser en un pañuelo y, para su asombro, colocó de nuevo el rollo de papel en su pecho mientras le daba leves golpes. Cuando su madre finalizó la revisión y él le preguntó por los golpes, ella le explicó que era un método reciente, llamado percusión, defendido por un médico austríaco.

—¿Y bien? —preguntó a su madre cuando terminaba de acomodarse la camisa.

La pregunta provocó una sonrisa en ella que enseguida se desvaneció.

—Entiendo que hayas tratado de protegernos, pero no veo ningún indicio que deba preocuparnos. De igual manera, me quedaría más tranquila si también te visitara Joseph.

—Iré a verlo mañana mismo —accedió.

Su madre se acercó a él y le tomó las manos con cariño. Luego fijó los ojos en los suyos con la clara intención de no perderse su reacción a la pregunta que estaba por hacerle.

—Henry, ¿tu miedo a haber contraído tisis es el que provoca que rechaces a Elinor?

La pregunta dolió y permitió que su madre leyera ese dolor en sus ojos.

—¿Rechazarla? ¿Se puede rechazar una parte de uno mismo? ¿A mi mejor mitad?

Su madre levantó las cejas.

—Has dicho que no podías casarte con ella y sí, quizá tengamos suerte y las habladurías no transciendan, pero ¿y si lo hacen? ¿Y si los ciudadanos de Brighton dan crédito a que Elinor está deshonrada? ¿Permitirás que la señalen, que murmuren ante ella, que la aparten de la vida social no solo aquí, sino en Londres? ¿Podrá seguir escribiendo con el sueño de que sus obras lleguen a representarse?

Henry no pudo sentirse más culpable al escuchar los alegatos de su madre. Ni más acorralado. Para aflojar la soga que sentía alrededor de su cuello, se aclaró la garganta y enfrentó la mirada de su madre.

—Madre, debo hablarte de una promesa y de… Sophie.



Emily regresó cabizbaja a sus aposentos ducales. Le dolía el corazón por todo lo que le había explicado su hijo: las pérdidas que había sufrido, el dolor que había presenciado y el peso del honor y la responsabilidad que lo agobiaban. Un chapoteo hizo que levantara la cabeza y la visión de su esposo desnudo dentro de la bañera aligeró un poco su desazón.

—Te estaba esperando, duquesa.

—¿El agua sigue caliente? —preguntó caminando hacia él con una ligera sonrisa.

—Puedes unirte a mí y comprobarlo por ti misma. ¿No es eso lo que hacéis los científicos? ¿Investigar?

Escuchar a su serio marido hablarle en un tono tan íntimo provocó que sus piernas comenzasen a temblar. Llevó las manos al cuello de su bata, desanudó uno a uno todos los botones y la dejó caer. Su esposo la contempló de arriba abajo con ojos hambrientos.

—El camisón —exigió Andrew.

Emily abrió el escote y dejó que la prenda se deslizara por su cuerpo. Los ojos de Andrew persiguieron el descenso mientras cogía aire con fuerza. No lo hizo esperar más. Ella lo deseaba con la misma intensidad. Se acercó a la bañera, aceptó la mano que él le ofrecía y entró. Se agachó y se acomodó en el pecho amplio y musculoso de su marido, su refugio. Sus fuertes manos se posaron en sus hombros y le prodigaron un delicioso masaje que luego se convirtió en caricia al descender por sus senos.

—Andrew —jadeó excitada.

—Date la vuelta, duquesa, te deseo y no puedo esperar más.

—Ni yo…

Su marido la alzó por la cintura para ayudarla a sentarse a horcajadas sobre sus muslos. Una de sus manos la tomó por el cuello para devorarle los labios, la otra la acercó más a su cuerpo excitado. Ambos suspiraron de alivio con la penetración y sus gemidos pronto aumentaron con el vaivén de sus caderas. Se hicieron el amor con la misma pasión de siempre y, al terminar, saciados, se susurraron con mimo lo mucho que se amaban. Con el éxtasis ya extinguido, Andrew le retiró un mechón húmedo de la cara y buscó sus ojos.

—¿Y bien? ¿Qué te ha contado nuestro hijo?

Emily suspiró y le hizo un resumen.



Elinor no podía dormir. Apenas había cenado debido al nudo que sentía en la garganta. De inmediato, acusó a Henry de ese nudo, de su hambre y del hueco que se le abrió en el pecho al recordar la escena en la biblioteca. Necesitaba con urgencia un vaso de leche caliente y una porción del pastel de arándanos que no había tocado en los postres.

Se puso la bata y salió con sigilo de su habitación hacia los dominios de Rose. Podía recorrer el camino con los ojos cerrados de tantas veces como lo había hecho de pequeña, solo que en esas ocasiones siempre iba acompañada. Esta vez lo hizo sola; sola y triste.

Cuando subió el último escalón y giró hacia su habitación, lo vio y se sobresaltó.

—*¡Hendy!*

Él se incorporó de la pared en la que estaba apoyado y se le acercó lentamente. «No, no, no comiences a temblar, Elinor». Henry tampoco parecía haber dormido nada. Todavía llevaba puestos los pantalones de la cena y solo una bata cubría su torso. Y ella veía demasiada piel de ese torso.

—¿Solo traes un trozo? —Henry se detuvo ante ella y señaló el plato con una inclinación de cabeza.

—El… El último que quedaba —le comunicó con una infantil satisfacción.

—Podemos compartirlo…, como siempre —sugirió él.

«No. Como siempre, no. Ya nada es como siempre», se recordó Elinor apretando los labios. Ese gesto hizo que Henry desviara las pupilas a su boca y provocara mil aleteos en su vientre. Cogió aire para calmarse y, al hacerlo, el sutil y masculino aroma de Henry la asoló. Se asustó y dijo lo primero que se le pasó por la cabeza.

—Es-está bien, toma una cucharada, pero que sea de la punta, ya sabes que…

—Sí, ya sé que los bordes del bizcocho siempre son tuyos. No osaría privarte de ellos.

«Se acuerda…». Lo vio tomar la cucharilla, separar un pequeño trozo y llevárselo a la boca. Sus sentidos se agudizaron. Su piel se tornó demasiado sensible, sus oídos captaron los latidos desordenados de su corazón y sus pupilas se dilataron contemplando a Henry masticar. Incluso le pareció notar el dulzor de la mermelada de arándanos en su lengua. Ciertamente, algo ocurrió con su lengua cuando, después de observar fascinada el movimiento de la nuez de Henry al tragar, descubrió un resto de crema en su labio superior. Sentía un deseo irrefrenable de lamérselo. «Dios mío».

—He de… He de volver a la habitación —sollozó.

—Sí, será lo mejor —le respondió él con una voz tan grave que le resonó por todo el cuerpo.

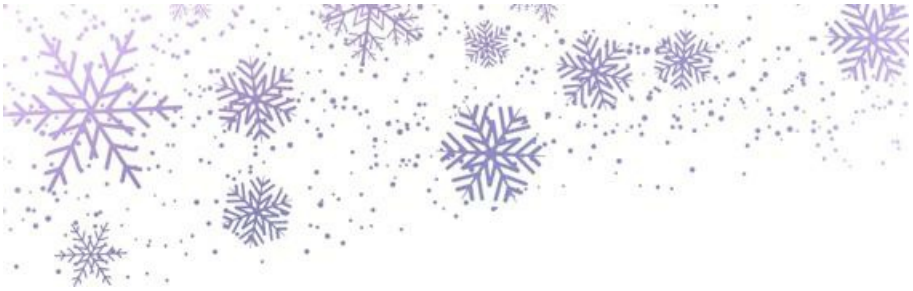
—Buenas noches, *Hendy*… —cerró los ojos por un segundo—, Henry.

—Buenas noches, pequeño ángel.

Se dio la vuelta y prácticamente corrió a su habitación, intuyendo en su espalda la mirada de él.



«¿Qué diablos ha sido esto? En cuanto la he visto subir las escaleras en bata, con el pelo suelto y poniendo cuidado en que no se le cayera nada, me he quedado inmóvil contemplándola. He pasado de querer comer cualquier cosa a sentir un hambre voraz, y no de pastel precisamente. Mi cuerpo se ha tensado como nunca antes, se ha rebelado y ha escapado del férreo control que siempre le impongo. Su olor, mezclado con el del pastel, me ha parecido la más dulce de las torturas. Y su boca… No puede volver a ocurrir, debo evitar estar a solas con ella, porque presiento que esta nueva necesidad me empujará a cometer un error. Porque sería un error; uno sin enmienda posible».



Capítulo 8

A la mañana siguiente, Elinor compartió el desayuno con Emi y luego se trasladaron a una de las salitas que daban al este. El sol entraba por los altos ventanales e iluminaba la elegante y confortable estancia decorada en tonos pastel. Daba igual en qué lugar de Wyndham se encontrara, Elinor sentía cada rincón de esa casa como su propio hogar.

Ambas se acomodaron a cada lado de una coqueta mesa de caoba, cubierta por una losa de mármol, sobre la que Emi esparció varias listas, dibujos y muestras. La novia ofreció una de las listas a su amiga mientras ella comenzaba a revisar tarjetas.

—¡Dana y Demi por fin han confirmado! —expresó con alegría—. Pero temo que ellas sean la única representación romaní en mi boda. Hohan y Keyla no quieren dejar solo al tío Bahktalo.

—Debe de tener la misma edad que la abuela Josephine.

—Pero no su energía, eso está claro. La abuela nos enterrará a todos —apuntó su amiga.

Elinor sonrió, aunque su sonrisa no brilló en sus ojos y esa falta de alegría llamó la atención de Emi.

La novia señaló entonces dos diseños de centros de mesa y miró a Elinor con gesto de duda.

—¿Navideño o nupcial?

Elinor los observó con atención mientras mordisqueaba la punta de un lapicero.

—Has elegido casarte en Navidad. Lo normal es que los centros sean navideños, con hojas de abeto, muérdagos, manzanas… Además, perfumarán el salón y olerá de maravilla.

—Tienes toda la razón, no sé por qué dudaba. ¡Qué falta me hacías, cuñadita! —Emi estrechó por sorpresa a Elinor y separó luego el dibujo elegido—. ¿Por qué pones esa cara? —preguntó al detectar el rictus de su amiga—. ¿Es por lo de «cuñadita»?

—Suena extraño —se excusó Elinor, con un estrechamiento de hombros.

—Puede que Simon sea tu primo, pero me consta que no lo querrías más si fuera tu hermano.

—Es cierto, no sé qué me pasa —dijo aireando una mano.

—Yo creo que sí… ¡Henry!

—¡¿Qué?! —Elinor alzó la cabeza sobresaltada y vio a Emi mirando hacia la puerta, la imitó y descubrió a Henry ataviado con su traje de montar. Su cuerpo entero reaccionó a esa estampa varonil.

«Dios santo. Se me va a salir el corazón del pecho. Esto es irritante».

—¿Qué haces ahí parado? —le preguntó su hermana con una sonrisa.

—Buenos días. Espero a tu prometido para salir a cabalgar.

—Anda, pasa. Estamos decidiendo detalles de la boda —lo invitó su hermana con un gesto.

Para su intranquilidad, él se acercó lentamente con la fusta en una mano y el sombrero en la otra. A medio camino, los ojos de Henry cambiaron el rumbo hacia los de ella y le pareció ver que el azul de sus iris se oscurecía, al mismo tiempo que sus propias mejillas se ruborizaban.

Apartó la mirada y la fijó muy interesada en una de las listas.

Oyó su voz demasiado cerca, demasiado ronca y demasiado… irritante.

—No quisiera molestar. Además, no sé nada de bodas.

—Ni quieres saberlo —farfulló.

Emi rio con su respuesta, sin saber todo el dolor que escondía detrás.

—Elinor, con franqueza, ¿de verdad pedirías opinión a Henry sobre estos menesteres?

Ella cogió aire, pero no separó los ojos del papel. Un zapateo comenzó a escucharse desde debajo de la mesa.

—Jamás le consultaría a tu hermano nada relacionado con una boda.

De reojo, vio cómo las manos de él, tan fuertes y masculinas, apretaban el ala del sombrero, y una orgullosa satisfacción la recorrió.

—Pues yo espero que mi futura esposa sí lo haga, aunque luego yo ceda en todo, debido a mi ignorancia y… con tal de verla feliz.

—¡Buenos días a todos! —saludó Simon desde la entrada.

Esperaba de todo corazón que el enérgico saludo de su primo hubiera cubierto su súbito y doloroso jadeo, así como el fustazo de Henry en su bota de montar.

—¿Nos vamos? —lo escuchó preguntar de inmediato, al tiempo que caminaba hacia la salida.

—¡Menudas prisas! Permite primero que bese la mano de mi preciosa prometida… —pidió Simon.

—Te espero fuera —respondió él antes de desaparecer en el vestíbulo.

—Sospecho que Henry hoy no va a dejarme ganar —comentó Simon antes de dedicarles una venia y salir casi corriendo para alcanzar a su amigo.

En ningún momento Henry había alzado la voz, tampoco la había teñido de enfado. Esa calma que siempre había sido un refugio para ella, esta vez se le había colado en el pecho como si de un veneno sutil se tratara. Tomó aire y punteó varios nombres de la lista según las respuestas de las tarjetas.

—Elinor —supo que su nombre vendría seguido de una pregunta incómoda—, ¿qué ocurre entre Henry y tú?, ¿habéis discutido? Os noto muy tensos el uno con el otro. Anoche ni siquiera os sentasteis juntos.

Tomó aire, dejó el lapicero sobre la lista y se llevó el meñique a los labios. Al tiempo, dejó de rehuir los ojos de Emi, tan parecidos a los de su hermano, y se propuso no atropellarse al hablar.

—No sé lo que ocurre, ni acierto a explicarlo. Al parecer, todo se debe a que hemos crecido y, si bien de niños podíamos ser amigos, como hombre y mujer la amistad ya no… No es posible.

Emi frunció el ceño y apoyó la mano sobre la que ella tenía en el regazo.

—Sé que habéis mantenido correspondencia durante todos estos años. ¿Notaste algo extraño en las cartas?

—No. Quizá yo explicaba más que él. Henry me hablaba de sus investigaciones, de su ilusión por descubrir remedios, de sus amigos de la universidad y de sus paseos por la ciudad. —Suspiró un segundo y elevó una comisura—. Creo que si visitara París, no me perdería. Gracias a sus descripciones minuciosas, he paseado por sus calles, he contemplado las obras del Louvre y he cruzado todos los puentes del Sena. —Su mirada voló hacia la ventana y se perdió en tontos anhelos—. Y en mi mente, mientras leía sus cartas, siempre imaginaba que lo hacía con él. Pero ha sido reencontrarnos y descubrir que ha cambiado. Siento que es una persona diferente y no

solo por fuera. Se mantiene a distancia.

—Elinor —Emi pronunció su nombre con verdadera sorpresa y agitó con la mano las suyas —, si existe alguien con quien mi hermano jamás mantuvo la distancia fue contigo. Ni siquiera conmigo, que soy su gemela, se abría tanto…

—Pues todo eso se acabó.

Cuando dejó de mirar por la ventana e hizo un gesto a Emi para volver a los preparativos, le pareció leer en los ojos de su amiga una pregunta que no verbalizó. Ella lo agradeció, no deseaba seguir hablando de Henry, y se enfrascaron de nuevo en listas y diseños.



Cuando Henry hizo que su montura pasara del galope al paso, Simon acortó la distancia. No podía forzar más a Zale, su purasangre, sin correr el riesgo de lesionarlo. Al ver a su casi cuñado a su lado, esperó en silencio su reprimenda. Tardó un poco en llegar, pero llegó, aunque en forma de desconcierto.

—Si no te conociera bien y supiera que jamás pierdes los nervios, diría que estás a punto de explotar y te aseguro que es temible verte así. —Se giró, pero solo dedicó a Simon una ceja alzada. Algo había aprendido de su padre—. Hoy me recuerdas a una de esas fieras del zoológico de Londres. No a las que ya se las ve venir de tan nerviosas como se muestran, siempre al acecho, listas para atacar. Tú das más miedo, Henry, porque nadie sospecharía que dentro de ti pudiera haber un… salvaje.

Henry sonrió de medio lado. Estaba claro que Simon tenía tanta imaginación como su prima.

—Exageras, «cu-ña-do», si bien es cierto que, todo ser humano, sometido a demasiada presión, a experiencias desconocidas y llevado al límite, puede reaccionar de forma inesperada.

Esa mañana, cuando llegó a la salita y saludó, esperó en vano a que Elinor lo mirara, necesitaba que lo hiciera. Él no pudo dejar de contemplarla. Estaba preciosa. Preciosa y triste, y sabía que él era el único culpable de su tristeza.

Sin embargo, su pequeño ángel no permaneció pasivo y sacó las garras. Lo desafió como nunca lo había hecho. Ella, que siempre era la que lo consolaba, la que atenuaba sus miedos, la que lo apartaba de su retraimiento, trató de provocarlo para que estallara, y a punto estuvo de conseguirlo.

Por eso, tras volver a la mansión, se mantuvo alejado de ella el resto del día. Primero, hizo una larga visita a Bak, en la que no solo revisó su estado de salud, sino que también se interesó por su amplia familia. Luego, informó a su madre de que comería en el pueblo con el doctor Rose y de que aprovecharía para someterse a un examen exhaustivo por su parte, tal y como le había prometido a ella.

Tom lo recibió con un abrazo y lo invitó a pasar a la consulta, donde Joseph andaba ordenando

muestras. Después de explicarle a qué se había expuesto, su médico de toda la vida y ahora colega le hizo más o menos las mismas pruebas que su madre. También le hizo soplar en un extraño dispositivo.

Más tarde, después de compartir el almuerzo y acabando ya la sobremesa, el doctor le pidió que respondiera por escrito un largo cuestionario cuyas últimas preguntas provocaron que mantuviera el lapicero suspendido sobre el papel.

—¿Algún problema, Henry?

—E-estas preguntas…

—Fue idea de tu madre, para completar los expedientes de nuestros pacientes. Solo los rellenan los pocos que saben leer y escribir, por supuesto. A los demás, les leemos nosotros las preguntas, obviando algunas, según quién sea el paciente, claro. —El doctor se acercó a echar un vistazo por encima de su hombro—. Caramba, parece que mi estimada colega amplió el cuestionario sin yo saberlo…

—¿Y esas caras? —preguntó Tom, trayendo un servicio de té.

—Nuestra estimada duquesa añadió al cuestionario preguntas de índole… íntima.

—Bueno, es comadrona, ¿no es eso habitual? —se extrañó Tom.

—Querido, las preguntas aluden a hábitos… Ni yo mismo acierto a decirlo en voz alta.

El rubor del doctor se intensificó para diversión de Tom. Él mismo se sentía incómodo con el tema, pero se animó a hablar de ello. Al fin y al cabo, estaba con otro médico y con su pareja. Los conocía desde niño y nunca había tenido problema en tratar cuestiones de salud con ellos.

—Mi madre se ha interesado últimamente por la salud de las… meretrices. Quiere saber cómo evitan quedar encinta y cómo lo solucionan cuando no lo logran, también cómo se protegen de los contagios… Ya sabéis, de enfermedades venéreas. Lo que no quita que me sorprendan algunas preguntas dirigidas a hombres.

—¿Como cuál? —preguntó Tom tratando de aguantarse la risa.

—¿Cu-cuándo intimó usted por última vez? —leyó Henry sin levantar la mirada del papel.

—Diría que esa pregunta va en el cuestionario para mujeres, seguramente para calcular fechas de alumbramientos… —apuntó Tom sin tapujos.

El doctor carraspeó.

—Debes de tener razón, querido —y, recuperando el buen humor, el doctor añadió—: Henry, no es necesario que respondas.

—Nunca —graznó él tras dudar un segundo.

Fue desafortunado que en ese mismo momento se diera una de esas ocasiones en las que nadie habla y el silencio parece todavía más vehemente.

—¿Perdón?

Tom sí había escuchado su respuesta y puso una mano en el hombro del doctor.

—Joseph, el joven Henry ha dicho *nunca*.

—Pero, pero, pero en Londres… El ambiente licencioso en el que se mueven los estudiantes de Eton… En la universidad de París…

Henry alzó la mirada y se enfrentó al desconcierto de Joseph y a la comprensión de Tom.

—En… En Eton, unos compañeros insistieron en visitar un burdel. No quise ser marginado del grupo y accedí a ir con ellos. Subí a una de las habitaciones y allí… Allí me pasé la hora hablando con una joven a la que no me atreví a preguntar la edad. —Hizo una mueca y negó con la cabeza—. Entendí muchas de las lecciones de mi madre. Después de aquello, simplemente no acepté ninguna de las ofertas, por así decirlo, que me hicieron.

—Pero… —Joseph se aclaró la garganta—, ¿tú?, ¿tú no?, ¿tú sientes deseo? Hay hombres

que…

—Lo controlo, no es tan difícil —admitió con alivio al ver lo fácil que era tratar un tema tan íntimo con ellos.

Joseph levantó las cejas hasta casi unirlas a su cabellera.

—¿Que no es difícil aguantar el corazón desbocado? ¿Que te arda la piel? ¿Que apenas puedas respirar? ¿Que crepite el aire entre tú y la persona deseada? Por no mencionar los síntomas más físicos y evidentes que asolan a tu cuerpo…

—Eso no es deseo —desdeñó con seguridad.

—¿Cómo puedes saberlo? —inquirió Tom.

—Porque solo siento eso con una persona y no es… —El temor apareció y acalló sus palabras.

—¿No es la persona que esperabas? ¿No es la adecuada? Recuerda con quiénes estás hablando, muchacho. El deseo no se puede evitar. Puedes tratar de disimularlo, de esconderlo a ojos de los demás, pero te aseguro que hacerlo cada día es muy duro —afirmó Joseph.

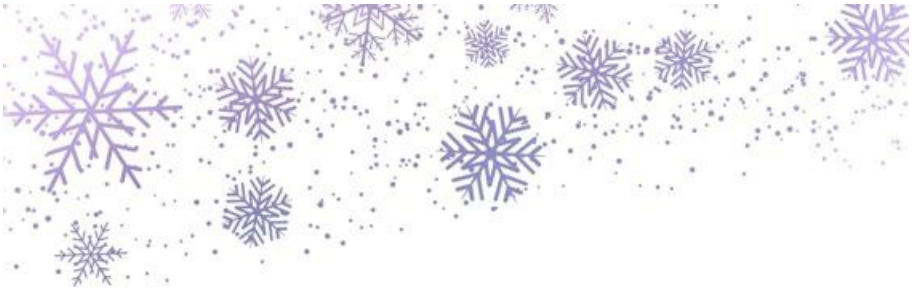
—Y si el deseo va unido al amor, todavía es más complicado —añadió Tom.

Henry asintió con un gesto de comprensión a sus amigos. Era muy consciente de las dificultades a las que se enfrentaban Joseph y Tom cada día. Y más si, como parecía ser, la sociedad se había vuelto aún más opresiva. Pero la conversación había tomado un rumbo inesperado y sintió la necesidad de salir de allí. No estaba preparado para asimilar cierta información ni para admitir lo que le ocurría.

Se bebió de un trago la taza de té, deseando que fuera algo más fuerte, y se levantó a fin de despedirse y regresar a su hogar. Antes de salir por la puerta, Joseph lo llamó con una ligera sonrisa en la cara.

—Eh, Henry, en la biblioteca de tus padres hay un libro rojo que… Bueno, es bastante instructivo. Pídeles que te lo presten.

¿Y hablarles a sus padres de su virginidad? Antes prefería cruzar a nado el canal de la Mancha para volver a Francia.



Capítulo 9

Elinor despertó al día siguiente con ganas de sentirse libre, de gritar al viento, de revolverse contra una sociedad que no le permitía soñar. Así mismo, necesitaba llorar la pérdida definitiva de su mejor amigo, del único, en realidad. Porque en la escuela para señoritas de Horsham, a la que insistió en asistir cuando él se fue, no logró hacer amistades destacadas. Más tarde, ya como profesora voluntaria de teatro, sí que estrechó la relación con algunas compañeras. Sin embargo, con ninguna de ellas se atrevió a desnudar su alma como sí que lo había hecho con él, aunque fuera por carta.

Por Dios, Henry las leyó todas durante años. Si las conservaba, era el guardián de sus más atrevidos anhelos. Quizá, debido a la confianza depositada en él, no podía evitar sentirse ahora traicionada, aunque no tuviera razón para ello.

A fin de limpiar su alma de tanto sentimiento nocivo, se vistió con un abrigado traje de montar y bajó en dirección a los establos. De camino, continuó recordando que Henry no era culpable por no sentirse tan unido a ella como ella a él. La distancia, sin duda, mermó su conexión especial. Con seguridad, todas las experiencias vividas en París y las personas a las que había conocido allí habrían hecho palidecer una amistad infantil y por eso las cartas de él fueron menos que las suyas. Debía dejar de acusarlo tontamente por no corresponder a su… interés.

Caramba, pensó al llegar a la puerta de las caballerizas y encontrárselo de cara, también con la obvia intención de salir a montar. Demasiado pronto iba a tener que poner a prueba su templanza, esa que nunca tuvo y que iba a estrenar con él. Por él.

—Buenos días, Hen-Henry —lo saludó ella sin echar fuego por los ojos, sin golpear el suelo con su pie derecho y sin atusar el meñique con sus mullidos labios.

Henry la observó con cautela y admiración. La serenidad que mostraba su semblante lo tenía confuso y no solo porque multiplicaba su belleza. ¿Acaso ya no estaba resentida con él?

—Buenos días, peq… Elinor —se corrigió a tiempo.

Ella insinuó una sonrisa y a él se le encogió el corazón. Las palabras de Joseph y Tom de la tarde anterior acudieron a su mente de forma inoportuna. Las hizo a un lado, pero volvieron con insistencia, porque los latidos en su pecho ganaban fuerza y porque los tres pasos que lo separaban de Elinor de repente se le antojaban demasiados. A tres pasos no lograba oler el perfume de su piel ni escuchar su respiración, aunque sí sentía el famoso crepitar entre ellos. Si daba un paso, ardería.

Los ojos de Elinor continuaban observándolo y él temió que descubriera la rigidez de sus músculos. La tensión de una fiera que desea ser liberada, como tan bien lo había descrito Simon el día anterior. Sus ojos, al final y como siempre, no aguantaron el escrutinio de los de ella, los esquivaron y bajaron hasta el suelo húmedo.

Él no sabía a donde mirar, ella no sabía qué decir. Por fortuna, dos personas se les acercaron.

El silencio se rompió y el chisporroteo se apagó.

—Buenos días, Elinor, buenos días, Henry. Parece que los cuatro hemos tenido la misma idea —saludó Emi, que llegaba del brazo de Simon.

Ambos asintieron y sonrieron con timidez. A los otros dos no les pasó desapercibida esa sonrisa e intercambiaron una mirada de complicidad.

—¿Qué os parece si vamos en dirección a Beaconshire y así os enseñamos las últimas reformas que hemos hecho en Beacon State? —propuso Simon.

—Claro —aceptó Elinor entrando de inmediato en las caballerizas en busca de Dafne, su montura habitual cuando visitaba Wyndham.

Ayudada por un escalón y un mozo, montó a mujeriegas, tiró de las riendas y salió de la edificación de madera rojiza. Ya fuera, sus ojos recorrieron la impresionante figura de Henry, pero enseguida los cruzó con Emi. Levantó las cejas en una muda pregunta que su amiga respondió con un guiño y una sonrisa. Pusieron al trote a los caballos, se alejaron de la mansión y, nada más llegar al linde del bosque, Emi dio el alto.

—Está bien, caballeros, si son tan amables de esperar a que las damas nos acomodemos como es debido…

Elinor sonrió en respuesta al ceño fruncido de Henry. Ni por asomo adivinaría lo que Emi y ella se habían acostumbrado a hacer desde que descubrieron que sus madres también lo hacían. Observó cómo Simon desmontaba y se dirigía con una sonrisa al caballo de Emi. Allí, su primo elevó los brazos en un gesto obvio que hizo reír a su prometida.

Emi saltaría y luego Simon la ayudaría a montar a horcajadas, por eso las dos llevaban pantalones bajo el traje de montar. Esperó paciente el turno con su hermano, mientras la pareja se entretenía demasiado en mirarse con adoración.

De repente, oyó un carraspeo y se sobresaltó. Giró la cabeza y descubrió a su lado a Henry, que la miraba con fijeza y le ofrecía la mano. ¿Qué? ¿Pretendía ayudarla a bajar igual que estaba haciendo Simon con Emi?

Dudó por un momento. Una cosa era mostrarse madura y educada con él, eso era fácil si mantenía las distancias, pero permitir que la ayudara suponía tenerlo demasiado cerca para su paz mental, esa que se había propuesto cultivar.

Al fin, no le quedó más remedio que aceptar si no quería parecer descortés. Apoyó las manos en sus hombros al mismo tiempo que él ceñía su cintura. La alzó sin esfuerzo y la bajó. Henry no se apartó de inmediato, por lo que su cuerpo quedó acorralado entre Dafne y el de él. Los ojos de ambos se enredaron y el tiempo se detuvo. El frío de la mañana evidenció la prisa de sus alientos en forma de vaho. Los dedos de Henry se movieron en su talle de manera sutil; por contra, ella sintió una corriente poderosa ascenderle hasta el pecho. Elevó el rostro hacia él, los labios se le abrieron más y su mano acortó la distancia con el cuello masculino, donde el pelo negro rozaba el borde de la capa. Su vientre se deshacía, sus piernas temblaban y su corazón suplicaba un abrazo.

Una risa avergonzada y otra muy segura de sí misma resonaron al otro lado de Dafne. Henry le miró los labios por un breve e intenso momento y enseguida dio un paso atrás. A continuación, se inclinó y le ofreció sus manos cruzadas para que ella pudiera montar de nuevo y así lo hizo. Sin embargo, en cuanto estuvo sobre el caballo, su mano voló a sus propios labios. Le hormigueaban intensamente.

Reemprendieron la marcha y, ya cerca de Beacon State, Emi tomó la palabra.

—Elinor, creo que no has visto los nuevos ventanales del salón.

—No, creo que no. Espero que eligieras los de marcos blancos —respondió a su amiga.

—A ver si hoy da tiempo de enseñarte todo. Tu última visita fue tan rápida que no pudimos venir —comentó Simon a Henry.

—En su última visita estábamos en Lisboa de gira con mamá —habló para aclarar la confusión de su primo. No le importó evidenciar lo enterada que estaba de las idas y venidas de Henry.

—No, yo me refiero a su viaje relámpago de hace un año. No estuvo aquí ni veinticuatro horas y, para colmo, se las pasó todas encerrado con tío Andrew y con papá —le aclaró Simon sin ser consciente del daño que sus palabras comenzaban a infligirle.

Elinor se limitó a asentir hacia su primo, repasó de nuevo las fechas que tan grabadas tenía en su mente y azuzó al caballo. En cuanto estuvo ante Beacon State, desmontó sin ayuda, subió las escaleras que llevaban a la bonita entrada y los esperó poniendo una atención desmedida en la fachada.

—¿He dicho algo inapropiado? —le preguntó Simon alternando la mirada entre él y Emi.

—Esa vez no vi a Elinor. Ni siquiera tuve tiempo de avisarle de que venía. Viajé rápido para dar la información a tío Michael y regresar enseguida a París, porque allí me necesitaban.

—Entiendo. ¿Descubriste algún movimiento sospechoso del gobierno francés y viniste a contarlo? —inquirió Emi.

—Sí, al tío y a papá. Me crucé con tu prometido, pero no tuve tiempo de ver a Elinor.

Emi buscó con la mirada la tiesa figura de su amiga.

—Y ella acaba de enterarse ahora mismo de que viniste y no la buscaste.

Tras desmontar, Henry se quedó donde estaba. Observó a Elinor en lo alto de las escaleras y le pareció más inalcanzable que nunca, después de lo cerca que la había tenido cuando la ayudó a bajar de Dafne. Su cuerpo se había vuelto loco al sostenerla casi pegada a él. Si hubieran estado a solas, con seguridad habría cedido a esa locura. Pero de nuevo se agrandaba la distancia entre ellos y, si bien era consciente de la necesidad de esa distancia, eso no la tornaba menos dolorosa. Debía acercarse a ella y explicarle por qué no la buscó un año atrás.

No obstante, ella no se lo puso fácil. Desde el momento en el que accedieron al que iba a ser el hogar de Simon y Emi, Elinor se pegó a su amiga y lo ignoró. Mientras visitaban todas las estancias principales, él se mantuvo detrás del trío, escuchando las explicaciones de la pareja y las opiniones entusiastas, quizá demasiado entusiastas, de Elinor.

Justo antes de abandonar la casa, aprovechó que su amiga se soltó del brazo de su hermana, y que la pareja salió del vestíbulo, para retenerla por la mano. El contacto los sobrecogió a los dos, puesto que de inmediato Elinor elevó su rostro para mirarlo con sorpresa, a la vez que a él se le contraían los músculos del brazo.

—Pequeño ángel, espera…

—No hace falta que digas nada —lo interrumpió ella—, Hen-Henry.

La vio coger aire y percibió la impaciencia que hacía vibrar su pequeño cuerpo. Le habló calmado.

—Elinor, se trató de una visita fugaz porque me necesitaban en París e incluso dudé en venir, pero no podía confiar lo que había descubierto a un mensajero. Tu padre necesitaba conocer esa información lo antes posible por si debía contactar con sus hombres.

—No pasa nada. Lo entiendo —respondió de forma atropellada.

«No, no lo haces y es culpa mía». A pesar de los guantes, sintió el tacto de su pequeña mano en la de él. Comenzó a mover los dedos, quería entrecruzarlos con los de ella.

—Elinor… —No sabía muy bien qué iba a explicarle, los redobles de su corazón cada vez eran más fuertes.

De repente, ella se soltó y se sujetó las manos con fuerza.

—*Hendy*, me ha costado entenderlo, pero al fin comprendo que las cosas han cambiado entre nosotros. Ya no somos los mismos y yo… tan solo debo acostumbrarme. Si eres tan amable de dejarme pasar…

—Elinor, en el fondo sabes que nada ha cambiado, sigues siendo mi mejor amiga. —De forma imprudente le pidió—: no quiero perder lo que tenemos.

—Lo que teníamos.

Elinor se alejó de él y, de reojo, la vio bajar las escaleras para ir a reunirse con la pareja. Luego, sus ojos repararon en el ajedrez de baldosas del vestíbulo e iniciaron un errático paseo sobre ellas. «Ha pasado de querer sacarme los ojos a mostrarse resignada. Y yo… Yo debería perder la esperanza de que me rescate de nuevo. Se ha rendido conmigo. Si sé que es lo mejor para ella, ¿por qué diablos escuece tanto? ¿Por qué lo siento como un abandono y noto que me ahogo?».

Ya de vuelta, al salir de las caballerizas y avanzar hacia la entrada, la presencia de alguien le llamó la atención: Hugh. ¿Qué diablos hacía allí? Lo vio acercarse muy seguro de sí mismo hacia Elinor, tomarle la mano y besar su dorso.

—He pasado mucho frío esperando por usted, bella dama, ¿me invitaría a un té bien caliente? —lo oyó babosear.

Elinor asintió con educación y con una sonrisa demasiado generosa.

Se quedó inmóvil viendo a la pareja enfilar las escaleras de su casa y no fue consciente de que Simon, a su lado, se fijaba en sus puños apretados.

—Henry, si necesitas hablar, sabes que estoy a tu disposición, ¿verdad? Sé que tu confidente siempre fue Elinor, pero quizá haya temas que prefieras tratarlos con otra persona.

—¿Serías mi cómplice? Porque ahora mismo es lo que necesito —pidió con la voz ronca, el vientre en llamas y los ojos fijos en la puerta de la mansión.

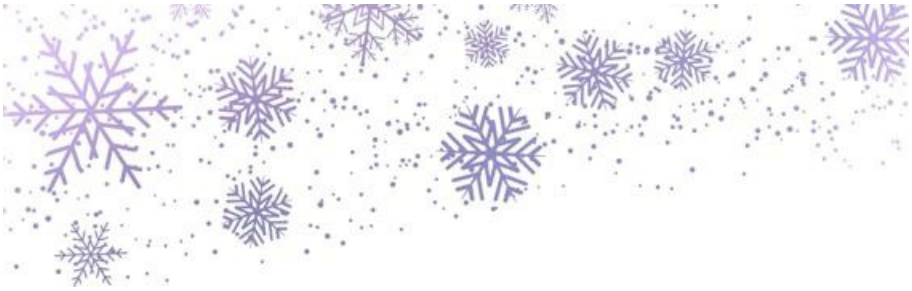
—Se me da bien cavar hoyos —se ofreció Simon apoyando la mano en su hombro.

—Cuento contigo entonces…

Dentro de la casa, en la salita de recibir, Elinor entregó a Hugh la taza de té prometida, mientras Emi atendía correspondencia en una mesa cercana. Tras tomar asiento, cuando él reemprendió la perorata sobre sus negocios, su mente desconectó del pomposo discurso masculino para retornar a la conversación con Henry. «Traidora». Ella, que se había hecho el firme propósito de manejar ese tema con entereza, se veía traicionada una y otra vez por su propia mente, que no dudaba en correr en la dirección equivocada.

Saber que Henry había regresado un año atrás y no la había buscado ni para saludarla agravó la herida que su distanciamiento le había infligido. Como hija y sobrina de espías, entendía el sentido del deber de Henry y su interés por informar personalmente. Pero ¿quién lo necesitaba con tanta urgencia en París? ¿Sus colegas? ¿Sus amigos? ¿Una… una mujer?

Elinor se llevó la mano al pecho. Una especie de rayo se lo acababa de cruzar. ¿Sería posible? En sus cartas, Henry no mencionaba a ninguna joven, pero eso no quería decir que no existiera alguna que se hubiera ganado su admiración. Y si eso fuera cierto, ¿querría ella saberlo? ¿Cómo se sentiría? De inmediato, se ordenó dejar de pensar en esa turbadora posibilidad y procuró atender a las explicaciones de Hugh. No fue capaz.



Capítulo 10

Isabella despertó entre sensaciones deliciosas provocadas por besos húmedos en la marca de su hombro, caricias calientes en sus caderas y palabras de amor en su corazón. Sonrió feliz y giró lentamente para enfrentar al culpable de esa dicha.

—*Whitey* insaciable, ¿no tuviste suficiente con lo de anoche? —preguntó a su marido, acariciando su cuidada barba rubia.

—Nunca tengo suficiente de ti, esposa —su voz ronca la estremeció hasta lo más hondo.

Acortó la distancia con él, subió la pierna hasta anclarla a su cadera y se abrazó a sus poderosos hombros. Saber lo que él estaba a punto de darle aumentó su deseo.

—Hazme tuya —le susurró en los labios.

Michael capturó su boca y aferró sus caderas para jugar a tentarla. Cuando la sintió impaciente, la penetró de forma imparable y los sumió en una batalla de idas y venidas, de jadeos y suspiros, de gritos y «te quieros», que terminó con el triunfo de los dos. En sus guerras de pasión nunca había perdedores.

Saciado el deseo, Michael recostó la cabeza en el pecho de su mujer y atrapó la libélula de plata que pendía de su cuello desde hacía veinte años. Nunca la había visto sin ella. En algún momento cambiaron el cordón de cuero por una fina cadena de plata, pero el colgante era el mismo.

—Bella, ¿hoy es cuando vamos al mercado de Hastings?

Ella le pasó los dedos por el cabello, provocándole un escalofrío.

—Sí. Lo pasaremos bien comprando decoraciones. Luego os tocará a los caballeros colgarlas por todo Wyndham. ¡Oh!, y no te olvides del muérdago…

—Me encanta esa tradición. —Besó el hombro de su mujer y volvió a reparar en el colgante —. Cariño, ¿y si te regalo otra libélula?

—Ni hablar, *whitey*. Esta es mi joya más preciada.

—Y tú la mía —le juró él levantando la cabeza de su pecho hasta encontrar sus preciosos ojos.

Los vio llenarse de emoción y de lágrimas.

—*Whitey*, te amo. —Su mujer le apartó el flequillo y le acarició la cara.

—¿Qué hice para merecerte?

—Bañarte desnudo en el río —le respondió risueña.

—Provocadora…

Ella sonrió, besó su frente y se cobijó en su iris aguamarina.

—Luchaste por mí sin rendirte, jugándote la vida y yo… casi morí al creer que te perdía…

—Shhh, está bien. Siento haber traído esos recuerdos. —Se incorporó, ocultó el rostro en el cuello de su mujer y ascendió con los labios hasta la sensible piel tras su oreja—.

Afortunadamente, sé cómo alejarlos.

Horas más tarde, el grupo partía en dirección a Hastings en cuatro carruajes. Henry y Elinor viajaban en el tercero junto con Emi y Simon. La pareja repasaba su lista de compras con ilusión, buscando, de tanto en tanto, la opinión de los otros dos, que ponían todo de su parte para ayudarlos, a pesar de que por dentro se sentían acorralados.

No era solo por tener que compartir un espacio tan estrecho en el que sus cuerpos se rozaban continuamente con el traqueteo del carruaje. Sus sentimientos también los acechaban a la espera de asaltarlos a la mínima que se despistaran. Para ninguno de los dos eran sentimientos positivos. Elinor no había dejado de sentirse mal desde que la idea de que Henry tuviera una enamorada en París asaltó su mente. Y Henry no podía quitarse de la cabeza la imagen de Hugh galanteando a Elinor mientras ella aceptaba esa atención con una sonrisa.

Por eso, ambos suspiraron aliviados cuando el carruaje se detuvo en la entrada de Hastings. El alivio no duró mucho. El primero en descender fue Simon, que ofreció la mano a Emi para ayudarla a bajar y alejarse ambos de inmediato del carruaje. Henry apretó los dientes ante la deserción de su amigo, salió del vehículo y se giró hacia la puerta con la mirada baja y la mano extendida. No tardó en sentir los dedos de Elinor aferrarse a los suyos.

No podía mirarla. No cuando su aroma inconfundible amenazaba con tumbar todas sus defensas y cuando su tacto tensaba su cuerpo. La soltó, no bien ella estuvo en el suelo, y evitó ofrecerle su brazo para caminar. Algo de lo que se arrepintió poco después cuando, de la nada, apareció el inoportuno Hugh para ofrecerle la cortesía que él le acababa de negar. Con el estómago anudado, caminó tras ellos hacia el grupo que los esperaba a fin de internarse en el mercadillo.

Cada vez le quedaban menos dudas, cavilaba Elinor mientras simulaba observar con interés los productos expuestos en los tenderetes ante los cuales paseaban. Henry no solo la ignoraba, también la detestaba tanto como para no querer siquiera tocarla. No recordaba en su vida ninguna circunstancia que la hubiera destrozado tanto y tampoco acertaba a adivinar qué había hecho ella para ganarse ese desprecio. Por fortuna, el respeto y la atención de Hugh actuaron de bálsamo para su alma herida y debido a ello se esforzó en dedicarle la consideración que merecía.

—Tu hijo y Elinor siguen comportándose de forma extraña —comentó Emily a su marido, atisbando a los jóvenes desde detrás de uno de los puestos de muérdago.

—Me recuerdan a nosotros —susurró el duque demasiado cerca de la oreja de su mujer. Sonrió canalla al sentir cómo se estremecía.

—Andrew, no quiero que sufran —se lamentó ella.

—Querida, se han reencontrado después de seis años y les toca admitir que su amistad se ha transformado en algo más profundo. Solo hay que mirarlos para notar lo que sienten el uno por el

otro. No tardarán en reconocerlo y entonces tendremos otra boda que organizar.

—Nuestro camino hasta reconocer que nos amábamos no fue fácil, Su Excelencia.

—No me lo recuerdes, por favor. —Andrew rodeó la cintura de su mujer y la acercó a su cuerpo—. A ellos no les ocurrirá. Tan solo están confundidos y en cuanto Henry aclare su situación en París, podrán estar juntos.

Emily apoyó la sien en la barbilla de su marido.

—Gracias por calmar mi preocupación. ¿Sabes lo mucho que te amo?

El duque tensó el brazo con el que la sujetaba y aspiró con fuerza.

—Duquesa, nos queda un largo día de compras por delante, no me lo hagas más largo…

Ella le sonrió con coquetería y giró para comprar una veintena de ramilletes de muérdago.

Henry también se pasó parte de la mañana espiando a Elinor por entre los puestos. Dejó de hacerlo cuando, en un momento determinado, ella lo atrapó. Sus miradas parecieron enlazarse a pesar de la distancia y esa conexión plantó una semilla de esperanza en su pecho. Esperanza, ¿de qué?, ¿de que perdonara su torpeza? Se vio desgarrado por su sentido del honor, por los recuerdos del pasado y por el deseo del presente.

Porque sí, debía admitir que lo que sentía por Elinor era deseo, los síntomas coincidían con el diagnóstico que su doctor le pronosticó dos días atrás. Jamás había sentido esa mezcla de hambre, necesidad y locura correrle por las venas y la primera vez que le ocurría lo hacía con alguien a quien no podía tocar, al menos sin tener consecuencias que ninguno de los dos deseaba. Elinor era su amiga, era familia, y tenía sueños que no incluían un marido, a tenor de lo que siempre manifestaba en sus cartas.

Por enésima vez, se recordó que debía mantenerse alejado y deslazó la mirada de la de ella para atender a Mary. Su hermana le señalaba una pulsera de cuentas que no dudó en comprarle. Mike se encaprichó de un soldado de madera y también accedió. Estaba por pagar cuando sus ojos descubrieron un colgante que le llamó poderosamente la atención. Era el símbolo del infinito creado por John Wallis dos siglos atrás, pero el diseño que tenía delante lo mostraba en vertical y con un lado más estrecho que el otro. El detalle que más lo sorprendió fueron las pequeñas alas que salían del cruce del lazo. El colgante parecía a la vez un ángel y una promesa de eternidad.

Sin meditar demasiado en el porqué, pidió que se lo pusieran dentro de la bolsita de terciopelo aguamarina sobre la que descansaba.

—¿Es para mí? —escuchó preguntar a su hermana.

—Este no, jovencita. —Al decir aquello se percató de que Mary, a pesar de su comportamiento desenfadado y algo infantil, ya tenía dieciocho años. No se daría cuenta y ya estaría asistiendo a su presentación en sociedad cuando llegara la primavera. Eso si seguía en Inglaterra.

—No me puedo creer que no estéis gritando de hambre a estas horas. —Su padre apareció tras ellos. Revolvió el cabello de Mike, ofreció su brazo a Mary y a él le palmeó el hombro—. ¿Para quién es lo que has comprado?

—¿No se te escapa nada, padre?

—Procuro que eso no pase. ¿Es para la joven francesa?

A pesar de saber que sus padres se lo contaban todo, Henry lo miró asombrado porque su padre sacara ese tema.

—No. —Odió sentir el rubor expandirse por su cara—. Lo he comprado en un… impulso.

Su padre soltó una carcajada y él lo miró con el ceño fruncido en un intercambio de papeles poco habitual.

—No me mires así, es que yo también compre algo una vez por… impulso.

—¿Para mamá?

—Por supuesto.

—¿Le gustó?

—Mucho, pero no añadí ninguna nota y se pasó meses sondeando a ver quién le había enviado el regalo. Cuando lo supo, comprendió que…

—Veo que no soy el único que se ruboriza, Su Excelencia —bromeó Henry ante la sentida pausa de su padre.

Su padre le devolvió entonces el ceño fruncido, pero lo cambió de inmediato por un gesto de complicidad.

—Cuando tu madre lo descubrió, comprendió que mi amor por ella había nacido mucho antes de lo que presuponía.

—Amor… Claro, bien… En mi caso…

—Si le haces un regalo a una dama, ella lo interpretará como interés por tu parte… —le advirtió su padre con sabiduría, al mismo tiempo que atisbaba a lo lejos en busca del resto de la familia—. Caramba, allí tienes un ejemplo de lo que acabo de explicarte.

Henry se giró y escrutó la multitud. Sus ojos viajaron directos a la figura de Elinor y al pañuelo níveo que sostenía entre sus manos. Hugh sonreía orgulloso delante de ella a la espera de que lo mirara. Elinor levantó sus ojos de mar y asintió con agradecimiento. Al ser testigo de aquello, su puño se cerró sobre la pequeña bolsa de terciopelo y se la guardó en el bolsillo.

Sin embargo, otro suceso opacó el disgusto del anterior. Interceptó varias miradas dirigidas a Elinor que lo preocuparon. Al menos dos grupos de mujeres desde diferentes puntos la observaban de arriba abajo y hablaban luego entre ellas. Los rumores. Los malditos rumores habían llegado a Hastings.

—Tenemos mesa para comer en la taberna de la plaza, ¿vamos?

Su padre los arengó a los tres y caminaron hasta encontrarse con el grupo. Él se situó lo más lejos de Elinor que pudo, pero, esta vez, no fue para protegerse de lo que ella le hacía sentir, sino para no dar pie a más habladurías.



—Hugh, ¿nos acompañas?

Qué menos que invitarlo, después de su detalle, de lo educado que se había mostrado con ella toda la mañana y por servirle de coartada para no ser tan consciente de la presencia de Henry. Ya podía estar a diez pies de distancia o a cien, que era totalmente consciente de dónde se encontraba él en cada momento. Y eso a pesar de su obvia intención de mantenerse alejado de ella. Comenzaba a hacerla sentir una apestada…

—No sabes cuánto me complace que quieras pasar más tiempo en mi compañía, pero mi

madre y sus amigas están cansadas y me han pedido que las acompañe de vuelta a Brighton.

De modo que por eso se había sentido observada en algunos momentos. Por el escrutinio de la señora Bowles y compañía…

—Está bien, Hugh —lo despidió y aceptó que él se llevara su mano a los labios en un gesto que la incomodaba sin saber por qué.

A pesar de la incomodidad que sentía cuando estaba con Hugh, nunca hubiera imaginado que en la taberna echara de menos su apoyo. De soslayo vio a Henry maniobrar para quedar sentado al otro lado de la larga mesa. El resto de los miembros de las familias Beacon y Cavendish se acomodaron entre ellos dos, sin dejar de demostrar su desconcierto. Unos alzaron las cejas, otros fruncieron los labios, pero ninguno lo expresó de viva voz. Cosa que ella agradeció.

—¡Estoy impaciente por ponerme a decorar! —exclamó Mary dando un par de palmadas.

—Pues procura contenerte hasta el viernes. No prepararemos nada sin nuestros invitados más íntimos —le advirtió su hermana mayor señalándola con el dedo.

—¿Quiénes han confirmado? —quiso saber su madre.

Emi alzó la mirada y comenzó a contar con los dedos.

—Los Craven, Demi y Dana, el tío Alfred y la tía Clarise…

—¡Oh!, prepara tu repertorio, querida, Clarise se apoderará del piano de Wyndham e insistirá en que cantes. —Su padre posó la mano sobre la de su madre y luego se dirigió a ella—. Y tú selecciona alguna escena para representar.

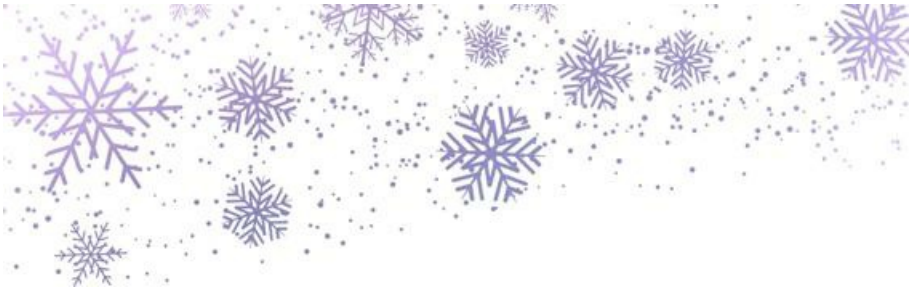
—No pienso actuar, papá. Me limitaré a dirigir a mamá —se excusó ella.

—¡Elinor, nunca a las órdenes, siempre al mando! —bromeó Simon.

—¡Que se lo digan a Henry! ¿Tú sí que actuarás, hermanito? —pinchó Mary a su hermano mayor.

Elinor vio a Henry sonreír de medio lado hacia su hermana y, cuando menos se lo esperaba, buscarla a ella. Sus ojos azules parecieron abrazarla y llevarla atrás en el tiempo. A todas esas veces en las que él accedía a interpretar a cuantos personajes ella creara y a representar todas las escenas que ella no lograba visualizar. Él, la persona más tímida que conocía, jamás se había negado a realizar tamaño esfuerzo para hacerla feliz. ¿Por qué entonces ahora se comportaba tan esquivo con ella? Rompió la conexión de sus miradas, se concentró en la sopa que acababan de servirle y en llevarse las cucharadas a la boca sin que la mano le temblara.

Horas más tarde sí tembló. De rabia, de dolor y de rencor.



Capítulo 11

Elinor llegó agotada a su habitación y no solo por todo lo que habían caminado por el mercadillo. Su cansancio mental no era poco y estaba causado por la cortesía obligada con Hugh, la indiferencia interpretada ante las damas de la moral y, sobre todo, por su desinterés impostado hacia Henry.

Se dejó desvestir por una doncella y, una vez estuvo sola, se fue directa a la cama. A punto de tumbarse, una pequeña bolsa azul llamó su atención por destacar sobre la blanca almohada. «¿Y esto?», se preguntó extrañada. Tomó la bolsita con aprensión, como si pudieran salirle dientes y morderla. Era del color exacto de sus ojos, excepto por el cordón negro que la cerraba. Tiró de él y volcó el contenido en la palma de su mano. Antes de que su mente pudiera discernir lo que veía, su cuerpo ya comenzó a temblar de incredulidad. Un ángel.

Era un ángel y solo existía una persona en el mundo a la que se le ocurriría regalarle uno, por tener un significado especial. El regalo, que en otras circunstancias se habría convertido en el más preciado para ella, en esa ocasión la hirió en lo más hondo. «¿Cómo se atreve?».

Sin atender a la prudencia, Elinor abandonó su habitación, cruzó el amplio pasillo tenuemente iluminado y entró como una tromba en la habitación de Henry. Que él estuviera leyendo tan tranquilo, sentado en mangas de camisa en una butaca frente a la chimenea, la irritó todavía más. Temblando, se acercó a él y le mostró la palma abierta en la que descansaba el colgante.

—¿Qué diablos es esto, *Hendy*? —Él cerró el libro con cuidado, lo depositó en la mesita cercana y fijó la vista en su mano. Se irguió despacio ante ella, turbándola con su corpulencia. —¿A-acaso quieres volverme loca? —Henry apartó la mirada del ángel y la ocultó en el fuego—. ¡Mírame! Desde que volviste no has hecho más que mostrarme tu desprecio y ¿ahora me haces un regalo?

Los ojos de él tornaron con rapidez hacia los suyos.

—¿Desprecio? —pronunció asombrado.

Henry comenzó a hiperventilar.

—Así me has hecho sentir: despreciada. —Elinor se limpió una lágrima inoportuna y cogió aire—. No quiero tu maldito regalo, Henry. ¿Me oyes? ¡No lo quiero!

Arrojó el ángel hacia el pecho de él, lo vio caer al suelo y, de inmediato, se dio la vuelta para regresar a su habitación.

No había dado un paso cuando dos brazos como tenazas rodearon su cintura. Henry la estrechó contra su cuerpo y apoyó la frente en su hombro. Seguía respirando con fuerza mientras que ella descubría que su entereza ya no la sostenía. La calidez de los brazos de Henry derritió la rabia que la había conducido a aquella habitación.

—Jamás podría despreciarte —susurró él en su cuello—. Eres demasiado valiosa para mí,

pequeño ángel. Sin embargo, desde que he vuelto a verte, mis emociones se han descontrolado.

—Me ocurre lo mismo, *Hendy* —confesó ella.

Henry la giró despacio entre los brazos y subió la mano para acunarle el rostro. Sus ojos color tormenta cayeron a sus labios, su pulgar se los acarició y le provocó una marea de calor por todo el cuerpo.

—Henry —lo llamó desfallecida.

Él no apartó la vista de su boca. Parecía secuestrado en ella.

—Sabes que no soy un hombre capaz de sentir emociones desbocadas. O, al menos, no lo era hasta que te he vuelto a ver. —Henry tensó el brazo que rodeaba su cintura y la pegó aún más a él—. Porque… porque ahora me arden las entrañas cada vez que Hugh se te acerca, cuando Hugh te habla y cuando tú le sonríes… con una de mis sonrisas. Mías. Esas que solo me dedicabas a mí.

—Me… Me cuesta creerte. Tu comportamiento…

—Perdóname, pequeño ángel. —Henry cerró los ojos y apoyó la frente en la suya—. Pretendía mantenerme alejado de ti para protegerte, porque no puedo, no puedo… Pero lo que siento… está comenzando a ser más fuerte que mi honor y que la prudencia. Cada vez me cuesta más resistirme… a ti. Y me estoy consumiendo, Elinor, porque te deseo.

Elinor se sentía flotar. El cuerpo masculino la cobijaba en su calor, la mano de él acariciaba su rostro con cariño y su aroma la achispaba como cuando se le iba la mano con el jerez.

—¿Eso es lo que nos pasa? ¿Deseo? —susurró entregada.

—Sí… —respondió él enronquecido sobre su frente.

Y debía de serlo, porque había leído que el deseo nublaba la razón y enloquecía el cuerpo. Así se sentía ella: pletórica y ansiosa por más.

—*Hendy*…

Elinor se puso de puntillas, subió las manos por los brazos de Henry hasta posarlas en sus enormes hombros, si bien una de ellas llegó hasta detrás de su cuello para pedirle que se inclinara. Enlazaron sus miradas y sus alientos, sobrecogidos, se mezclaron.

Esperaron. Una corriente dulce se les expandió por la piel y provocó que Henry la atenazara a su cuerpo. Ella lo estrechó y, por fin, Henry posó los labios en los suyos. Aunque apenas los movió, ella sintió un rayo bajarle hasta su intimidad. Él empujó suave y ella lo imitó. Sus bocas comenzaron a acariciarse poco a poco y con cada roce aumentaba la magia.

Sabía que Henry era minucioso, pero ¿tenía que besarla con esa lentitud? Su piel ardía impaciente sin saber de qué y él seguía rozándole los labios de forma cuidadosa y… deliciosa. Quería más y restregó su cuerpo contra el de él.

—Shhh, pequeña…, puedo oír el zumbido tus pensamientos. Deja la mente en blanco, tan solo siente —susurró contra los labios.

La boca de Henry cada vez abarcaba más. Sus alientos se enredaron y el sabor de él se le subió a la cabeza. Cuando su lengua tocó la suya, dio gracias porque la tuviera abrazada con firmeza o se hubiera derretido. Lento, muy lento, comenzaron un baile tremendamente húmedo y excitante. La carne firme y caliente de los labios de él se rozaba con la de ella. Su lengua entraba y salía de su boca con una cadencia sugerente que la mareaba de placer.

—*Hendy*… —jadeó.

—Yo también, cariño. Siento lo mismo —confesó él esparciendo besos pequeños de camino al cuello de ella.

—Haz algo… —suplicó.

«Lo que querría hacer es devorarte la boca, levantar tu camisón y poseer tu cuerpo con el mío

una y otra vez». La ferocidad de su deseo lo traspasó y lo asustó. Apartó la cara del cuello de Elinor y la miró.

—No puedo prometerte… De momento… —farfulló con dolor.

—No me importa —lo frenó con rapidez, con la misma rapidez con la que trató de convencerlo de que no pusiera fin a ese momento mágico—. Sabes que no pienso casarme, que no quiero casarme. Necesito saber más, qué se siente, y has de ser tú… No me niegues eso, Henry.

De nuevo, sus labios se buscaron despacio, luego la pasión los arrolló con la fuerza de un huracán. Henry apoyó a Elinor en el poste de la cama, bajó las manos hasta su trasero y la alzó contra su miembro duro y dispuesto. Un instinto salvaje amenazó con apoderarse de su cordura. Debía detenerse en ese momento o solo Dios sabía lo que terminarían por hacer. Por fortuna, entró en razón. Separó su boca y la apoyó en su sien. Sus manos subieron a su cintura.

—Elinor —jadeó su nombre con voz atormentada—, si seguimos, acabaré por deshonrarte; y no puedo hacerte eso. —Inclinó el rostro para buscar sus ojos aguamarina—. Hoy, en el mercado, he visto cómo te miraban y murmuraban.

—Yo también —respondió ella elevando la barbilla en ese gesto que él adoraba—. Al menos, que murmuren con razón.

—No sabes lo que dices. —Henry se mesó el cabello con una mano, luego se masajeó el cuello.

Elinor se irguió, rodeada todavía por su fuerte brazo.

—Soy la hija de Isabella Beacon y la ahijada de Emily Cavendish, dos mujeres que sabían lo que querían, lucharon por ello y lo consiguieron. ¿Crees que no he heredado nada de ellas?

Elinor apoyó sus pequeñas manos en su pecho, lo acarició confiada y él se vio obligado a sujetarle las muñecas.

—Por favor, no hagas que renuncie a mi honor y te arrebate el tuyo… —Cerró los ojos y soltó un largo suspiro—. Vuelve a tu habitación.

—Henry… —Su nombre sonó a la vez a súplica y a reproche en los labios de ella.

—Elinor, vete —rogó entre dientes. Su determinación no duraría mucho si ella no se alejaba.

Sintió cómo ella lo soltaba y se apartaba de él. Extrañó su cuerpo al instante. Abrió los ojos y la descubrió mirando al suelo. La imitó y vio el colgante. Aguantó la respiración a la espera de ver qué hacía ella. Elinor no se agachó a recogerlo, por el contrario, bufó, se dio la vuelta y caminó hacia la puerta.

Ya sin su presencia, Henry se vació los pulmones de aire, se arrodilló en el suelo y tomó el colgante entre sus manos con sumo cuidado. Luego, se llevó los extremos del cordón tras el cuello, lo ató firmemente y observó cómo el ángel dejaba de oscilar hasta detenerse sobre su corazón.

Al día siguiente y tras una noche en vela, cuando Henry atravesó el vestíbulo en dirección a la puerta, no eludió echar un vistazo hacia la salita, por lo que descubrió a Elinor muy enfrascada en la inspección de los ramilletes que su hermana le proponía. A pesar de lo fugaz de la visión, esta perduró en su mente hasta que llegó a la consulta del doctor Rose.

Después de comer con Joseph y Tom, regresó a Wyndham. Tenía pendiente ponerse al día con los asuntos del ducado, un tema que su padre insistía en que no descuidara. Se sabía afortunado por la libertad de la que gozaba para dedicarse a sus estudios, investigaciones y a la práctica de la medicina, pero también era consciente de que, cuando regresara a Inglaterra de forma definitiva, debería dedicar más tiempo a Wyndham.

Solía excusarse en que a su padre le quedaban muchísimos años de vida al frente de

Wyndham, pero este se mostraba previsor. No quería que su hijo no estuviera al tanto del funcionamiento de todo por si algo llegara a sucederle, pero Henry, que amaba y admiraba a su padre con devoción, no soportaba la idea de que al gran hombre le ocurriese algo alguna vez.

Cuando su padre consideró que lo había puesto al tanto de todas las novedades y que él las había asimilado por completo, cosa poco difícil debido a la inigualable memoria que tenía, lo animó a que lo acompañara al salón de tarde para ver en qué andaban entretenidas las damas.

Un rayo de anticipación lo recorrió. Anticipación y ansiedad por volver a estar en la misma estancia que Elinor. Porque a pesar de sus honorables intenciones, los recuerdos de la noche anterior lo hacían sentir más excitado que culpable. La voz, el olor y el sabor de Elinor replicaban en su cuerpo sensaciones que apenas podía controlar. La entrega temeraria de ella lo había vuelto loco y ahora, cuando estaba a punto de verla, temió su propia reacción.

Sus ojos la buscaron con discreción por toda la sala, no obstante no contó con que allí había una persona ante la que no podía disimular con éxito: su hermana gemela. Emi sonrió a su madre, se levantó y caminó hacia él. Cuando ella se detuvo a su lado, apoyó la mano en su brazo y, aunque habló en voz baja, sus palabras le atronaron en el pecho.

—No está. Ha salido a cabalgar con Hugh.

Henry eludió su escrutinio y enfocó la vista, vacía, en el desnudo árbol navideño. Luego pretendió insultar la inteligencia de su hermana haciéndose el tonto.

—No recuerdo haber preguntado.

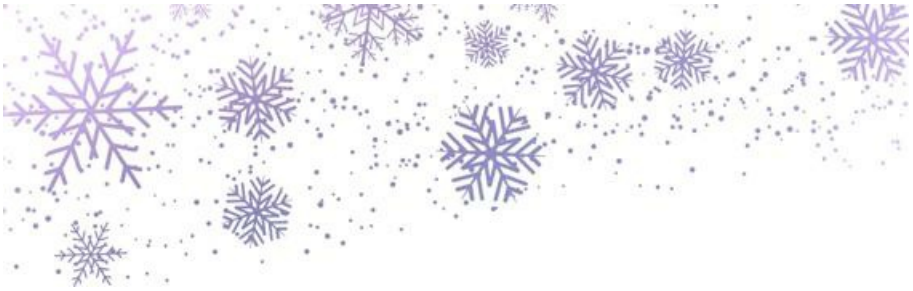
—No hace falta que lo hagas, hermano. Conmigo, no. Tampoco es necesario que disimules tus sentimientos por ella, puedo leerlos. Igual que los de ella por ti. Lo que no logro adivinar es por qué no se los confiesas.

—Porque no puedo —respondió después de apretar y relajar varias veces los puños.

—Espero que lo que sea que te impide hacerlo sea tan importante como para arriesgarte a perderla. —Su hermana caviló si seguir o callar—. Porque…

—Porque… ¿qué? —demandó ansioso y sin querer mirarla, no fuera a leer su vulnerabilidad.

—Porque Hugh parece dispuesto a desafiar a su propia madre con tal de estar con ella.



Capítulo 12

El viernes, la mente de Elinor era un torbellino. Nada inusual, excepto porque sus pensamientos desordenados no guardaban relación con la obra de teatro que escribía en ese momento, y sí con el hombre que le había descubierto la magia que encerraban los besos. No dejaba de pensar en ese Henry apasionado que se reveló ante ella la noche anterior.

Si antes extrañaba su complicidad y su compañía como amigo, ahora añoraba su olor viril, su calor, su sabor embriagador… como amante. Porque al fin sabía lo que era sentir el rastro de sus manos en su cuerpo o la textura de su lengua en la boca. Ardía vergonzosamente al pensar en él y eso sucedía a cada momento, incluso mientras compartía los aposentos de su tía Emily con el resto de las damas de la familia. Las modistas les estaban probando los vestidos que lucirían el día de la boda.

—Elinor, hija, ¿te encuentras bien? Pareces sofocada —se interesó su madre.

—Estoy bien, mamá —respondió con prontitud mientras se llevaba el meñique a los labios.

«Él admitió que me desea y yo quiero más. ¿Por qué no ceder? ¿Por qué reprimir lo que sentimos? ¿Por miedo a ser descubiertos? Maldita sociedad que no cesa de juzgar… Aunque, si somos discretos, podemos estar juntos. ¡Otra aventura de Henry y Elinor! Yo… Yo tomaré flor de zanahoria salvaje para evitar consecuencias. ¡Dios! ¿Me atreveré? Mi tía no abandonó su vocación y mi madre huyó de su clan y de un destino horrible para luchar por su sueño. Quiero ser tan valiente como ellas; tomar las riendas de mi vida. Quiero conocer la pasión con Henry, quiero escribir y estrenar mis obras en los teatros más importantes y quiero seguir dando clases de teatro… ¿Y él? ¿Aceptará Henry mi proposición? Es tan malditamente honorable, correcto y controlado… Excepto en su habitación. Allí no se controló; por el contrario, me demostró cuánto me desea. Solo puede ser con él porque ¿acaso el deseo… funcionaría con otro?, ¿con Hugh? ¡Dios, no! Solo de pensarlo…».

—*Milady* —la modista interrumpió sus pensamientos—, disculpe. No puedo cogerle el bajo de la falda si no para de zapatear.

Elinor dejó de mordisquear su meñique y bajó la vista avergonzada hacia la joven. Le dedicó una sonrisa contrita.

—Oh, disculpe, ya paro, ya paro.

El resto del día, las damas continuaron con los preparativos nupciales y Elinor solo coincidió con Henry a la hora de la cena. De nuevo, no se sentaron juntos, pero sí quedaron uno frente al otro. La nueva disposición no desagradó a Elinor.

Con el atrevido propósito burbujeando dentro de ella y con la confianza de antaño, se atrevió a contemplar a Henry todo lo que quiso. Él dedicó su atención a Mary, sentada a su derecha, y a la abuela Josephine, acomodada a su izquierda, no obstante, no fueron pocas las veces en las que atrapó su mirada tímida dirigida a ella. Cuando eso pasaba, ella sonreía traviesa y dirigía los ojos

a su boca. Él se ruborizaba y se afanaba en ocultar la vista en el plato de turno que tuviera ante él. En todas esas ocasiones, el corazón de Elinor daba un saltito.

Tras la cena, todos se retiraron pronto a sus habitaciones, pues, al día siguiente, llegaban los primeros invitados. Las dos familias subieron las escaleras en grupo y, ya en el pasillo, Elinor se atrevió a llamar a Henry. Mientras todos se disgregaban, él miró a su alrededor a la espera de descubrir mil ojos sobre ellos. Elinor bufó y zapateó el suelo un par de veces sin perder la sonrisa.

—No temas. Solo quería decirte que me gustaría hablar contigo.

Henry negó con la cabeza.

—Elinor, ni se te ocurra venir a mi habitación…

—¿Cómo crees? —Elinor alzó las cejas con fingida indignación y se rozó el labio con el meñique. Las pupilas de Henry se dilataron y la sonrisa femenina se ensanchó—. Me refería a hacerlo en algún momento de la mañana.

Henry le aguantó la mirada en silencio y esa falta de reacción por parte de él casi socavó su confianza. Su pie derecho comenzó a agitarse de nuevo y su sonrisa perdió amplitud. Él percibió su reacción como siempre hacía. Como siempre había hecho. Se le acercó un paso, se inclinó y le respondió con esa voz grave que convertía su vientre en miel:

—Como desees.

Elinor ni siquiera parpadeó mientras él se daba la vuelta y lo veía alejarse. A duras penas recobró la respiración. Se pasó la lengua por los labios, se llevó la mano al pecho y giró como la bailarina de su joyero hacia la puerta de su habitación.



La mañana del sábado, Wyndham Manor se convirtió en un hervidero de actividad. El bullicio comenzaba al pie de las escaleras exteriores con la llegada de los carruajes. Ya en el vestíbulo, continuaba con la recepción a los invitados por parte de los anfitriones y con el ir y venir de los sirvientes. La familiaridad con los visitantes propició escenas de abrazos, gritos y algunos saltitos femeninos.

Lady Esther Craven, amiga de la infancia de la duquesa, llegó acompañada de su esposo John y de sus hijas: Daisy y Marge. Lord Alfred Peel, sobrino del duque, llegó con su esposa Clarise y sus hijos Matt y Alan. No obstante, la llegada más espectacular la protagonizó el colorido *vurdun* que transportaba a dos de las más queridas amigas romaníes de ambas familias: Dana y Demi.

Un poco más tarde, durante el almuerzo, ofrecido en forma de bufé para propiciar la movilidad y las conversaciones entre todos, los novios no dejaron de recibir felicitaciones y regalos. Por otro lado, la misma informalidad conllevó que alguna invitada se propusiera acaparar la atención en exclusiva de cierto caballero.

—Daisy no se separa de Henry —comentó *lady* Craven a su amiga Emily abriendo los ojos con intención.

—Bueno, hará tres o cuatro años que no se veían. Tu hija tendrá «muuucho» que contar —

apuntó la duquesa con una ceja alzada.

Esther rio y dio un pequeño empujón con el hombro a su amiga.

—Cierto, mi hija, la parlanchina. Porque mira a tu heredero. El pobre se limita a escucharla sin abrir la boca. Es tan educado… y se le da tan bien disimular su aburrimiento…

—Tu hija habla hasta por los codos, pero no tiene nada de aburrida. Ha salido a ti, mi querida Esther.

La duquesa no apartó la vista de Henry. Su hijo, en efecto, se inclinaba hacia Daisy y mostraba interés en las palabras de la joven. Sin embargo, sus ojos se desviaban constantemente hacia otro punto: el lugar en el que Elinor departía con Eli, Simon, Matt y Alan. Lo vio fruncir el ceño un par de veces y, al ver ese gesto tan típico de su esposo, esbozó una sonrisa culpable. Su hijo parecía celar a Elinor, hecho que, más que preocuparla, la satisfizo.

¿Cuándo pensaba su pequeño ángel hablar con él?, se preguntaba Henry. ¿Se le había olvidado? Tal parecía que sí, pues la veía muy entretenida hablando con sus primos lejanos. Matt sonreía demasiado y Alan no guardaba la distancia debida, cierto que era algo miope, pero eso no excusaba que se pegara tanto a Elinor para, supuestamente, escuchar sus comentarios.

Debían de estar hechizados por su locuacidad, por esa manera especial que tenía ella de dotar a cualquier anécdota de un interés digno de ser plasmado en una obra de teatro. Gesticulaba sin parar, pero de manera encantadora, y su aroma avainillado debía de flotar a su alrededor. Sus primos se creerían en medio de la pastelería más famosa de Londres. Levantó el rostro e inspiró hondo, quizá con suerte le llegara un atisbo de esa dulzura.

Al terminar la comida, la duquesa de Wyndham y la condesa de Beaconshire dirigieron al grupo hacia el salón mediano, aquel en el que la familia se reunía con mayor frecuencia para pasar momentos juntos. Allí leían y comentaban sus lecturas, se retaban a juegos de mesa, tocaban algún instrumento o interpretaban escenas de teatro.

En una esquina estaba situado el desangelado árbol de Navidad a la espera de ser guarnecido con manzanas, coloridos acebos y figuras de madera. Henry ayudó a su padre a acercar la alta escalera al árbol y se retiró dando dos pasos atrás. Enseguida, escuchó un ruego tras él que le llegó como una caricia.

—¿Me permites ser la primera?

El corazón se le volvió loco. Se dio la vuelta y naufragó en el mar de sus ojos. «Si supieras que ya eres la primera. La primera mujer a la que he besado, la primera a la que he deseado y la única que no me puedo sacar de la cabeza».

Elinor subió un escalón e hizo el amago de subir otro con la confianza de que, al mínimo tambaleo, Henry la sujetaría. Sin embargo, no contó con la cariñosa intromisión de la abuela Josephine, que, sentada como una reina en el sillón junto a la chimenea, controlaba todo y a todos.

—¡De abajo hacia arriba, jóvenes! Las decoraciones se deben comenzar a colocar desde abajo.

Elinor se giró hacia Henry y, a pesar de no ser necesario, apoyó la mano en su hombro para descender el escalón.

—Gracias —le dijo con un mohín.

—No hay de qué —respondió él en voz baja y pausada.

Cuatro palabras y ya la tenía alterada. Sin embargo, ahora que podía ponerle nombre a su agitación ya no la temía. Ansiaba sentirla. La voz de Henry, su cercanía, su olor, le provocaban una corriente deliciosa por todo el cuerpo. Una emoción en forma de burbujas. Y quería más. Muchas más.

Rehuyó sus ojos y los posó en el interior de una de las cajas. Soltó un pequeño grito y se agachó con rapidez. Tomó una muñeca de madera en la mano y la examinó. Elevó la vista y sonrió al hombre que seguía pendiente de sus movimientos.

—¿Te acuerdas?

Henry se acuclilló a su lado para contemplar la muñeca que pintaron entre los dos siendo niños. Así mismo, metió la mano en la caja y no tardó en encontrar al compañero de la muñeca, pintado también de forma torpe. Las dos figuras llevaban patines. Ambos se buscaron y se sostuvieron la mirada mientras viajaban al pasado. A alguna de las muchas tardes de invierno en las que patinaron en el lago.

—Siempre patinabas de forma temeraria, menos cuando abrías los brazos, te inclinabas hacia delante y elevabas una pierna. Entonces, el tiempo se detenía y yo podía admirar a mi pequeño ángel —susurró Henry.

Ella también habló bajito, como si de nuevo fueran dos niños escondidos en algún rincón del salón tramando travesuras.

—Tu pequeño ángel temerario se pasaba más tiempo tirada en el hielo que deslizándose sobre él. Sin embargo, nunca me dolieron las caídas porque mi mejor amigo siempre corría hacia mí para levantarme y consolarme —recordó ella.

—Eso cuando no se caía él. —Henry sonrió con nostalgia—. Lo recuerdo bastante patoso sobre el hielo y… fuera de él.

El turquesa de los iris de Elinor se oscureció.

—Nunca lo consideré torpe. Para mí era el perfecto…

—¿Caballero? —aventuró Henry con las cejas levantadas.

—Escudero, recuerda que la dama guerrera era yo —aseguró con gesto presumido.

—Por supuesto, «Elinor siempre al mando» —Henry repitió la burla que le dedicaba Simon.

—Elinor está más decidida que nunca a tomar el mando, Henry —le advirtió sonriendo como el gato que se come al canario.

La nuez de Henry se movió por encima de su pañuelo de cuello y ese movimiento la hizo morderse el labio. Antes de levantarse, con su figurita en la mano, pasó el índice por la que él sostenía y alargó la caricia por todo el dorso de la mano masculina. Escuchó un leve carraspeo cuando caminaba hacia el otro lado del árbol.

«¿Qué diablos ha sido eso?», se preguntó Henry. Siguió rebuscando en la caja, más que por el interés en encontrar algún adorno, por evitar que nadie percibiera su sonrojo. Levantarse tampoco era una opción. Su pequeño y malvado ángel lo había dejado anhelante y tenso. Muy tenso. Vergonzosamente tenso. No le quedaba más remedio que concentrarse en respirar profundo para enfriar su cuerpo.

La tarea de engalanar avanzaba cuando entraron en el salón el doctor Rose y su secretario Tom admirando los adornos.

—No es muy educado llegar cuando el trabajo ya está casi terminado —los reprobó el padre de Elinor.

—No veo ningún ramillete de muérdago en el marco, lord Beaconshire —criticó el doctor con jocosidad señalando hacia arriba.

—Pues ya sabe lo que le toca, amigo.

Tom, siempre discreto, no tardó en situar la escalera bajo el dintel. Entre los dos hombres colocaron un gran ramillete formado por cuatro más pequeños y se felicitaron luego dándose la mano. El reprimido gesto encogió el corazón de Henry.

—¡Mamá, mira! Los besos tendrán que ser enormes —comentó Mary zarandeando a su

madre.

La duquesa, feliz, accedió a inaugurar la ronda de besos entre los aplausos de los invitados. Se acercó a su formidable esposo y, tirando de su brazo, lo llevó hasta el lugar señalado. Le ofreció su mejilla y esperó. Su marido le posó una mano con delicadeza en la espalda, sonrió de medio lado y descendió hacia su oreja.

—Me han informado de que ha sobrado mucha crema del postre, duquesa, quizá podamos aprovecharla esta noche.

Emily recibió el beso cerca de la comisura de su boca justo cuando la abría con asombro. Por mucho que viviera, nunca se acostumbraría a esa vena atrevida de su marido.

Los siguientes en aprovechar la excusa del muérdago fueron los condes de Beaconshire. Michael cogió la mano de su mujer y se la llevó a los labios de forma caballerosa. Ella lo miró con el ceño fruncido, él sonrió y enseguida se inclinó a besar su mejilla.

Todos rieron y animaron entonces a los futuros esposos a cumplir con la tradición. Simon hizo una reverencia ante Emi, cruzó una mirada con su casi suegro y, tras recibir su permiso, besó a su prometida en la mejilla.

Mike corrió para abrazarse a su madre y recibir un beso en la frente mientras que Mary casi tumbó a su padre para exigirle lo mismo. Cerca de la chimenea, Dana y Demi se limitaron a acariciarse los dedos de forma discreta. Tampoco faltaron besos llenos de cariño para la abuela Josephine. Y mientras amigos y familiares cumplían con la tradición, bebían chocolate caliente y se deleitaban con el arte de Clarise tocando el piano, Henry y Elinor se mantuvieron cada uno en un extremo del salón, observándose y adivinando lo que pensaba el otro. ¿Un beso bajo el muérdago? Tentador pero insuficiente. Deseado pero peligroso.

Por acuerdo tácito se siguieron esquivando. Sin embargo, buscarse en la distancia para mantener un diálogo mudo, construido de miradas, atizó en ellos la anticipación. Por eso, tras una cena ligera y cuando todos salieron del salón, ellos se quedaron rezagados. Desde la entrada, observaron a sus familiares y amigos dirigirse a las escaleras.

Luego miraron hacia el muérdago que pendía sobre sus cabezas y, a continuación, bajaron sus rostros para perderse el uno en los ojos del otro. Elinor dio un paso adelante. Henry inclinó su cabeza. Una ligera sonrisa compartida precedió al casto beso que él dejó en la comisura de la boca de ella. Un beso lleno de expectativas. Toda una declaración de intenciones.

Capítulo 13

Apenas despuntaba el sol tras el bosque cercano a Wyndham, cuando Elinor ya se encontraba en la biblioteca. A la satisfacción inicial por haber completado varias escenas, se le sumó con rapidez la frustración de no poder continuar con una de las más determinantes. Se levantó del escritorio que ocupaba y comenzó uno de sus paseos de ida y vuelta.

Así la encontró Henry poco después. Ella intuyó su presencia en la puerta y detuvo su deambular. Lo vio vestido para salir a cabalgar y, ante esa estampa, necesitó humedecerse los labios. Henry la observaba como si estuviera leyendo su mente. Sus ojos brillaban y su tímida sonrisa era toda para ella. Se turbó cuando él entró y se detuvo a un paso.

—Buenos días, pequeño ángel.

—Bu-buenos días, *Hendy*.

La sonrisa masculina se ensanchó.

—¿Alguna escena que no visualizas?

—Ajá.

—¿Puedo ayudarte?

—Mmm. No sé si querrás hacerlo…

—¿Por qué? ¿Necesitas pegarme?

—No. —Elinor sonrió.

—¿Insultarme? —Ella negó con un gesto y se rozó la comisura de la boca con el meñique. Lo vio tragar—. ¿Y bien? —Terminó él por preguntarle, algo menos tranquilo que cuando llegó.

Se acercó más a él, con sigilo, e hizo como si tuviera que confiarle un secreto.

—Necesito que me besen apasionadamente —mintió con descaro; su escena no tenía nada que ver con besos arrebatados.

—¡¿Qué?! —jadeó Henry.

—Verás, no logro recordar lo que sentí… la única vez que me besaron.

—¿Lo has olvidado? —le preguntó él entre indignado y divertido.

—Creo que sí; y necesito que me lo recuerden.

Elinor frunció los labios, se cogió las manos a la espalda y el tic de su pie resonó en el suelo. Ante su reto, Henry negó con la cabeza, como si recuperase el juicio que, por un momento, pareció haber perdido. Sintió que su estómago se hundía.

—No deberías… Ya sabes, hasta no estar comprometida o casada.

Lo vio desviar la mirada hacia un lado. Huía de nuevo, pero le pareció que su respiración se aceleraba. ¿Así que estaba nervioso? Ese pensamiento la espoleó. Ahora sería ella la tranquila, la del hablar pausado y seguro.

—No creo que tales acontecimientos lleguen a suceder nunca, así que me dedicaré a buscar inspiración en… otro lugar.

Los ojos de él regresaron a los suyos con rapidez y destilando rabia.

—¿Qué quieres decir con eso? —exigió saber.

Elinor respiró hondo.

—Ya tengo veinte años, soy casi una solterona; si bien, como tal, no pienso ceñirme a las normas sociales que se nos imponen. Quiero ser libre. Discreta pero libre.

—No pedirás a nadie que te bese —le ordenó él entre dientes.

—Tranquilo, Hen… ry. Como mi mejor amigo, serás el primero al que se lo cuente. —Un

demonio dentro de ella la llevó a añadir algo más—. Puede que Hugh…

Su insinuación tuvo éxito. Henry dejó caer al suelo el sombrero y los guantes, la tomó entre sus brazos y no le importó si le aprisionaba los suyos en la espalda.

—¡No besarás a Hugh! No besarás a nadie.

Elinor ni podía ni quería moverse, por lo que se limitó a elevar el rostro con descaro, fijar los ojos hambrientos en los de él y esperar. Sus respiraciones furiosas se mezclaron hasta que la unión impetuosa de sus labios las capturó y las convirtió en suspiros de placer.

A Henry le daba vueltas la cabeza, el corazón se le iba a escapar y la sangre le cabalgaba rauda por las venas, pero no podía detenerse. Le iba la vida en besarla, en someterla para que dejara de pensar en besar a otro que no fuera él; eso lo destruiría.

Desde siempre fue testigo de la pasión que Elinor le ponía a todo, un observador pasivo. Sin embargo, todo cambiaba ahora que el destinatario de esa pasión era él mismo. Ahora, ni su mente ni su cuerpo podían reaccionar con mesura. La besaba con desespero. Su cordura y su buen juicio saltaban por los aires en cuanto Elinor lo miraba, lo tocaba o lo besaba como estaba haciendo.

Acunó su cara con la mano, acarició su lengua una vez más y refrenó la locura de ese beso con otros más cortos en sus labios.

—Elinor —gimió.

—Es maravilloso, no pares… —suspiró ella.

—Pequeña, es una locura.

—No, no lo es. Quiero ser la dueña de mi vida, de mis besos y de mi… deseo.

Henry detuvo su boca a un suspiro de la de ella.

—Tu vida es tuya, pero tus besos y tu deseo solo tienen un dueño.

—¿Aceptas, entonces? —preguntó ilusionada.

—Acepto, porque jamás he podido decirte que no y porque, en cuanto pueda…, me casaré contigo.

Vio cómo Elinor alzaba las cejas y abría su preciosa boca. No la dejó replicar. Si ella insistía en que no se casaría… La calló con un beso profundo, húmedo y demasiado caliente. ¡Maldita sea! Blasfemó cuando la necesidad de tumbarla en el escritorio se hizo acuciante. Iba a perder el control allí mismo.

La separó de él con desgana, aunque también con firmeza, y se agachó presto a recoger los guantes y el sombrero. Cuando se incorporó, la visión desmadejada de ella le golpeó el pecho y le prendió el vientre. Le brillaban los ojos, más semejantes a piedras preciosas que nunca, y su respiración acelerada le atravesaba los labios entreabiertos, enrojecidos por sus besos. La deseaba. La deseaba como un loco. Tragó con dificultad.

De repente, escucharon un largo carraspeo y una voz de mando proveniente de la entrada.

—Creí advertir sobre el peligro de las bibliotecas.

Henry se separó de Elinor y se giró para enfrentarse a su abuela, que permanecía de pie, cogida del brazo de su madre, la cual los observaba de forma alterna.

—¿Peligro, abuela? —preguntó Elinor, demostrando lo rápida que era para reaccionar. —Entre *Hendy* y yo no hay peligro alguno. Solo estábamos discutiendo.

La abuela dio un golpe de bastón.

—Estabais a punto de besaros, niña. Si es que no era eso lo que hacíais antes de nuestra inoportuna, digo, oportuna llegada.

—Imposible. *Hendy* jamás me ofendería de esa manera, abuela. Es mi amigo y es un caballero.

A Henry le costó guardar la compostura. Más ante el escrutinio de su madre, que ante las sospechas de su abuela. Con cada palabra de Elinor, sentía que le aumentaba el maldito sonrojo. Y su madre lo conocía demasiado bien. Tanto lo conocía que le echó un cabo.

—Abuela, vayamos al comedor…

Antes de permitir que se la llevaran de allí, su abuela todavía soltó un alegato casamentero.

—Niña, oblígalos a que se casen. No tengo todo el tiempo del mundo.

Su vista permanecía en las espaldas de las dos damas, por eso no se percató del acercamiento de Elinor. La sintió rozar su brazo sin recato.

—Hasta luego… —ronroneó mientras salía de la biblioteca para seguir a sus familiares.

Soltó el aire que no era consciente de haber estado reteniendo. Elinor iba a destrozar su cordura. Apretó los labios y un atisbo de su sabor femenino le abrasó la lengua. Ese sabor se le expandió por las venas como un dulce veneno sin antídoto. Sin recapacitar demasiado, caminó hacia el escritorio más grande y robusto de la sala, y rebuscó entre los libros de la estantería situada justo detrás. Se fijó en los más altos y descubrió un lomo rojo entre ellos. Bendijo sus más de seis pies estatura, alargó el brazo y extrajo el libro. El extraño título le sonaba, pero hasta que no lo abrió no descubrió por qué.

Al momento sintió arderle las mejillas, pero fue incapaz de cerrar los ojos. En cada imagen, la figura femenina se transformaba y se convertía en una mujer de espesa melena negra, rostro besado por el sol y ojos añil. El hombre que le daba placer en posturas inverosímiles no podía ser otro que él mismo.

Aquel parecía ser el libro del que le habló el doctor después de conocer su virginidad. Ciertamente, debía de ser muy instructivo por lo que se lo guardó bajo el chaleco y salió de la biblioteca hacia su habitación. Ya no tenía ningunas ganas de cabalgar; además, era necesario escribir otra carta con destino a París.



Ser consciente de que tenía al alcance de la mano lo que más deseaba hizo que Elinor no pusiera mala cara cuando su madre le recordó, no sin esbozar una resignada mueca, que era hora de partir hacia Brighton para el servicio dominical. Se veía capaz de aguantar todas las malas miradas, susurros envenenados y desplantes que le dedicaran las cuatro amargadas del pueblo. Se sentía orgullosa de sí misma y segura de la decisión que había tomado: ser una mujer libre.

Su estado de ánimo todavía se elevó más cuando se reencontró con Henry al pie de las escaleras de Wyndham y él, lejos de rehuirla, la saludó con una formal inclinación de cabeza y le ofreció su brazo para caminar hacia el pueblo. Ella le respondió con una sonrisa sin reservas al apoyar la mano en el hueco de su codo.

—Hace un día maravilloso, ¿no creéis? —preguntó en general.

—Y helado, querida cuñada, así que pongámonos en marcha —pidió Emi dando un

empujoncito a su prometido para que echara a andar.

Al ver que su rezago era el adecuado, Elinor movió la mano hacia arriba por el brazo de su acompañante en una caricia furtiva.

—¿Tienes frío? —Henry malinterpretó su gesto y le buscó la mirada preocupado.

—A tu lado, no. Nunca —le respondió aliviada por no tener que disimular.

Henry achicó los ojos como si fuera a reprenderla, a la vez que su sonrisa ladeada hacía aparición. Ojalá pudiera besarlo en ese momento.

—Pequeño… demonio, nos dirigimos a la iglesia. ¿Quieres que arda en el infierno nada más cruzar la entrada?

—¿Por qué habrías de arder? —rio ella.

Él se inclinó hacia su oreja.

—Por los pensamientos impuros que me provocas.

Elinor giró la cara, lo tenía tan cerca… Suspiró. Él también. Su caminar se había ralentizado.

—Ardería contigo, *Hendy*.

Lo escuchó gemir; luego, carraspear y, finalmente, incorporarse para posar su mano derecha sobre la suya y tirar de ella. Henry podía haber accedido a ser su amante, pero no renunciaría a su instinto de protección para con ella. Sería la voz de la cordura en su relación, quien impediría que su temeridad los arrastrara al escándalo. Se pegó todo lo que pudo a él y le siguió el paso.

Sin embargo, nada más llegar a los jardines que antecedían la entrada a la iglesia, su fortaleza se vio puesta a prueba. Esos desprecios soslayados y esos murmullos que se creía capaz de ignorar ya no provenían solamente de la madre de Hugh y sus acólitas, se habían extendido como una mala hierba. Por un lado, quería elevar la barbilla y devolverles sus miradas viperinas, por otro, le hubiera gustado acercarse más a Henry, aunque el gesto no casara con su voluntad de enfrentarse sola a los prejuicios sociales. No quería depender de él, no quería inmiscuirlo en su guerra privada contra una moral cada vez más opresiva. Así pues, optó por lo primero. Paseó sobre aquellas urracas su mirada altiva de heredera de uno de los ducados más antiguos del reino, se soltó del brazo de Henry y entró en la iglesia como si cada una de sus piedras vetustas fueran suyas.

Henry hablaba con Tom cuando notó que Elinor se separaba de él. Al momento, el calor reconfortante que la mano de ella le había estado prodigando en el brazo se enfrió con rapidez. La buscó y la vio entrar en el templo con la espalda envarada. Algo había ocurrido.

—Buenos días, Tom, ¿le importa si interrumpo su conversación con mi hijo? —su madre se materializó a su lado y lo llevó hacia un lugar menos concurrido: el camposanto. Allí, lo miró con preocupación—. Cariño, los rumores sobre lo que ocurrió en la posada no cesan. Tu padre está tratando de contener a Michael, aunque sé que lo que de verdad desea es unirse a él y rebanar entre los dos algunas cabezas, e Isabella… juraría que la he escuchado bisbisear unas cuantas maldiciones gitanas.

Ante las palabras de su madre, Henry comprendió por qué Elinor se había alejado de él. Cogió aire y apoyó las manos en los hombros de su progenitora.

—He tomado la decisión de casarme con Elinor.

Su madre se llevó las manos a la boca, sin duda para retener un grito de júbilo. Sus ojos se le humedecían de emoción y una sonrisa comenzaba a elevarle las comisuras.

—Dime que le has pedido que se case contigo y que ella ha accedido —le exigió con la voz amortiguada por sus manos.

—Bueno, digamos que le he comunicado mi intención…

—¿Y ella qué ha dicho?

«Ella no ha dicho nada porque la he besado desesperado y temeroso de que me rechazara».

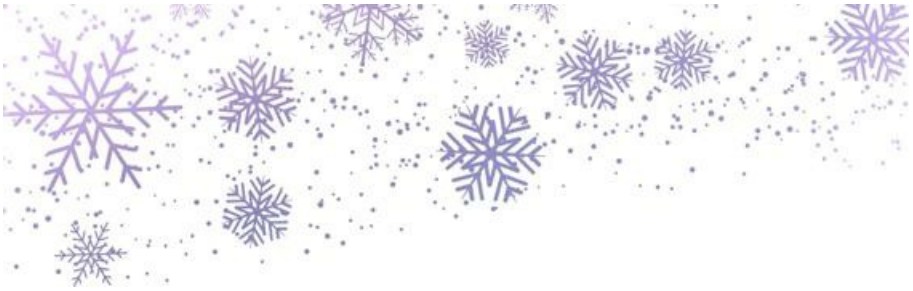
—Todavía nada, pero espero convencerla.

—Henry, no tardes. Lo que sentís es demasiado obvio. —Aquella advertencia le recordó las palabras de Joseph.

—El doctor también me avisó. Me habló de lo difícil que resulta disimular.

—Y él sabe bien de lo que habla. A veces, el peligro radica en que los demás descubren nuestra verdad antes que uno mismo.

—No sufras, madre. Partiré para París el domingo, arreglaré mis asuntos allí y regresaré lo más rápido que pueda.



Capítulo 14

A causa del tiempo desapacible con el que amaneció el día siguiente, las damas decidieron anular su excursión a Saltdean y permanecer en la acogedora mansión. Aprovecharon para ultimar detalles de la doble celebración que se aproximaba. Para la más cercana, la boda, tan solo faltaban cinco días y los nervios comenzaban a aflorar.

Elinor se acomodó en un pequeño escritorio de palisandro, a fin de decorar las tarjetas que indicarían los asientos en las mesas del banquete. No llevaba muchas, por lo delicado de la labor, cuando Dana y Demi tomaron asiento a su lado.

—Sobrina querida, ¿no podía encargarse de eso la imprenta? —se interesó Dana.

—Entonces no serían tan exclusivas, tía. Si son como las demás, los invitados no se las quedarán como recuerdo.

—Cierto, pero no entiendo la filigrana de flores con forma de hache si los nombres de los novios no comienzan por esa letra —caviló Demi esbozando una sonrisa.

Elinor se dio cuenta en ese momento de la traición de su mente. Sujetó con firmeza el pincel y añadió enseguida un par de flores que desdibujaron la letra delatora. Con orgullo mostró el diseño a sus tías.

—¿Qué hache?

Su expresión de suficiencia no engañó a las dos mujeres que la conocían desde el día que nació. Ellas estuvieron al lado de su madre y de su tía Emily ayudando a traerla al mundo, por lo que era difícil ocultarles nada. Para colmo, Dana se ganaba la vida leyendo el futuro tanto en las cartas como en las manos. Intuición no le faltaba.

—Elinor, ayer también estuvimos en misa, ¿recuerdas? ¿De qué rumores hablan estos *whiteys*? —preguntó Demi.

Elinor suspiró y les hizo un resumen de todo lo que había acontecido desde su accidentada salida de Horsham hasta ese momento. Ya puesta, se abrió del todo, con lo que dejó patidifusas a sus tías.

—¿Tu madre sabe que has decidido perder tu virtud con Henry? —vocalizó Dana sin emitir sonido alguno.

—No —susurró ella—. Y no se trata solo de eso. Algo dentro de mí me empuja a resistirme a lo que se me impone. Quiero ser dueña de mi destino, escribir, publicar y que mis obras se representen… Y no tener que someterme a un hombre.

—Tu madre también quiso algo parecido, solo que ella no se cerró al amor y a ser madre. Y lo consiguió todo —le recordó Demi.

—Porque tuvo la suerte de cruzarse con mi padre, que la adora y que… se enfrentó al mundo por ella. Que estuvo dispuesto a renunciar a todo por su amor y yo… —Negó con la cabeza—. Bueno, no me imagino a nadie haciendo algo parecido por mí. —Le pasó por la mente una

imagen de Henry accediendo a hacer lo correcto—. No quiero ser una obligación, no quiero ser «lo apropiado». No quiero que nadie se case conmigo porque la sociedad así lo exige. Ni tener que casarme por ese motivo.

—Entiendo. Te entendemos muy bien, Elinor. Es mejor vivir ciertas realidades a escondidas. Pero la sociedad puede ser muy cruel y condenar no solo a quien la enfrenta, sino también a los que te rodean. Tu deshonra, si se descubre, puede arrastrar a la gente que amas —le explicó Dana.

—¿Qué opina Henry? ¿Él está de acuerdo? Conociéndolo… —inquirió Demi.

Elinor guardó silencio unos segundos. Buscó a su cómplice al otro lado de la sala y justo en ese momento lo vio abandonarla. Devolvió su atención a Demi.

—Aceptó, aunque le faltó tiempo para afirmar que se casaría conmigo. —Elinor bufó por la nariz—. ¿Un matrimonio por obligación? Nunca. —Antes de que sus tías pudieran seguir advirtiéndola, no sin cariño, de los peligros de su decisión, las abordó por una cuestión que no quería dejar pasar. Una cuestión práctica—. ¿Lleváis flor de zanahoria salvaje en el *vurdun*?

Sus tías se comunicaron con una rápida mirada. Al momento, temió que fueran a negarse, pero debieron de decidir que era mejor prevenir y asintieron. No obstante, no se libró de recibir otra nueva advertencia.

—Elinor, ¿y si fallan las flores? Una cosa es mantener una relación secreta siendo soltera, y otra… ocultar un embarazo y un hijo.

—Demi, querida, también hay maneras de eliminar ese… contratiempo… lo sabes… —intervino Dana.

—Solo trato de que Elinor sea consciente de todo lo que puede sobrevenirle —respondió su otra tía.

Su cabeza viraba de la una a la otra como una veleta.

—De momento, lo más importante es que sepa que puede contar con nosotras para lo que sea. —A continuación, Dana se dirigió a ella—. Aunque tu madre debería ser conocedora de tus planes.

Elinor frunció levemente los labios y asintió sin comprometerse demasiado. Necesitaba estirar la espalda y darle unas cuantas vueltas a sus ideas. ¿De verdad su independencia podía costar cara a su familia? ¿Tan difícil sería evitar un embarazo? ¿Henry, como médico, conocería también alguna manera de prevenirlo?

Emprendió un paseo de ida y vuelta por el ancho vestíbulo de Wyndham con una descorazonadora idea. ¿Y si renunciaba a su independencia? ¿Y si, a fin de detener los murmullos, se casaba? La propuesta de matrimonio de Henry solo había surgido tras aceptar tener una aventura con ella. Henry la deseaba, pero, para él, satisfacer ese deseo desembocaba tarde o temprano en matrimonio obligado. ¿Qué ocurría entonces con su afirmación de que no podía casarse? La desconcertaba. Debía hablar con él.

Una doncella interrumpió su ir y venir al ofrecerle una nota. La tomó y reconoció la letra al instante. Sonrió y la abrió: «Te espero en nuestra pérgola». Aquella nota disipó todos sus miedos. Se puso con presteza el abrigo, el sombrero, la bufanda y los guantes. Salió por la puerta principal y arrugó la nariz al descubrir que el día, de tan nublado, se asemejaba más al crepúsculo que a una hora cercana al almuerzo. Anduvo con rapidez hacia el lateral de la mansión y llegó a la pérgola. Su corazón, ya acelerado por la caminata, se terminó de desbocar al ver a Henry esperándola.

—¿Qué haces aquí? —inquirió sin aliento.

—Ya te lo he anunciado en la nota, pequeño ángel: esperarte.

—¿Para qué? —Se impacientó.

Henry sonrió mientras mantenía algo oculto a su espalda.

—Termina de subir las escaleras y lo averiguarás.

Lo hizo sonriendo con cara de pilla. Aquel encuentro le recordó tanto a una de sus aventuras infantiles que la hizo sentirse como una niña. Cuando entró en el cenador, Henry le mostró lo que escondía tras la espalda: una bandeja con una taza de chocolate caliente y una porción de pastel de arándanos.

—¡¿Cómo podías saber que estaba muerta de hambre?! —le preguntó mientras tomaba asiento de inmediato en el banco y se quitaba los guantes.

—Apenas has desayunado.

«¿Así que estabas pendiente de mí aunque no me mirases?».

Elinor le ofreció compartir sus viandas, pero él se negó. Cuando Henry la vio relamerse los dedos, apartó la bandeja y le cubrió sus manos desnudas con las suyas. Se las llevó a los labios y exhaló sobre ellas su aliento cálido. Ese gesto de él no solo le calentó los dedos, también el alma y el cuerpo.

—*Hendy*…

Se aturdió cuando él tiró de ella para levantarla y apoyarla en una esquina.

—Sabes que esta pérgola solo se ve desde la sala de música y que allí no entrará nadie hasta la tarde… —Su voz ronca la estremeció.

Ebria de deseo, observó cómo le colocaba bien la bufanda, abría su propio abrigo y la rodeaba luego con los brazos. Elinor se ciñó a su cintura y el calor del cuerpo de él la cobijó. No se privó de pasar las manos por su ancha espalda.

—Ya no tengo frío —murmuró en su pecho.

—Yo tampoco.

A pesar de lo mucho que disfrutaba al abrazarla, Henry necesitaba más; la necesitaba más. Le subió el rostro con la mano, inclinó la cabeza y la besó como llevaba todo el día ansiando hacerlo. Mimó sus labios de sabor a chocolate y le introdujo la lengua en la boca en busca de otro sabor aún más dulce. Uno único e inimitable.

Se besaban insaciables y se abrazaban con la frustración de no poder estar piel con piel. Entre besos, soltaban suspiros derrotados.

—*Hendy* —gimió ella, inquieta entre sus brazos—, siento que hay más, mucho más. Tus besos y caricias señalan hacia un lugar lleno de magia. Llévame allí, quiero estar allí contigo.

Henry apoyó la sien en su frente y se llenó los pulmones de aire frío.

«Si tan solo pudiéramos esperar dos semanas, lo que yo tardaría en ir y volver de Francia, luego te haría mía, al menos, estando prometidos. Pero tú, mi pequeño ángel revoltoso, quieres emoción, quieres aventura y la quieres ya. Y cada vez me cuesta más frenarte, porque yo mismo no dejo de soñar con dar rienda suelta a nuestra pasión».

Besó con cariño el nacimiento de su pelo y le buscó la mirada.

—Elinor, la casa está llena de gente y el viernes todavía llegarán más invitados para la boda.

La vio resoplar. De inmediato, ella se puso de puntillas, lo besó con rapidez y frunció sus deliciosos labios en una mueca de infantil descontento.

—¿Sabes, Henry? Lo que más aborrezco de ti es también lo que más me gusta.

Rio y la estrechó con fuerza entre sus brazos, dejándola encajada entre sus piernas.

—No sé si quiero saberlo —reconoció con humor tras besar su pequeña nariz.

—Tu sentido común —lo sorprendió—. Ya sabes, eso de lo que yo carezco. Desde siempre fuiste la voz de la cordura. Cuando me sentía un barco a la deriva, tú eras mi ancla.

—Eso no suena muy divertido, pequeño ángel. Debiste de aburrirte mucho de niña a mi lado.

Elinor sacó una mano de su cálido refugio para acariciar el ceño que él había fruncido en broma.

—Nunca, Henry —afirmó poniéndose seria—. Cuando yo callaba y te dejaba hablar… Sí, ya sé que no lo hacía muy a menudo, me encantaba escucharte. Estos años, eché de menos las tardes de verano en las que nos tumbábamos bajo un árbol, yo apoyaba la cabeza en tu regazo y tú leías, y yo me imaginaba las escenas… Y supe que quería dibujar escenas como esas para que otros las interpretaran. Tu voz me inspiró a escribir.

Henry tragó el nudo de emoción que le cerraba la garganta. Inclinó el rostro y la besó con dulzura.

—Y tus cartas, tus palabras llenas de cariño, me ayudaron a… no desfallecer en mis… investigaciones. Cuando un contratiempo me… preocupaba, llegaba a casa y buscaba tu última carta para releerla.

Elinor pasó a acariciarle la mejilla y él lamentó que lo hiciera con preocupación.

—¿Tan duro era? —le preguntó ella sondeando sus ojos.

Decidió sincerarse, al menos con ese tema. Sería un primer paso hasta llegar a contarle lo de Pierre y todo lo demás.

—Elinor, en París no me limité a estudiar. Con otros colegas, nos adentramos en los suburbios a investigar cómo proliferaban algunas enfermedades. El cólera…

—¿Qué? —lo interrumpió ella—. ¿Te expusiste? —Lo zarandeó y pareció que fuera a reprochárselo, sin embargo, de repente su mirada se volvió comprensiva—. ¿Por eso no venías a menudo?, ¿para protegernos?

Él asintió y acarició un mechón huido de su sombrero.

—No quería preocuparte y por eso tampoco te lo conté en mis cartas. Ahora al menos me tienes delante, sabes que estoy bien…

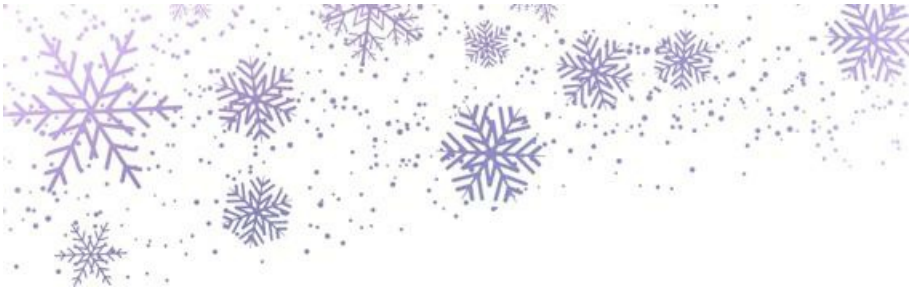
—¿Qué más me ocultaste?

Esa pregunta no se la esperaba; si bien, conociéndola, debería haberla previsto. Elinor no se quedaba en la superficie. No le bastaba una explicación. Hurgaba hasta obtener todas las respuestas que su inquieta mente requería.

Lamentó no saber cómo explicarle lo demás y apartó la vista. Al momento, ella lo tomó del mentón y lo obligó a unir sus pupilas con las de ella.

—No vuelvas a alejarte de mí, Henry Cavendish.

Una tregua. Su precioso ángel lo conocía mejor que nadie, había leído sus ojos y había comprendido que necesitaba tiempo para sincerarse del todo. Ella, tan generosa como siempre, se lo concedió; y él, tan rendido a ella como siempre, la besó.



Capítulo 15

Tras la comida, en la que nadie se extrañó de verlos sentados juntos de nuevo, las damas y caballeros de más edad se retiraron a descansar. Por el contrario, el grupo de jóvenes formado por Elinor, Daisy, Marge, Matt y Alan decidieron trasladarse al salón para jugar a las charadas. A pesar de la insistencia de Daisy, que proclamaba que no podrían jugar si faltaba un caballero, Henry se negó. Afirmó que prefería mirar, pues, no se fiaba de sí mismo si le tocaba interpretar alguna escena con Elinor. Su plan era simple, contemplarla a placer mientras ella brillaba entre los demás. Sin embargo, su plan no contó con una visita inesperada.

—¡Qué agradable y oportuna sorpresa! —coreó Daisy—. Ahora sí podremos formar tres parejas para jugar.

—Buenas tardes —saludó Hugh desde la puerta, bajo la que echó un vistazo significativo hacia el muérdago que pendía sobre su cabeza.

«Ni lo sueñes». Henry pensó que no tendría la suerte de que el ramo se desprendiera en ese momento sobre el recién llegado, para que dejara de lanzar miradas intencionadas hacia Elinor.

Por fortuna, ella se hizo la desentendida, si bien cedió a la insistencia de Daisy para que formara pareja con Hugh. Él no tuvo más remedio que soportar durante un buen rato los galanteos de Hugh para con su ángel. Tenía bien merecido el ardor en el estómago, por haberse negado a participar para no quedar en evidencia.

Entonces recordó que ese ardor no era nuevo. Apareció cuando todos comenzaron a crecer menos él; cuando él sintió la necesidad de marcharse para evolucionar lejos de Wyndham; cuando las atenciones de Hugh hacia Elinor dejaron de ser las de un niño para pasar a ser las de un joven atento y cuando supo que sería incapaz de presenciar lo que iba a ocurrir. Solo que aquello que temía no ocurrió. Elinor, en sus cartas, jamás le mencionó a Hugh como un pretendiente, tan solo como un mero amigo con el que coincidía muy de vez en cuando.

Justo en ese instante, Henry comprendió que, en cierta forma, había estado años temiendo que, en alguna de esas cartas, Elinor le confesara haberse enamorado. Recordó la carta en la que ella le comunicaba la fecha de su presentación en Londres y le confesaba lo poco que le apetecía asistir. Ese anuncio a él le provocó un nudo en el estómago que se acrecentaba con cada carta nueva que le llegaba de ella. Temía, en concreto, la que contuviera el anuncio de que Elinor por fin había aceptado alguna petición de mano.

La contempló. Una nueva conciencia se abrió paso en su mente y descendió hasta su corazón. Elinor pareció sentir su atención sobre ella y lo buscó. Sus miradas se acariciaron con intensidad y en ese momento comprendió que no se había pasado seis años temiendo perder a su mejor amiga. Se había pasado seis años temiendo perder a la mujer que amaba sin ser consciente de ello.

¿Tan ciego estuvo? ¿La amistad solapó el otro sentimiento? No. La amistad era la otra cara

de ese sentimiento. Un sentimiento cuya primera chispa saltó justo antes de separarse y que él no supo interpretar. Se asustó y huyó. Temió no ser correspondido y se conformó con ser su amigo en la distancia.

Pero ahora estaba allí. Y la situación era tan enrevesada que podía ser el argumento de una de las obras de Elinor. La amaba, pero había hecho una promesa que lo ataba a Francia y a otra mujer. ¿Y ella? Ella lo deseaba; sin embargo, no quería casarse con él, tan solo vivir una aventura. Su sentido del honor no le permitía deshonrarla y no casarse con ella, pero si se negaba… A su ángel temerario se le había metido un propósito en la cabeza y no cesaría hasta conseguirlo. Afirmaba que quería que fuera con él; sin embargo, en el caso de insistirle con el tema del matrimonio, ¿la perdería? Elinor no podía seguir siendo inmune a las habladurías sobre ella y él podía acallar esos rumores de un plumazo llevándola al altar.

—¡Elinor, te toca!

La demanda de Marge provocó que la mirada de Elinor se desanudara de la suya. ¿Cuánto tiempo habían permanecido en ese mundo que solo les pertenecía a ellos dos? Echó una ojeada a Hugh y detectó sus puños apretados. A buena hora recordó quién era su madre y el peso de ella en el pueblo. Aunque Hugh, como bien le recordó Emi unos días atrás, parecía no estar de acuerdo con su madre, decidió no ponerlo a prueba. Miró por la ventana y comprobó que todavía faltaba tiempo para la puesta de sol. Murmuró una disculpa y abandonó la sala. No tardó mucho en cambiarse, llegar a los establos y salir con Zale a cabalgar.

«Voy a matarlo. ¿Cómo se le ocurre marcharse sin mí?», se preguntó Elinor media hora más tarde, cuando consiguió escabullirse del salón y se enteró de dónde había ido Henry. Ni corta ni perezosa, se aprestó en cambiarse y dirigirse a los establos. A pesar de lo tapado que estaba el cielo y de lo inadecuado de la hora, consiguió que le ensillaran a Dafne, puso la excusa de que tan solo pasearía alrededor de la mansión y arreó a su montura en dirección al lago. Si su intuición no le fallaba, allí encontraría al traidor de su amigo.

No tardó en esgrimir una sonrisa de triunfo al encontrarlo justo donde había supuesto. Henry se hallaba de pie lanzando piedras sobre la superficie algo removida del lago y falló en cuanto se dio cuenta de que ya no estaba solo. Se giró y la vio.

—¿No piensas ayudarme a desmontar?

Henry frunció el ceño y caminó hacia su montura, pero se abstuvo de alzar los brazos para ayudarla a bajar.

—¿Qué diablos haces aquí? ¡Se acerca una tormenta y no falta mucho para que anochezca! —la regañó.

Iba a rebatirle cuando el sonido del viento aumentó y le dio la razón a él. Decidió no defenderse y pasar al ataque.

—¿Y tú? ¿Acaso a ti no te afectan las tormentas ni la oscuridad?

—¡Estaba a punto de volver, pequeña… temeraria! —gritó él para hacerse oír. El viento arreciaba cada vez más.

—¡Ha sido culpa tuya por dejarme sola!

En ese momento, sonó un trueno que la asustó de veras y que, combinado con el movimiento inesperado que hizo Dafne, causó que resbalara de la montura. Se agarró al pomo, pero unas fuertes manos ya la estaban sujetando para asegurar que desmontara con suavidad.

Henry terminó de rodear su cintura y de acercarla a su cuerpo. Su mentón seguía apretado, mostrando señales de enfado, pero sus ojos la miraban más con dolor que con furia.

—No te he dejado sola, pequeño ángel. Estabas muy bien acompañada.

Elinor puso sus manos en los antebrazos de él y se los acarició hasta abarcar sus anchos

hombros y poder enlazar los dedos tras su cuello.

—Una puede sentirse sola, aun estando rodeada de una multitud. ¿Acaso no te pedí esta mañana que no te alejaras de mí?

Henry bufó al ver su mohín y negó con un gesto.

—No me lo pediste, me lo ordenaste. Estás demasiado acostumbrada a que te obedezca —le reprochó mientras la zarandeaba levemente entre sus brazos.

—¿Crees que soy una tirana caprichosa?

Él no respondió. En ese momento, una cortina de lluvia gélida se precipitó sobre ellos. Henry reaccionó con rapidez. La cobijó como pudo, tomó las riendas de los dos caballos y los dirigió con decisión hacia el linde del bosque.

Elinor supo lo que pretendía él en cuanto tuvo la cabaña del guardabosque ante ella. Aunque él trató de empujarla hacia la puerta, ella no quiso dejarlo fuera mientras aseguraba a los caballos. Tomó las riendas de Dafne y las ató con fuerza al poste protegido por el alero del tejado. Cuando terminó, corrió hacia la puerta, la abrió y esperó a que Henry entrara para cerrarla e impedir que la lluvia se colara tras él.

Lo miró, sobrecogida todavía por la furia con la que la lluvia los había sorprendido. Pensaba que les daría tiempo de volver a la mansión, sin embargo, ahora se verían obligados a esperar allí a que amainara la tormenta. Una mezcla de excitación por la situación y de frío intolerable la recorrió de repente. Se abrazó y se dio cuenta de lo calada que estaba. Henry frunció el ceño e hizo el amago de acercarse a ella, pero se detuvo a dos pasos de distancia.

—Estás temblando. Espera —Henry estudió la cabaña—. Encenderé algunas velas. En ese armario hay mantas y el hogar debería de estar preparado para poder encenderse.

Henry se deshizo del sobretodo mojado y lo colgó en un gancho cerca de la puerta. Luego, tras señalarle a ella el armario de las mantas y asegurar un par de velas, se encaminó con decisión hacia la chimenea. Vadeó un viejo sofá, se arrodilló, reorganizó los troncos y ramas, y usó la yesca para encender el fuego.

Además del sofá y el armario, la cabaña contaba con una alacena con cazos de cobre y cazuelas de barro pegada a la pared. No había cocina, por lo que el guardabosques, cuando llegaba en primavera, cocinaba directamente sobre el fuego.

Elinor analizó el lugar desde la entrada, pues comprobó que no podía moverse. Se llevó las manos a las presillas del abrigo, pero las tenía tan frías que no las sentía. Sus dedos eran incapaces de maniobrar para desabrocharse la prenda, por lo que cada vez notaba su peso frío sobre el cuerpo de forma más intensa. Sus ojos, que habían estado contemplando la figura de Henry, parpadearon al verlo erguirse y girarse hacia ella.

—¿Qué demonios haces ahí todavía? —la increpó.

Se acercó a ella en dos zancadas y, sin mirarla a los ojos, apartó sus dedos helados y procedió a desabrocharle con eficiencia el abrigo. Se lo bajó por los brazos y lo colgó al lado del suyo. De nuevo se paró ante ella. Esta vez sí posó su mirada en la suya.

—E-Elinor, debes… —Respiró hondo—. Sabes que debemos quitarnos las prendas mojadas y envolvernos en las mantas.

El frío retrocedió ante su voz de ritmo lento y tono grave.

—Lo sé, *Hendy*, pe-pero apenas logro moverme.

Henry se humedeció los labios y a ella le temblaron las piernas.

—Ven, acércate al fuego. —Rodeó su cintura con un brazo y la empujó con suavidad hacia el calor del hogar—. Voy a… —Carraspeó, puso las manos en sus hombros y la giró sin acabar la frase.

Elinor cogió aire en cuanto los dedos de Henry comenzaron a desabrochar los botones de su vestido. Quería darse la vuelta y observar su rostro iluminado por el fuego. Necesitaba saber si él también era consciente de que entre ellos crepitaban más chispas que las que ascendían por la chimenea.

El tacto de sus dedos mandaba descargas por todo su cuerpo, que cada vez sentía más impaciente y tembloroso.

—*Hen-Hendy*…

—Da un paso para salir del vestido —musitó él justo detrás de su cuello y tras haber dejado un leve beso en su marca de nacimiento. Ella le obedeció, pero no dio el paso hacia delante, lo hizo hacia atrás, por lo que su espalda quedó pegada al pecho de él—. Pequeño ángel…

Elinor se dio la vuelta y buscó su mirada. Él la evadió y la fijó en el fuego. Ella no pudo evitar sonreír. Henry, su Henry, era todo un hombre. Su cuerpo alto y fuerte lo proclamaba. Sus ojos hablaban de multitud de experiencias vividas, algunas sin duda muy dolorosas. Sin embargo, perduraba en él un punto de timidez, eso la alegró.

Decidida, levantó las manos y las apoyó en su pecho. Tomó su chaqueta por las solapas y la abrió hasta topar con sus hombros anchos. Henry cerró los ojos durante un momento. Cuando los abrió, él mismo terminó de quitarse la prenda. Elinor desabrochó el chaleco y llevó las manos hasta el pañuelo blanco de su cuello. Lo deslazó y lo abrió. La uve de piel que quedó expuesta a sus ojos curiosos le arrancó un suspiro.

—Elinor, cúbrete con la manta. Yo terminaré de… desnudarme en aquella esquina y me mantendré…

—No —lo interrumpió. Tomó su fuerte mentón para que la mirara a los ojos—. Aceptaste, *Hendy*. Necesito que sea contigo. ¿Acaso tú… no lo deseas?

Henry la sujetó por la cintura y la acercó a su cuerpo.

—Más que respirar, pero…

Elinor, al percibir su resistencia, se lanzó a aprovechar esa oportunidad que se les había otorgado. La lluvia había aparecido como la más fiel aliada para otorgarles un momento único y mágico que no debía ser desperdiciado. Un trocito de tiempo que atesorar. Con él.

—No hay peros, no hay condiciones, no hay obligaciones. Tan solo tú y yo, y lo que nos está ocurriendo. Yo… quiero más, Henry. Más besos, más caricias, más tú.

La mirada de Henry se transformó ante sus ojos, se tornó intensa, decidida y salvajemente apasionada. Jamás fue testigo de cómo el azul apacible de sus iris se oscurecía, hasta pintarse del tono del cielo, justo antes de que la primera estrella comenzara a brillar. Y eso no fue todo.

Las manos masculinas que sentía en la espalda descendieron hasta rodear sus nalgas y apretarlas con poca gentileza. La asombró, pero no la asustó. Al contrario, se sintió más ansiosa que nunca. Al instante, notó bajo su vientre la dureza del cuerpo de él. A pesar de su ignorancia, supuso qué parte de su cuerpo era y jadeó llena de expectativas.

Su mano todavía acunaba el mentón de él. Lo sentía tenso, como si su contención cada vez fuera más difícil. Henry seguía luchando contra sí mismo y ella estaba decidida a que se rindiera. Movió los dedos, le acarició la mejilla y se puso de puntillas hasta casi unir sus labios.

—Henry, hazme tuya —gimió.

Al segundo, los labios de Henry capturaron los suyos y el tiempo que había estado suspendido sobre ellos se aceleró. Henry bajó más la mano, abarcó su trasero y de nuevo se movió contra ella, con lo que le provocó mil espasmos de placer. Con la otra mano la sujetó por la nuca para que no escapara de ninguno de sus besos. Como si fuera a querer hacerlo…

La boca de Henry recorría la suya con avidez y ella trataba de igualar su impaciencia. Su

lengua la invadió y pudo saborearlo de nuevo. Se moría de sed de él. Lo abrazó por el cuello, enterró los dedos en su pelo y tiró en señal de urgencia. Él la entendió. Siempre lo hacía.

Las manos de Henry dejaron de sujetarla para colarse por el escote de la camisola, suelta gracias a haber prescindido del corsé. Sus dedos llegaron con facilidad al monte de sus senos y los acariciaron hasta lograr que las puntas, todavía ocultas, se erizaran.

—Henry, Dios… —exhaló cuando él abandonó su boca.

—Tengo que probarte, descubrir tu sabor… aquí.

De un tirón, Henry abrió el escote y desnudó sus pechos. Lo oyó gemir y, al segundo, vio su lengua aparecer para lamerle el pezón expuesto. Gritó. No pudo evitarlo. El golpe de placer había sido intenso e inesperado. Se aferró a sus hombros y cogió aire.

—Dime que te ha gustado, pequeña, porque voy a repetirlo.

—Sí…

Henry no se limitó a lamer con deleite la punta de su pecho, se lo introdujo en la boca y succionó con una fuerza que, al instante, envió un tirón de deleite a su entrepierna. Ella misma se frotó contra su cuerpo para tratar de aliviar aquella mezcla de dolor dulce y palpitante.

Él repitió la caricia húmeda en su otro pecho y ella jadeó, cada vez más desmadejada entre sus brazos. Pero no quería desvanecerse, quería participar. Quería besar su cuerpo, igual que él hacía con el suyo.

Le sacó la camisa de los pantalones y metió las manos por debajo para tocarle el vientre. Lo notó duro y pasó sus uñas sobre aquella piel caliente. Su gesto provocó que él siseara sobre su clavícula. Sonrió poderosa y levantó el bajo de la prenda. Henry se la sacó en un movimiento y la volvió a abrazar de inmediato. Ella se quedó sin aire. No solo por la belleza del torso masculino, sino también por la visión del ángel de plata que yacía sobre su corazón. El ángel que ella rechazó en un tonto arrebato. Henry lo recogió del suelo y se lo puso. Parpadeó y sintió una lágrima bajarle por la mejilla.

—Shhh —la consoló él.

Henry se inclinó y besó la gota salada. Luego ella misma la probó de los labios de él. El beso pronto se volvió frenético y las manos de ambos se afanaron en tocarse y desnudarse. Se abrazaron y se acariciaron de forma desordenada sin dejar de besarse con la boca abierta, mordiéndose con cariño y pasión. Se descubrieron.

Elinor sintió de repente el calor del fuego envolver todo su cuerpo desnudo y, a la vez, notó la calidez de la piel de Henry. Cuando creyó que se marearía de gozo, él la sostuvo con firmeza para acomodarla en el sofá.

El momento en el que Henry se tumbó sobre ella y quedaron unidos por completo le arrancó un jadeo. Sus ojos convergieron y sus manos ascendieron para acariciarse el rostro el uno al otro. ¿Acaso se veían por primera vez? Sintió que así era. Pura magia.

Se sonrieron y comenzaron una cadena de besos cortos y perezosos. Al mismo tiempo, abrió las piernas para cobijar entre su suavidad el cuerpo duro de él. Henry se movió y ella sintió cómo su miembro trataba de adentrarse en su intimidad. Había percibido de reojo el tamaño de aquella parte de su cuerpo y dudó que entrara en ella.

Su amante dejó de acariciar su cara, paseó la palma abierta por su torso, masajeó su cadera y se coló por entre sus cuerpos. Elinor abrió los ojos asombrada al sentir los dedos de Henry en su intimidad. La rozaron, la tocaron, la acariciaron hasta provocar una humedad vergonzosa. Cerró los ojos.

—No dejes de mirarme, ángel. Tu cuerpo solo se prepara para recibirme. Elinor… abre los ojos.

Lo hizo y él la sorprendió al introducir un dedo en ella. Gimió. Era delicioso. Y ver el brillo de sus ojos mientras la tocaba era conmovedor. Su dedo entró y salió varias veces, pero entonces ella sintió más presión. Henry sonrió de medio lado y pasó a usar también el pulgar. Seguía sintiendo una dulce penetración a la vez que una vibración se intensificaba más arriba. Se movió contra su mano. Su misma alma lo exigía. Entonces, la vibración se le extendió por todo el cuerpo y le arrancó un grito de puro éxtasis. Cerró los ojos para deleitarse en aquella sensación maravillosa, al mismo tiempo que era consciente de que Henry apoyaba la frente en el hueco de su cuello.

Lo abrazó, sus manos resbalaron por su espalda cincelada hacia sus nalgas y enseguida le buscó los labios. Él separó su rostro.

—No, espera, Elinor. Espera, cariño.

—¿Qué ocurre? Sé que debes entrar en mí y…

—No, no. Podemos limitarnos a… esto. A tocarnos sin llegar a…

—¿Sin llegar a unirnos? —Él asintió y, sin saber por qué, a ella se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Mi ángel, no llores. Esta es la manera de no correr riesgos. —Henry trataba de convencerla mientras le enjugaba las lágrimas, pero su gesto considerado le provocaba más ganas de llorar. Las huellas del placer se habían borrado y ahora se sentía vacía—. ¿Lo entiendes?

Su pregunta llena de cariño la rompió y comenzó a negar con la cabeza.

—No quiero entenderlo —balbuceó—. Ahora mismo odio tu sentido común, odio tu aplomo y odio tu maldita lógica, porque me muero por sentirme parte de ti y tú vuelves a alejarte, a hacer que me sienta perdida… —dejó de abrazarlo y se tapó la cara para esconder su llanto y desahogarse.

Al momento, lo sintió moverse y creyó que se levantaría; sin embargo, Henry tan solo los había tapado a ambos con las mantas. Su cuerpo grande y duro seguía encajado entre sus piernas y fue consciente del calor acumulado en aquel lugar.

Un último sollozo dejó paso al silencio en el que tan solo se escuchaba el sonido del fuego y de sus propias respiraciones. Henry no decía nada y tampoco podía verlo. Se envalentonó y abrió los ojos al mismo tiempo que apartaba las manos. Él la estaba observando, pero a ella no le dio tiempo de analizar su intensa mirada porque, en ese momento, Henry bajó el rostro y la besó.

El beso se alargó, se multiplicó y se aceleró. Henry se rindió. No le quedaban fuerzas para resistirse a hacerle el amor a la mujer que amaba, tan solo confiaba en que ella recapacitara después y aceptara casarse con él. Apoyado en un codo para no aplastarla, usó la mano libre para acariciarla desde el lugar sensible tras su oreja, pasando por su cuello y sus preciosos senos. Besó sus pezones enhiestos, los lamió y sonrió con los jadeos que ella le regaló. Su mano bajó hacia su cadera y amasó su muslo. Con decisión, sujetó su rodilla y se la ancló a la cadera. Elinor estaba abierta y lista para recibirlo.

Esta vez no dudó, sostuvo su miembro, echó hacia atrás la cadera y arremetió en ella con cuidado. El avance fue corto y lo frenó un quejido.

—Elinor, ¿estás bien? Puedo detenerme.

—No, no… Henry… es… No pares, por favor.

Su súplica lo enardeció, embistió y entró un poco más. La locura se abrió paso en su mente al igual que su cuerpo lo hacía en el de ella.

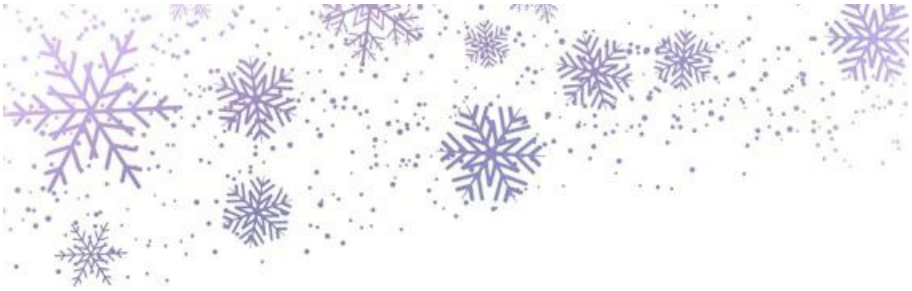
—¿Cariño?

—Sigue hasta el final —le pidió ella.

De un último empujón, se empaló en ella por completo. El placer que lo recorrió lo catapultó

al mismísimo cielo. La besó con toda su alma y su cuerpo tomó las riendas, acompañado enseguida por el de ella. Se mecieron lento, luego se buscaron rápido. Acompasados, como si no fuera la primera vez de ambos, se amaron hasta que una marea embravecida los asoló y provocó que gritaran sus nombres con placer. No dejaron de moverse hasta exprimir la última gota de éxtasis. Y para cuando se quedaron quietos, se siguieron abrazando, rendidos de amor, hasta quedarse dormidos.





Capítulo 16

En Wyndham Manor, la cena iba con retraso debido a la preocupación creciente de los duques de Wyndham y de los condes de Beaconshire por el paradero de sus hijos. El doctor Rose y Tom tampoco habían llegado aún y esa fue otra excusa para mantener a los invitados esperando en el salón y no hacerlos pasar al comedor.

Las dos parejas se reunieron en la biblioteca para contrastar explicaciones y evaluar posibles acciones.

—En el establo dicen que Henry partió en dirección al lago y que Elinor lo siguió minutos después. Es muy probable que estén juntos y que buscaran cobijo al verse sorprendidos por la lluvia —comentó Andrew.

—Y así es —manifestó Isabella, la última que se incorporó a la reunión—. He preguntado discretamente a Dana y sus cartas los muestran juntos. No dicen nada de su estado de salud, pero tampoco ha visto peligro.

—Buenas noches, sentimos el retraso, pero, por si no os habíais dado cuenta, parece que esté cayendo la segunda parte del diluvio universal. —El doctor Rose apareció en la entrada de la biblioteca sacudiéndose restos de lluvia de la chaqueta. Tras él, llegó Tom.

—Creo que se han dado cuenta, Joseph, pero esas caras no son por la lluvia, ¿qué ha ocurrido? —quiso saber Tom.

—Henry y Elinor salieron a montar esta tarde y todavía no han vuelto —les comunicó Michael, cruzando una mirada de preocupación con su mujer desde su puesto junto a la ventana. Él ya hubiera salido a buscarlos hacía rato, así se estuviera cayendo el cielo sobre Brighton.

Isabella envió un silencioso mensaje de calma a su marido, se sentó junto a Emily y enseguida ambas se cogieron de las manos.

—Un momento, un momento. Hemos venido por el camino del bosque y, al pasar cerca de la cabaña del guarda, me ha parecido ver que salía humo de la chimenea. Es más, juraría que había caballos atados en la puerta —explicó Tom.

Varios suspiros de alivio recorrieron la estancia.

—La cabaña está cerca del lago. ¿Has reconocido el caballo de Henry? —lo interrogó Andrew.

—Con la lluvia, la oscuridad y la distancia no sabría decirte si era Zale, pero el otro caballo destacaba más, era blanco moteado.

—Tiene que ser Dafne, la montura que usa Elinor cuando estamos aquí —apostó Michael tras dejar ir otro suspiro.

—Si estaban en el lago cuando comenzó la lluvia, seguro que les dio tiempo de refugiarse. No quiero pensar que estén heridos —comentó Emily, apretando las manos de Isabella.

—No lo están. Dana no me ha transmitido ningún temor —murmuró Isabella—, pero… hay

otra cuestión que parecemos estar obviando.

—Yo no la obvio, amada esposa —intervino Michael—. Que confíe en Henry no cambia el hecho de que esos dos estén solos en una cabaña, justo en un momento en el que, en este pueblo, es más importante guardar las apariencias que salvar la vida.

—Michael tiene razón —afirmó Andrew—. Henry hará lo correcto y se casará con Elinor. No podemos permitir que se ponga en entredicho la honra de mi ahijada, ni que su nombre corra de boca en boca. Esos dos deben casarse.

—Henry ya había tomado esa decisión —anunció Emily.

—¿Cómo? —preguntó Isabella—. Elinor no me ha comentado nada.

—Bueno…, tu hija no ha aceptado —murmuró Emily.

—Elinor siempre ha dicho que no quería casarse, que deseaba dedicarse por entero a escribir… Diablos, no sé de quiénes puede haber sacado esas ideas de independencia, de resistirse a lo establecido por la sociedad, de…

—Está bien, Michael. Emily y yo ya hemos captado tu indirecta —Isabella alzó la barbilla hacia su marido sin una pizca de arrepentimiento en el rostro. Él le devolvió la mirada con la advertencia de que continuarían la conversación en la intimidad.

—Henry es digno hijo mío. Si yo fui capaz de convencer a su madre para que se casara conmigo, él también logrará llevar al altar a Elinor —manifestó Andrew con seguridad—. Michael, ¿vamos a buscarlos en cuanto amaine?

—De acuerdo, pero ten presente que Elinor es mi pequeña y… En fin, amigo, no dejes que sea yo quien abra la puerta de la cabaña.



Henry se maldijo en cuanto abrió los ojos y comprendió que se habían quedado dormidos. Por otro lado, sentir el cuerpo desnudo de Elinor recostado contra el suyo atenuó un poco su culpa. Culpa por haber cedido y culpa por haber perdido la noción del tiempo.

Se movió con cuidado, lo justo para poder contemplar el rostro precioso de su ángel. Fuera, la lluvia seguía cayendo con fuerza y su sonido junto con el del crepitar del fuego le parecieron de repente el acompañamiento perfecto para la respiración serena de Elinor. Le apartó un mechón de la frente y sonrió al verla arrugar la nariz. Le dolía en el alma tener que despertarla, pero debían vestirse y prepararse para volver a casa en cuanto la lluvia amainara, porque, conociendo a su padre y a su tío, no tardarían en aparecer.

—Elinor, despierta —le susurró con los labios en su frente.

—Mmm, otra vez… —gimió ella.

—¿Otra vez? ¿Otra siesta? No. Tenemos que levantarnos y vestirnos.

Henry logró sentarse con ella recostada en su pecho. Iba a zarandearla cuando ella clavó los ojos aguamarina en los suyos y sonrió con pereza.

—Otra vez, *Hendy* —repitió ella, al tiempo que le pasaba los brazos por los hombros y se

acomodaba en su regazo.

—¿Qué? ¿Qué haces? —Elinor se sentó sobre él a horcajadas, ocultó el rostro en su cuello y, de inmediato, él disfrutó de sus besos y mordiscos. Su cuerpo se puso duro al instante y sus manos viajaron a las caderas de ella para acariciarla. —Pequeña, vas a volverme loco —gimió.

—No —susurró ella en su oreja —, tú eres quien me ha vuelto loca a mí. Te necesito.

Henry le buscó la boca y la besó sediento. La sujetó por la cintura y la ayudó a montarlo de manera que pudiera entrar en ella. Elinor se deslizó a lo largo de su miembro y ambos jadearon de placer. La vio fruncir el ceño y se preocupó.

—¿Te duele?

—Un poco, pero no se te ocurra parar. Es lo más… maravilloso que he sentido en mi vida.

—Para mí también lo es —musitó él con la boca ya sobre su seno.

Henry acarició su espalda a lo largo, llegó a sus caderas y la animó a moverse. Elinor aprendió rápido los pasos sinuosos de aquel baile y pronto los dos se acompasaron para bailarlo de forma intensa. Cuando la cadencia de sus cuerpos se precipitó, se buscaron los labios para besar juntos el éxtasis que los recorrió.

Unos cuantos besos perezosos después, Henry acunó su cara alborozada con un suspiro.

—Elinor, tenemos que irnos. La tormenta ha pasado y en casa deben de estar preocupados.

—Tienes razón. —Ella le frunció los labios y luego sonrió—. Como siempre.

—Eh…, buscaré una toalla para asearnos, ya sabes…

—¡Oh, Dios!

—Sí, exactamente eso.

Minutos más tarde, Henry ataba el último botón del vestido de Elinor mientras ella improvisaba un recogido con su cabello. Después, apagaron el fuego y procuraron ordenar la cabaña lo mejor que pudieron.

Se colocaron los abrigos y, cuando abrieron la puerta, Henry se puso inmediatamente en alerta al mismo tiempo que Elinor dejaba ir un grito.

—Tranquilos, somos nosotros —dijo su padre, sin desmontar de Ares.

—¿Estáis bien? —preguntó su tío Michael.

Iba a responder cuando Elinor dio un paso hacia su padre.

—Claro que sí. Estamos muy bien. Bueno, no muy bien, solo bien... Nos sorprendió la tormenta y era imposible volver a casa y, por eso nos refugiamos en la cabaña. Por suerte, *Hendy* pudo encender el fuego, aunque…, aunque nuestras ropas estaban muy secas. Y… hemos estado hablando de los viejos tiempos y…

—Henry —pronunció su tío Michael—, vas a casarte con ella.

—Sí, señor —respondió él, internamente complacido con la locuacidad inoportuna de su futura mujer.

—¿Qué? ¡Ni hablar! —protestó ella alternando la vista entre los tres hombres.

—Elinor, es tarde. Volvamos a casa, descansemos y hablemos de esto mañana, ¿de acuerdo?

A pesar del dolor que le provocó su nuevo rechazo, la mirada de animalillo acorralado y sin escapatoria de Elinor lo conmovió, por eso le había hablado de forma calmada. Sabía que era la única manera de llegar a ella.

Cuando la vio asentir, se inclinó con las manos cruzadas para ayudarla a montar. Luego montó él y siguieron a sus padres de regreso a Wyndham Manor. A su llegada, la comunicación silenciosa entre sus padres y sus madres propició que tanto Elinor como él pudieran refugiarse en sus aposentos, sin dar más explicaciones, hasta el día siguiente.



Mientras la doncella le apretaba el corsé, Elinor se miraba en el espejo buscando señales de su supuesta caída en desgracia. Un acontecimiento que siempre escuchó calificarse como deshonra, ignominia o vergüenza para las mujeres a ella le despertaba emociones hermosas.

Era cierto que tales calificativos jamás los había escuchado en su casa y creía adivinar el porqué. A pesar de que las circunstancias en las que sus padres se conocieron y se enamoraron le fueron reveladas de manera algo vaga, ella siempre supo que su historia de amor no fue convencional.

Sonrió de repente y se ruborizó. Ahora entendía que ciertas miradas entre sus padres no solo demostraban el profundo amor que se profesaban. Sus padres continuaban compartiendo momentos como el que Henry y ella… Oh, Dios, tan solo de pensarlo se sentía incómoda.

Se acomodó en el tocador para ser peinada, sonrió a la doncella a través del espejo y cerró los ojos. Henry… ¿Existía un amante más cariñoso y apasionado que él? Tan solo con recordar sus besos y caricias le parecía que su cuerpo comenzaba a arder de nuevo. No veía la hora de encontrarse de nuevo con él para… ¡Maldita sea! Primero debían asistir a la reunión con sus padres de la que se libraron la noche anterior.

Bajó las escaleras sin saber muy bien cómo sentirse. Su siempre comprensivo padre había exigido a Henry que se casara con ella. Su siempre correcto amigo había estado de acuerdo. ¿Y ella? ¿Dónde estaba esa rebeldía que le burbujeaba dentro cuando se la empujaba a hacer algo que no quería? ¿Hacer el amor con Henry la había domado?

Iba tan ensimismada que por poco no atropella al pobre Thomas, si bien sí provocó que se le cayera una bandeja al suelo.

—Thomas, disculpe, ¿se encuentra bien? —le preguntó mientras se agachaba con rapidez a recoger la bandeja y el par de cartas que se habían desparramado por el suelo.

El anciano mayordomo de los Cavendish se azoró.

—*Milady*, no debería haberse molestado.

—No es molestia, Thomas. Ha sido mi cul… —Elinor calló. Acababa de leer la dirección del sobre que había recogido: «*Madame Sophie Dupont*, 25 *Rue de la Paix*, 75001 *Paris*, *France*». No le hizo falta girar la carta para averiguar el remitente, conocía esa letra de memoria—. Thomas —musitó. Luego carraspeó y compuso una voz más jovial—. Vaya, me pregunto si salen muchas cartas con destino a Francia, ahora que lord Suffolk ha regresado de allí…

El anciano frunció el ceño y Elinor, al instante, se sintió avergonzada por usar aquella treta con él, no estaba bien engañar al hombre para que traicionara la lealtad de sus señores. Cuando estaba por decirle que lo olvidara, él respondió.

—Tan solo dos, *milady*, lo recuerdo porque el mensajero ha de viajar a Dover en vez de a Londres.

La mirada de Thomas, alegre por haber sido capaz de recordar algo y convencido de haber sido útil, le rompió el corazón. Se sintió más avergonzada aún.

—Gracias, Thomas. Sigue siendo usted el mejor mayordomo de todo el reino —le dijo al tiempo que apoyaba la mano en su brazo.

Si bien no estaba orgullosa de su comportamiento, eso no cambiaba el hecho de que Henry había enviado dos cartas a una mujer casada en el breve plazo de dos semanas. Una mujer de la que no le había hablado ni en persona ni por carta, y era precisamente el hecho de que no la hubiera nombrado lo que convertía en sospechoso el asunto.

Maldijo su fantasiosa mente, que no paraba de hacer conjeturas, a cada cual más deprimente.

—*Milady* —la voz de Thomas la sacó de esa vorágine de pensamientos nefastos y detuvo su intención de dirigirse a la biblioteca.

—¿Sí, Thomas?

—Se me olvidaba entregarle esta misiva.

Elinor recibió entonces de manos del mayordomo un sobre del que no se había apercibido antes. Le dio la vuelta y leyó con extrañeza el nombre de la directora de la escuela para señoritas de Horsham en el remite. Se aprestó a abrirlo y, en cuanto leyó las breves líneas, se quedó fría.

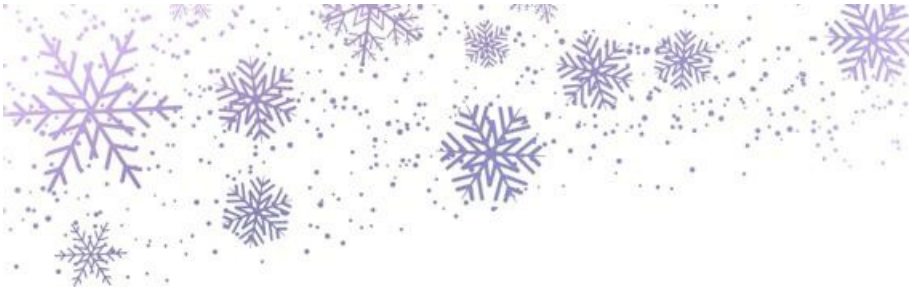
Sus pies la habían llevado sin darse cuenta hasta la puerta de la biblioteca y allí, al escuchar su nombre, levantó la vista de la carta. Le costó enfocar la figura imponente de Henry.

Él se acercó sin prisa, se detuvo ante ella y le cogió la mano para llevársela a los labios.

—¿Cómo estás? —le preguntó con esa voz grave que normalmente alteraba sus latidos—. ¿Preparada para convertirte oficialmente en mi prometida?

La pregunta no pudo ser más inoportuna, pues se sumó al golpe que le había supuesto el mensaje recibido de Horsham.

—¡¿Qué?! ¡¿Qué?!—Levantó la mano al ver que él iba a añadir algo. No lo soportaría—. No, Henry. No estoy y nunca estaré preparada para que me obliguen a casarme. ¿Me has oído? ¡Nunca!



Capítulo 17

—¿Obligarte, Elinor? Después de lo que sucedió ayer entre nosotros, ¿de verdad supondría una obligación para ti casarte conmigo?

Henry no supo qué le había dolido más, si su rechazo, su actitud defensiva o su mirada acorralada. «¿Elinor, me temes? ¿Qué diablos ocurre?». Se respondió al instante, soltó su mano, que aún aferraba, y se alejó de ella hacia la ventana. Ocurría que ella solo lo deseaba. Con él saciaba su curiosidad y vivía la aventura que se había propuesto experimentar. Tan solo eso. Porque si albergara por él aunque fuera una milésima parte del amor que él sentía por ella, no dudaría en querer casarse.

—Buenos días —corearon sus padres al tiempo que entraban en la biblioteca y tomaban asiento. Su tío Michael fue el único que permaneció de pie y con la mirada aguamarina, exacta a la de su hija, puesta sobre él.

—¿Y bien? —le preguntó sin dilación.

El discurso breve, pero lleno de cariño, que esbozó en su mente durante la noche acababa de desaparecer con la actitud terca de Elinor. Ahora, tan solo se veía capaz de aferrarse a su orgullo, ese que jamás había esgrimido ante ella.

—Soy consciente de mi deber como caballero, tío, y conoces mi fuerte sentido del honor. También sabes el valor que doy a la lealtad, tanto hacia mi país como hacia mi familia, en la que, por supuesto, os incluyo a vosotros. —Henry incorporó a su tía en el discurso con una mirada—. Yo… he manifestado a vuestra hija mi voluntad de casarme con ella, pero ella no ha aceptado.

Elinor seguía de pie, cerca de la entrada, sin mirar a nadie en concreto y preguntándose cuántos golpes más podría soportar en tan poco tiempo. Se resistía a morderse el meñique para calmar su ansiedad, estrujando con fuerza la carta de Horsham; sin embargo, el silencio que se hizo tras las frías palabras de Henry sí la impelieron a zapatear el suelo.

Seguía sin querer cruzar la mirada con nadie, pero, al levantarla, sus ojos traicioneros fueron directos a los de Henry. Él se mantenía erguido con las manos sujetas en la espalda como si de un soldado esperando órdenes se tratara. Siempre dispuesto a obedecerlas, a cumplir con lo que se requiriese de él, aunque no fuese lo que él deseara; aunque una mujer en París esperara sus cartas.

—No me casaré. —Se dio cuenta de que lo había dicho demasiado rápido y argumentó su respuesta—. Mi madre se negó a casarse, rechazó seguir el camino fácil y huyó. Mi tía también había decidido permanecer soltera y, a pesar de verse obligada a casarse, jamás dio la espalda a su vocación. Yo no voy a renunciar a mis principios.

—¿Y al amor? —le preguntó su tía Emily con dulzura.

Aquella pregunta tuvo un eco doloroso en los ojos de Henry que no le pasó desapercibido, pues las miradas de ambos seguían enlazadas. Dios, no. No podía ser verdad. ¿Henry

enamorado? ¿Enamorado de…?

Elinor negó, se dio la vuelta y salió corriendo hacia las escaleras. Ya en su habitación se encerró en ella y apoyó la espalda en la puerta. A los pocos segundos, su cuerpo resbaló y ella quedó sentada como una muñeca desmadejada.

¿De verdad fue tan ilusa al imaginar su futuro? ¿Cómo pudo dar por sentado que Henry se conformaría con ser su eterno amante mientras ella escribía y dirigía obras teatrales por toda Europa? ¿Qué la había llevado a pensar que él se mantendría soltero, esperándola para siempre? Jamás lo imaginó casado con otra, porque él siempre estuvo para ella… ¿Se podía ser más egoísta?

Ahora entendía las reservas de Henry; sin embargo, ella, ¿cómo no?, lo había presionado y tentado hasta llevarlo a renunciar a su honor y, con seguridad, a traicionar a la mujer a la que realmente amaba. Se dijo que era lo peor. Era lo peor y en Horsham lo sabían.

Por eso la directora le había mandado esa carta invitándola amablemente a no regresar como profesora. Le explicaba que las familias de varias alumnas ya no la veían con buenos ojos y la animaba a disipar las dudas creadas sobre su virtud haciendo lo necesario para restituir su reputación. En definitiva, que o se casaba o no podría volver a dar clases en Horsham.

¿Se plegaba a la presión de la sociedad y se casaba o se mantenía fiel a sus principios? ¿Estaba dispuesta a soportar el rechazo de sus iguales y a ser expulsada de la sociedad así como la habían expulsado de Horsham?

Odiaba estar entre la espada y la pared. Libertad a cambio de pagar un elevado precio, o matrimonio sin… amor. Su tía había nombrado ese sentimiento que ella jamás incluyó en ninguna ecuación por considerarlo inalcanzable. La relación entre sus padres siempre fue el ideal a lograr, pero pronto lo consideró imposible.

¿Cuándo desechó la idea de buscar el amor y conformarse con la pasión? Su mente viajó al pasado y revivió, atónita, el momento exacto en el que supo que la oportunidad de amar y ser amada se alejaba…

Ocurrió seis años atrás, en el momento preciso en el que sintió unas manos en sus hombros, un chispazo, el deseo de recostarse en el cuerpo que siempre la había confortado. Henry. El día que supo que solo podría amar a una persona, esa persona se alejó de ella y la hizo sentir abandonada. Por eso, ella también pidió estudiar fuera. Por eso, no aceptó ninguna de las proposiciones de matrimonio cuando fue presentada en sociedad ni tampoco en la temporada siguiente.

Si no era Henry, no sería nadie. Pero él, primero la abandonó y, luego, al regresar, se resistió para, finalmente, dejarle claro que ella solo sería un deber para él. Henry amaba a otra mujer. Y conocía una manera de confirmarlo. Solo con esa respuesta ella podría tomar la decisión más adecuada.



En la biblioteca, Isabella permanecía mirando el espacio donde había estado su hija. Su marido le puso la mano en el hombro para llamar su atención.

—¿Debemos presionarla?

—No, Michael. Ella misma nos ha recordado cómo actué yo cuando me presionaron. ¡Hui! No quiero que mi hija piense siquiera que ha de huir de nosotros. Debemos permanecer a su lado, decida lo que decida, y apoyarla.

Emily se acercó a su amiga en el sofá y la cogió de la mano.

—Por un lado, la entiendo tanto, pero, por otro… —Llevó la vista hasta la tensa y silenciosa figura de Henry, el cual apretó la mandíbula con fuerza, como para evitar decir algo impropio, y salió de la biblioteca.

—Pues yo no lo entiendo, querida —manifestó Andrew quitándose los lentes para presionarse el puente de la nariz—. A los cuatro nos consta que se aman y que quizá ellos… Ya sabéis…

—Andrew —lo llamó Michael con tono irónico—, ¿cuánto tardaste tú en confesar a Emily que la amabas?

—Nuestras situaciones no son comparables… —arguyó el duque.

—Además, cada cual arrastra sus miedos internos, su orgullo y su inexperiencia —añadió Isabella.

—Defiendes al duque porque tú también te resististe a declarar tus sentimientos por mí —acusó Michael a su mujer.

—Por Dios, *whitey*, estamos hablando de Henry y Elinor…

Emily interrumpió a su amiga.

—Isabella, entiendo que quieras apoyar a tu hija, pero ¿qué sucederá si… si está encinta?

—¡Oh, Dios! —corearon el duque y el conde al mismo tiempo.

—Si se diera esa circunstancia, espero que tome la decisión acertada —respondió Isabella apretando la mano de Emily.

A media tarde, Elinor despertó de la siesta con hambre. Había sido incapaz de bajar a comer y se excusó detrás de un enfriamiento provocado por la cabalgada de la tarde anterior. En ese momento, escuchó unos golpes en la puerta y su cuerpo se tensó, si bien se relajó con rapidez al ver quién entraba con una bandeja en las manos.

—¿Cariño? No has probado bocado en todo el día. Debes de estar hambrienta.

Su madre dejó la bandeja en la mesita, se sentó en la cama y la cogió de las manos.

—¿Quieres hablar? —le preguntó con ese tono sabio que solo las madres parecían poseer.

—Siempre quise ser como tú, mamá —musitó echándose en sus cálidos brazos.

Su madre la estrechó y le acarició el pelo.

—No, *chey*, tú eres mejor que yo. Y quiero que sepas que estoy orgullosa de ti y que estaré a tu lado siempre, decidas lo que decidas. Tu padre y yo lo estaremos.

—Pero papá quiere que me case con Henry aunque él no me…

—Tan solo trataba de daros un empujoncito —la interrumpió su madre—. No recuerda lo que sucede cuando se te obliga a algo. —Su madre acunó su cara y la separó de su pecho para mirarla a los ojos. Con ternura, le limpió un par de lágrimas traicioneras y le sonrió—. Recuerda, Elinor: pase lo que pase.

Cuando Emi supo que tampoco bajaría a cenar, le faltó tiempo para subir a visitarla. Estuvo tratando de sonsacarle el verdadero motivo por el cual no había querido aparecer durante todo el día y ella se esforzó por ser convincente. De ninguna manera quería fastidiarle los preparativos a su amiga con su mal de amores o su rabia. Le prometió participar al día siguiente en todo lo que faltara por ultimar y, con esa promesa, la despidió y la vio irse animada.

Henry se decía que debía sentirse aliviado por no haber visto apenas a Elinor en dos días, pero el jueves por la mañana, tras no coincidir con ella en la sala del desayuno, el vacío que sentía en su pecho se ensanchó. Preguntó discretamente a Thomas por ella y el anciano le confirmó que las damas, excepto su abuela, habían partido temprano de excursión a Newheaven. Eso suponía no verla hasta bien entrada la tarde y, de alguna manera, su corazón, enfrentado a su orgullo, protestó.

Su corazón y, si debía ser sincero consigo mismo, también su cuerpo. No podía quitarse de la cabeza las imágenes de Elinor desnuda entre sus brazos, aceptando su pasión, compartiéndola, entregándose a él. Esas visiones todavía tornaban más incomprensible la resistencia de ella al matrimonio. Porque podía no amarlo como él a ella, pero, sin duda, lo deseaba con la misma fuerza.

Cuarenta y ocho horas llevaba parapetado en la trinchera de su amor propio. Cuarenta y ocho horas tratando de ignorar su presencia, su voz y las risas compartidas con los demás. Unas risas que solo él sabía que eran impostadas. Porque él sufría, pero sabía que ella también.

Finalmente, decidió retar a Simon a algún juego de puntería con tal de vencer la tentación de montar a Zale y recorrer las ocho millas que lo separaban de contemplar el rostro que amaba. Un rostro a cuya visión no pudo resistirse más cuando llegó la hora de la cena y la vio aparecer.

Elinor llevaba el cabello recogido de tal manera que su cuello quedaba expuesto a su mirada anhelante y el escote del vestido que lucía, del mismo color que sus ojos, mostraba el inicio del valle entre sus senos. Él había mordido con pasión ese cuello y había lamido codicioso esos senos. Su orgullo, apuntalado durante casi tres días, comenzó a derrumbarse ante la pasión que Elinor despertaba en él.

No apartó la vista de ella durante toda la cena, en la cual las damas se cedieron la palabra para relatar su salida a la ciudad vecina. Ella, consciente de su atención, trató de rehuir sus ojos, si bien no pudo evitar morderse el meñique en varias ocasiones. Así supo que su indiferencia era impostada y que quizá, y solo quizá, quedaba una oportunidad de vencer sus reticencias a casarse con él. Aunque para ello tuviera que recurrir a la trampa del deseo.

Elinor sonrió a Emi cuando esta le puso la mano en la rodilla para detener el tic de su pierna.

—Para ya o me contagiarás tu nerviosismo —le susurró al oído en tono divertido—. Parece que seas tú la que se casa en dos días.

—Ni lo insinúes.

—Ya… Pues alguien no deja de mirarte como si quisiera su propia boda… contigo.

Elinor tomó la copa que tenía delante y la apuró. Los ojos de Henry no cesaban de analizar su rostro y de provocar que ella se lo notara cada vez más ruborizado. Su cuerpo, en una clara

traición a la determinación de mantenerse alejada de él, respondía a su llamada silenciosa. ¿Qué pretendía? ¿Seducirla? ¿A pesar de… Sophie?

Decidió responder y dejar de eludir sus iris azules. Le sostuvo la mirada y elevó el mentón. No lo amilanó, tan solo provocó que él le sonriera de medio lado y que su propio y estúpido corazón se embalase.

Siguieron así el resto de la velada hasta el momento en el que Clarise se sentó al piano y tocó las notas de un vals. Todos lo reconocieron como una composición suya que nada tenía que envidiar a las de Chopin o Strauss. Tan atrapada estaba en la preciosa melodía que no se dio cuenta de que los demás hacían espacio para bailar y de que una alta figura aparecía a su espalda.

—Baila conmigo, pequeño ángel.

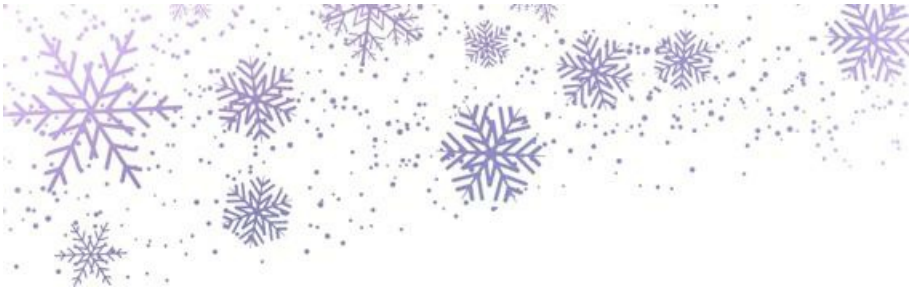
La voz profunda de Henry le calentó el cuello, se le deslizó por el pecho y se le anudó en el vientre. ¿Resistiría un baile con él sin derretirse entre sus brazos? Pensó que era curioso que, desde su reencuentro, no hubieran bailado ni una sola vez. Ahora, no veía nada de malo en hacerlo, ¿no? No la comprometía a nada, tampoco a él. Un baile era una actividad totalmente inocente, se convenció.

Era mentira. En cuanto se giró y aceptó la mano de Henry, lo supo. Pues una corriente le ascendió por el brazo y se le desparramó por la piel. Cuando él apoyó los dedos en su espalda y la acercó a su cuerpo, se le escapó un gemido. Los ojos de Henry bajaron rápidos a su boca y ella se mordió los labios.

—No hagas eso —le rogó—. No, cuando ansío ser yo quien lo haga.

Henry comenzó a girar con ella en pequeños círculos y eso le impidió responder. Además, el resto de las parejas que se habían formado, entre las cuales estaban los padres de ambos, bailaban muy cerca de ellos. Sería mejor no hablar.

Sin embargo, los sentimientos no eran tan fáciles de silenciar y menos cuando estaban escritos en las miradas. La de Henry, intensa y seductora, no se apartaba de su rostro; la suya, sometida, se abrazaba a la de él. Comprendió que había subestimado el poder del deseo; un sentimiento que podía ir de la mano del amor y eternizarse, o bien aliarse con la pasión y consumirse en sus propias llamas. Había llegado el momento de descubrir qué tipo de deseo era el que leía en los ojos de Henry, y lo descubriría antes de lo que imaginaba.



Capítulo 18

Le costó Dios y ayuda esperar a que el reloj marcara una hora pasada la medianoche, pero, tal y como estaban las cosas, no podía arriesgarse a ser descubierto de nuevo con Elinor en una situación comprometida; y no por él, sino por ella. Ya sería la tercera vez y, si bien él acudiría feliz al altar, no sería así para su pequeño y testarudo ángel.

Mientras esperaba, no dejó de pensar en la fiera de la que le habló Simon. La que controla sus instintos hasta el momento de atacar, la que, precisamente por reprimirse, luego es la más salvaje.

Miró el reloj y, al considerar que ya era el momento, se puso la bata sobre los pantalones y, descalzo, abandonó la habitación para dirigirse a la de ella. Los años de contención pesaron en ese justo momento. Respiró hondo, abrió la puerta y entró en la habitación de Elinor. La descubrió leyendo en la cama a la luz de la lámpara de gas.

Su melena suelta caía por un hombro y contrastaba con el níveo camisón blanco que él ya se moría por quitarle. Ella no lo descubrió hasta que no lo tuvo a los pies de la cama. Su sobresalto duró solo lo que tardó en reconocerlo.

—*Hendy*, ¿qué haces aquí?

La vio contenerse para no gritar mientras apartaba las mantas, se levantaba e iba hacia él con intención de seguir con la reprimenda. La conocía lo suficiente como para saber que no estaba escandalizada. Elinor bullía de curiosidad y él pensaba aprovecharse de esa temeridad que, en ella, siempre ganaba la batalla a la sensatez.

De un paso, eliminó la distancia que había entre ellos, pero sin tocarla aún.

—Vengo a darte lo que quieres —pronunció sin prisa—. Lo único que deseas de mí: placer clandestino, caricias prohibidas, besos silenciosos y éxtasis culpable. —Observó cómo a ella se le dilataban las pupilas y cómo separaba los labios para dejar salir un pequeño jadeo. Luego se mordió el labio inferior y quien soltó un gemido fue él—. Te dije durante nuestro baile que no hicieras eso.

Acusó en su propia piel el temblor que asoló la de ella y no resistió más. Con un brazo la acercó a su cuerpo, con la mano libre la sujetó por la nuca e inclinó el cuello para llegar a sus labios y apoderarse de ellos. Se enardeció al sentir las manos decididas de Elinor introducirse bajo su bata para acariciarle el pecho y eso lo llevó a forzar su boca y meterle la lengua.

Ella no se quedó atrás en cuanto a voracidad. Le devolvió la húmeda caricia y sus bocas se acoplaron para moverse con una cadencia enloquecedora. Sin dejar de besarla, la empujó hacia la cómoda de la pared y la alzó para sentarla. Se moría por poseerla con fuerza, pero también por saborear su piel con calma.

Desató el lazo que cerraba el escote del camisón y lo abrió lo suficiente para introducir la mano y agrandarlo. Sus hombros morenos quedaron a la vista y él se precipitó a besar su cuello y

a amasar sus pechos. Los jadeos de ella cuando pasaba los pulgares por sus pezones calentaban su oreja y le endurecían el miembro hasta el dolor.

Elinor tiraba de su pelo, pero no para apartarlo. Lo apretaba contra su pecho, le ofrecía sus senos y adelantaba la cadera en busca de alivio. Su ángel lo necesitaba tanto como él a ella.

Regresó a su boca para succionarle los labios y lamérselos con ansia, no quería precipitarse; sin embargo, las manos de Elinor lo condujeron al desespero. Una bajó a su trasero para apretarlo y la otra se deslizó por su vientre en busca de su sexo duro y dispuesto. Lo iba a matar de deseo. Se separó apenas un segundo para mirarla a los ojos mientras se desabrochaba los pantalones y liberaba su verga completamente dura. Movió las caderas para abrir más las piernas de Elinor y avanzó. Le rodeó la cintura con un brazo y pudo penetrarla hasta el fondo.

Gimieron a la par. Sus miradas se exigieron desenfreno antes de que su ángel se arqueara hacia atrás en una muestra de entrega total. La confianza de Elinor lo liberó y la fiera adormecida por fin despertó. Un brazo sostuvo el cuerpo femenino por la espalda, con la mano aferrada a su delicado hombro, el otro mantuvo abierta la pierna de Elinor y arremetió en ella con fuerza.

Sus gemidos de gusto y su rostro de gesto lujurioso le trajeron a la mente las imágenes del *Tratado del placer*. Sin dejar de entrar y salir de ella, dobló la pierna de Elinor hasta tener su delicado pie apoyado en su propio pecho.

El cambio de postura los volvió locos a ambos. Ella gritó de forma ahogada y se incorporó lo que pudo para mirarlo, luego fijó la vista en el punto en el que se unían y se separaban sin descanso. La visión provocó que se mordiera el labio, que volviera a arquearse y que su cuerpo comenzara a agitarse sin control. Henry llevó la mano al vértice de sus piernas abiertas y allí le prodigó caricias que multiplicaron su placer. Notó los espasmos de ella en su miembro y, tras dos empujes más, se dejó ir con un rugido animal.

Cuando recuperó el aliento, la abrazó con cariño y, con cuidado, deshizo la postura que habían mantenido. Sabía que ella no se sostendría de pie, por lo que la cargó en sus brazos y la llevó hasta la cama. Al dejarla y sentarse en la orilla, ella le negó la mirada girando la cara en la almohada. No podía ser vergüenza. No por parte de la mujer que siempre le exigía más. Acunó su barbilla y la obligó a mirarlo.

Estaba conteniéndose para no meterse en la cama con ella y abrazarla, pues no era ese su plan. Le pareció adivinar un gesto de desconcierto en su hermosa cara y aprovechó para tentarla.

—He… descubierto que hay ocho maneras básicas de hacer el amor y ocho posiciones principales, eso son sesenta y cuatro maneras diferentes de disfrutar de la pasión, Elinor. Me deseas, te deseo y podríamos disfrutar de… esto, todas las noches del resto de nuestras vidas.

Elinor todavía percibía el placer serpentearle por el cuerpo. Ese placer, sumado a la presencia abrumadora de Henry tan cerca de ella y a su tentadora propuesta, la hacía sentir como cuando comía demasiados madroños. Para ganar tiempo, levantó la mano y tocó el ángel de plata que descansaba en el pecho de Henry. ¿Se lo quitaría cuando…?

Cerró los ojos con fuerza, respiró hondo y los volvió a abrir, ya más serena.

—¿A qué precio?

Henry frunció el ceño. Sin duda, él estaría malinterpretando su pregunta. Creería que para ella el precio a pagar por casarse con él sería renunciar a su independencia, cuando en realidad el pago terrible sería amar a su marido sabiendo que él amaba a otra. A estas alturas, mejor que pensara eso. Mejor para su orgullo.

—Yo estoy dispuesto a pagarlo —respondió él, al tiempo que levantaba la mano con la intención de acariciarle la cara.

Elinor negó con levedad para evitarlo. Recordó entonces lo normalizado que estaba que los

hombres casados mantuvieran amantes y un agujero le horadó el pecho. Era el momento de saber.

—Quiero saber algo, Hen-Henry. —Él asintió con seriedad—. Cuando regresaste, creí que era para siempre, pero… lo hiciste con poco equipaje y no ha llegado nada más de París. ¿Regresaste solo para la boda y con la intención de volver a Francia?

—Sí.

—¿Piensas irte después de la boda?

Henry ni siquiera escondió su mirada.

—Sí. ¿No quieres saber para qué? ¿No quieres saber qué ha cambiado?

Elinor se removió en la cama. El hielo que comenzaba a recorrerle el cuerpo dolía, quemaba, necesitaba alejarse de Henry. De nuevo lo vio levantar una mano y respondió de forma apresurada.

—No, Henry. No me interesa. Por favor, hasta que te vayas, no vuelvas a acercarte a mí.

Al sostenerle la mirada, fue testigo de cómo se oscurecía el azul cielo de sus iris. También de cómo se le endurecía el mentón y de cómo las manos que apoyaba en el colchón se volvían puños apretados. Escuchó a su propio corazón gritar «basta», pedir clemencia, y ella, atendiendo a sus ruegos, giró la cara y cerró los ojos. Notó moverse la cama cuando él se levantó. No oyó sus pasos, pero sí el leve clic de la puerta al cerrarse.



La llegada del resto de invitados a la boda al día siguiente sirvió a Elinor para mantenerse entretenida. Se mostró encantadora con los caballeros, rio con las damas y asistió, solícita, a Emi en todo momento. No podía parar de sonreír; así de profunda se había esculpido la sonrisa aquella mañana.

Por la tarde, tomó el té con todas las invitadas, participó en varios juegos con los más jóvenes e, incluso, dirigió a Marge, Daisy, Alan y Matt en algunas escenas de su última obra, con lo que se ganó los aplausos entusiastas del resto de invitados.

Y mientras participaba en todas y cada una de esas actividades, no dejaba de notar la caricia de los ojos de Henry sobre ella. Si bien él había acatado su orden de mantenerse alejado, eso no suponía que ella dejara de ser consciente de él. Sabía en todo momento dónde estaba y con quién hablaba.

Tras la cena, en el momento de abandonar el comedor en el que los hombres permanecerían bebiendo oporto, adujo cansancio y subió a su habitación. En ella, se preparó para meterse en la cama con el libro que había dejado a medias la noche anterior, cuya lectura había interrumpido Henry y… su apasionada ofensiva.

En el instante en el que apoyó la espalda en el cabezal, luchó por apartar de su mente el recuerdo del cuerpo desnudo de Henry entrando en el suyo, dándole un placer indescriptible.

Cuando lograba arrinconar esas imágenes, llegaban otras desgarradoras. Su mente prolífica conjuraba a Henry con una mujer sin rostro. La resguardaba del frío, le llevaba chocolate y pastel y… le hacía el amor de sesenta y cuatro maneras diferentes.

Temía y ansiaba de igual manera el momento de su partida. No sabía si le reportaría una paz serena o una añoranza desoladora. Se tumbó, se puso de lado para controlar la puerta y, con el corazón encogido, se quedó dormida.



Henry rastreó el salón en busca de Elinor. No estaba. Se lo confirmó su hermana en cuanto se acercó a él. Enseguida quiso evitar que le preguntara por ella, como venía haciendo desde que había regresado, y por eso habló primero.

—¿Con ganas de que ya sean las once de mañana?

Su gemela lo miró con el rostro radiante de felicidad. Luego dirigió la vista a Simon, que recibía de forma paciente los consejos de la abuela Josephine.

—¿La verdad? Sí. No veo el momento de convertirme en su esposa. Llevo tanto tiempo admirándolo y amándolo… Lo único que nos faltaba era dar este paso. —Emi se acercó más a él y bajó la voz—. Más que nada porque es el que nos autoriza a vivir bajo el mismo techo.

—Emi, detente ahí. Hay cosas que un hermano no quiere ni imaginar —la reprendió.

—Sí, lo sé. A Simon le ha supuesto un verdadero esfuerzo no interrogarte por tus intenciones para con su hermana pequeña. Es tan consciente como yo de lo que ocurre entre Elinor y tú.

—No lo creo o ya me habría matado —musitó resignado a que surgiera el tema que deseaba evitar.

—¿Henry? —le reclamó su hermana tirando de su brazo.

—Tranquila, una vez que vuelva de París, nada impedirá que Elinor y yo estemos juntos.

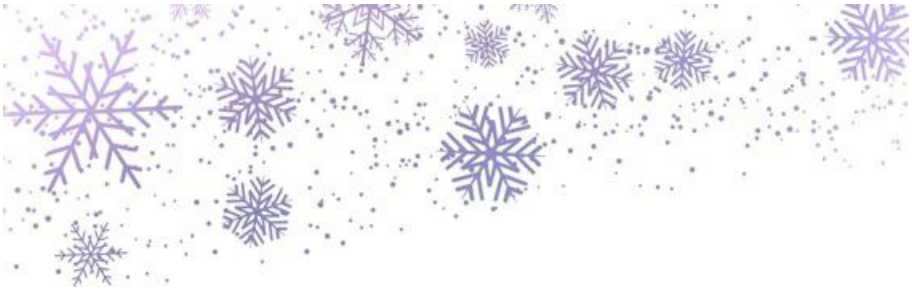
—No sabes la alegría que me das —manifestó Emi al tiempo que se ponía de puntillas y le besaba la mejilla.

Consideró oportuno refrendar su intención de casarse con Elinor tanto a sus padres, como a los de ella, así como informarles a estos últimos de que partiría a París al día siguiente de la boda para dejar solucionados unos temas pendientes y poder regresar, esta vez para siempre. A su vuelta, les dijo, no cejaría hasta convencer a Elinor de que se casara con él con el más poderoso de los argumentos. Sin desvelar nada más, se separó de ellos.

Cerca de las once, dio las buenas noches y se retiró a sus aposentos. En lo alto de la escalera dudó, mirando hacia la puerta de Elinor, pero, al momento, se aconsejó ser paciente. Siempre lo fue en todo lo concerniente a ella, pero era más sencillo cuando ignoraba lo que era estar dentro de su cuerpo. Haberla besado, haber recorrido su piel con las manos y haber probado el sabor de sus senos convertía en un suplicio la espera. Y eso que era un experto en saber esperar; en observar y aguardar el momento adecuado. La investigación había acrecentado su experiencia,

pero no lo había preparado para resistir el fuego de Elinor.

Con un hondo suspiro, caminó hacia su propia habitación. Mientras se desnudaba, se preguntó cómo era posible que batallaran a la vez dentro de él las ganas de irse para solucionarlo todo con las de quedarse y permanecer cerca de Elinor. Solo con los pantalones puestos se acercó al espejo del tocador. Sus ojos repararon en el ángel de plata y lo rodeó con la mano. De repente, un mal presentimiento lo recorrió y se preguntó si esa corazonada explicaba su reticencia a alejarse de nuevo de su amada.



Capítulo 19

Elinor se acercó a la ventana nada más levantarse y una sincera felicidad la recorrió al ver el cielo azul y sin rastro de nubes. Emi y Simon merecían que el día brillara tanto como su amor. Para no empañar su dicha, también era importante que ella guardara en lo más profundo de su alma sus sueños rotos y su corazón desahuciado. Se propuso ser la dama de honor más entusiasta de Inglaterra.

Así pues, comenzó por sonreír a la doncella que entró en sus aposentos con la bandeja del desayuno. Ese día, las damas no acudirían al comedor y tomarían su primera colación a solas, pues serían atendidas en sus habitaciones a fin de bajar más tarde, ya peinadas y vestidas, para abordar los carruajes con destino a la iglesia de San Nicolás.

Se sentó frente al tocador, tomó la taza y bebió un sorbo. Fue al dejarla de nuevo en la bandeja cuando descubrió un sobre dirigido a ella. Un escalofrío la recorrió, pues la última carta que había recibido no contenía buenas noticias. Lo tomó con aprensión, leyó el remite y frunció el ceño.

—Oh, *milady*, con la emoción de la boda no le he comunicado la llegada de esa misiva para usted. Me la entregó Thomas cuando supo que venía a traerle el desayuno.

—No te preocupes, Lety.

Odió el temblor de su mano al coger el abrecartas. Respiró hondo, abrió el sobre y sacó dos hojas dobladas. En la primera, procedente de su editorial, se le informaba de la rescisión del contrato para publicar el libreto de la obra que estaba por terminar. Aducían que el argumento infringía las normas morales recientemente adoptadas por la junta de la editorial. En la segunda, firmada por el director del teatro Drury Lane, le comunicaban que habían sido informados por parte de la editorial de la cancelación y que, sin libreto, no podía haber representación. Por lo que retiraban su obra del calendario de representaciones de la nueva temporada.

No publicarían su obra, nadie la representaría. Elinor buscó su mirada en el espejo y observó cómo desaparecía todo brillo de ella. Apretó los dientes con rabia y cerró los ojos con fuerza para impedir que vertieran ni una sola lágrima.

—¡*Milady*, se ha cortado!

¿Cómo?, se preguntó desorientada mientras Lety revoloteaba a su alrededor. Cuando la doncella le cogió la mano izquierda y apretó un paño húmedo en la palma, se dio cuenta de que había estado apretando el abrecartas mientras leía las misivas.

—No te preocupes, Lety. Es un corte pequeño.

La doncella retiró el paño, puso un gesto descompuesto y volvió a cubrir su herida.

—*Milady*, de pequeño no tiene nada. Será mejor que avise a Su Excelencia para que la cure.

—No es nada, Lety. No avisarás a mi tía. Estará muy ocupada atendiendo a la novia.

—Pues entonces voy a buscar a lord Suffolk, él también es médico y…

—¡Lety! Te prohíbo terminantemente que avises a nadie y que se monte un escándalo por nada. Yo misma me vendaré la herida. Con los guantes ni siquiera se verá.

Elinor mantuvo la mirada de Lety a la espera del acatamiento de su orden. Cuando llegó, asintió satisfecha y le pidió que continuara ayudándola.

Dos horas después, bajaba las escaleras para encontrarse con su familia. El grueso de los invitados ya habían partido hacia el pueblo, de manera que en el vestíbulo solo se encontraban sus padres acompañando a un elegante Simon. Cuando llegó a ellos, vio de soslayo que alguien salía de la biblioteca, alguien a quien debía evitar mirar siquiera. De manera irracional, se había convertido en el destinatario de su rabia. Lo culpaba por todo: por las miradas censuradoras, por su despido de Horsham, por su fracaso como escritora, por su corazón roto, por amar a otra y por abandonarla cuando la semilla de su amor por él apenas había comenzado a brotar… Sí, era ilógico e injusto, pero le servía para contener dentro de sí la tormenta de desilusiones que la llevaba bamboleando a un lado y a otro desde que ambos habían regresado a Brighton.

—Estás preciosa, hija.

La voz de su padre acarició su corazón. Levantó la vista y le sonrió. Él era el verdadero hombre de su vida, su auténtico héroe. El único que daría su vida por ella sin pensárselo. No se limitó a darle las gracias, para asombro de las otras tres personas, se acercó a él y lo abrazó.

—Oye, hermanita, que el novio soy yo. Agradecería un abrazo igual para calmarme los nervios.

Elinor miró a Simon, le dedicó idéntica sonrisa y también se echó en sus brazos.

—Te quiero, Simon. Emi no puede ser más afortunada.

—Por el amor de Dios. Yo no quería ponerme a llorar tan temprano. Esperaba aguantar al menos hasta que los novios se dedicaran sus votos —sollozó su madre.

Elinor se dio la vuelta y rodeó divertida los hombros de su madre. Isabella Beacon, condesa de Beaconshirse y duquesa de Silverstone, apenas lloraba nunca. Era la mujer más fuerte y valiente que conocía. Digna de admiración, era el espejo en el que ella se miraba, aunque de forma infructuosa. Elinor asumía que jamás poseería su sabiduría, su coraje y su capacidad de amar sin condiciones a los suyos.

Henry observó la escena manteniéndose alejado y, a la vez, preocupado. Si bien podía parecer normal tanta efusividad en un día como ese, conocía a Elinor lo suficiente como para advertir que algo ocurría con ella. Hubiera querido preguntárselo con la mirada, como hacían de niños, pero ella actuó como si él no existiera.

Al poco, vio salir a los cuatro por la puerta e inmediatamente escuchó alborozo en las escaleras. Sus padres, seguidos por Mary y Mike, flanqueaban a su preciosa hermana vestida de novia. Emi resplandecía con aquel vestido azul celeste que sin duda era un homenaje a sus padres. Sonrió a su gemela y le ofreció el brazo con orgullo para escoltarla al carruaje.

Al llegar a la iglesia, Mary y Mike prácticamente saltaron del vehículo. Él ayudó a salir a su madre y observó cómo su padre hacía lo mismo con Emi. Lo veía serio, hasta que su hermana posó su mano en la de él y le dio un buen apretón. En ese momento, el poderoso duque de Wyndham miró a su hija, carraspeó y se dejó llevar por la emoción: se inclinó y besó su frente. A su lado, su madre ocultó un sollozo tras su mano y él mismo se aclaró la garganta. Hacía años que no vivía un momento tan íntimo con sus padres y hermanos. Fue consciente de lo afortunado que era y eso le dio fuerzas para enfrentar los días que estaban por venir.

Ya dentro del templo, acompañó a su madre al primer banco de la izquierda y aguardó a su lado la entrada de la novia. Echó un vistazo rápido a Simon, que aguardaba en el altar con la mirada fija en la puerta, las manos sujetas a la espalda y la figura muy recta. Tan solo un detalle

le restaba compostura: el leve repiqueteo de su pie en el suelo.

Al detectar esa familiar señal de nerviosismo, buscó a la mujer vestida de rosa situada al otro lado de la bancada. Le costaba distinguirla, de pie, más allá de su padre y de su madre y pendiente de la entrada de la iglesia.

Elinor le robaba el aliento. Llevaba el pelo recogido, engarzado en decenas de flores, y el tono rosa del vestido acentuaba lo atezado de su piel. Esa piel que él se moría por volver a besar. Tuvo que coger aire cuando ella giró el rostro y atrapó su mirada. Elinor podía resistirse a ser su mujer, pero no podía eludir la conexión que sentían aun mediando entre ellos la distancia.

El vínculo se rompió cuando su padre y su hermana pasaron entre ellos hacia el altar. A continuación, prestó atención al sermón que, como no podía ser de otro modo, versó sobre el amor y las obligaciones entre los esposos. Sabía que era lo normal, pero tanta alusión a deberes, compromisos y sacrificios terminó por agobiarlo.

Pretendía casarse con una mujer que llevaba toda la vida renegando del matrimonio, precisamente por lo que de pérdida de libertad comportaba para las mujeres. El reverendo le hacía un nulo favor. Oteó con discreción el rostro tenso de Elinor, disimuló paseando la vista por los invitados sentados en el lado del novio y se dio cuenta de que no era el único que la contemplaba con cara de adoración. ¿Quién diablos había invitado a Hugh y a su madre a la boda?

Casi dos horas más tarde, durante el desayuno nupcial, la preocupación de Henry no menguó. Experimentaba el malestar de Elinor como propio y cada vez lo sentía más intenso. Algo le ocurría y ese algo se había acrecentado con las malditas miradas soportadas a la salida de la iglesia. Su pequeño ángel debía dejar de luchar; debía rendirse, por su bien, antes de que su espíritu se viera quebrado por la opresión social. Era crucial convencerla de que un matrimonio con él no le restaría un ápice de libertad, al contrario, le daría alas para volar hasta donde ella quisiera.

El padre de Elinor apareció a su lado en ese momento, se percató de hacia quién dirigía él la vista y le puso una mano en el hombro en señal de solidaridad.

—Henry, te aseguro que soy inocente. Puedes culpar de su terquedad a su madre. Ya sabes que ella tampoco me lo puso fácil. —Michael lo hizo sonreír con el comentario—. No es que dude de ti, pero ¿cómo piensas convencerla a tu vuelta? ¿Tienes algún método?

—Sesenta y cuatro. —Enrojeció en cuanto se dio cuenta de lo que había dicho y, precisamente, al padre de Elinor.

—Caramba, Henry, sí que sois metódicos los científicos…

Enfrentó a su tío, le sonrió y volvió a dirigir su mirada hacia la destinataria de todos sus anhelos.

—Y pacientes…, muy pacientes.

Más tarde, esa paciencia de la que había presumido fue puesta a prueba. Sonreía mientras contemplaba de nuevo a Elinor. Y sonreía porque, por primera vez en todo el día, le había parecido que sus ojos brillaban de nuevo. «¿Quién mejor que la abuela Josephine y las tías Dana y Demi para animarla?», se dijo. Estaba por ceder a la tentación y acercarse a ellas cuando Hugh se le adelantó.

Su rival saludó a las tres damas con una inclinación y enseguida recabó la atención de Elinor, a la vez que cabeceaba hacia la puerta del salón. ¿Qué diablos pretendía? Ella asintió, lo siguió y a él se le hundió algo dentro del pecho. Al contrario que cuando era un niño, esta vez no iba a apartarse; esta vez, al igual que la fiera que ahora sabía que llevaba dentro, vigilaría cualquier amenaza.

Salió con discreción del salón y siguió a la pareja hasta la biblioteca, que hoy lucía decorada y que mantenía las puertas abiertas para procurar descanso a quien lo requiriese. Se apostó cerca de la entrada y no sintió ninguna vergüenza por pretender escuchar a hurtadillas.

—¿Qué es eso tan importante que deseabas decirme? —preguntó Elinor con voz cansada.

Le dolía el cuerpo, el alma y, por si fuera poco, le palpitaba el corte de la mano. No veía la hora de que los novios partieran hacia su nuevo hogar para poder retirarse ella también. Soportaría con una mezcla de pena y de alegría la despedida de Simon y de Emi, pero había otra despedida que no pensaba presenciar. Ya lo hizo seis años atrás sin ser consciente de lo que supondría para su vida. Esta vez no lo abrazaría desesperada ni permanecería de pie entre sus padres mientras lo veía acceder al carruaje que lo alejaría de ella. Subiría a su habitación y, al día siguiente, no saldría hasta no estar segura de que Henry se había marchado a París.

El carraspeo de Hugh la devolvió al momento presente.

—Elinor, quiero anunciarte mi intención de hablar con tu padre para que me autorice a cortejarte formalmente.

—¿Cor-cortejarme?

—Con el fin de pedir tu mano en matrimonio —le aclaró él haciendo una venia.

Elinor escuchó golpes en el suelo; era su propio pie.

—¿Por qué, si sabes desde hace años que no quiero casarme?

Hugh desvió la mirada con incomodidad durante unos segundos.

—Porque siempre te he admirado y porque, por supuesto, no doy crédito a los rumores que corren sobre ti. ¿Quién diablos se cree que puedas estar interesada en alguien como Henry? —Hugh bufó y a Elinor le pareció escuchar el eco de ese bufido fuera de la biblioteca—. Para mí, sigues siendo una buena candidata a ser mi esposa.

Elinor comprendió todo de golpe. Hugh, a pesar de decir que no creía los rumores, sí lo hacía y había decidido matar dos pájaros de un tiro. Quedar como el héroe que la salva de las calumnias y emparentar con su rica familia. Casi le hizo gracia el asunto.

En otro momento, se hubiera lanzado a rebatirle, a protestar y a ponerlo en su lugar, pero estaba agotada. Se dio cuenta en ese momento de que estaba tan agotada que no tenía ganas de rebatir, ni de protestar ni de ponerlo en su lugar.

—Mi respuesta es no, Hugh. No me casaré, ni contigo ni con nadie.

Hugh la observó en silencio y en su mirada ella creyó ver un brillo calculador.

—Esperaré a que cambies de opinión. No he prosperado en los negocios precipitándome, sino sabiendo esperar el momento adecuado. Buenas tardes.

Al verlo salir de la biblioteca, soltó un hondo suspiro. Debía volver a la celebración, era la dama de honor, pero el mullido sofá pareció llamarla y pensó que no pasaría nada por descansar unos minutos. No había dado dos pasos cuando apareció quien menos esperaba.

Henry caminó hacia ella con un rostro que pocas veces le había visto: ojos llameantes, labios apretados y respiración agitada.

—¿Por qué diablos no le has dicho que ya estás prometida? —le siseó nada más detenerse a un paso de ella, acechándola con su presencia y su aroma.

—¿En serio? ¿Con quién? —lo provocó a pesar de su fatiga.

—¡Conmigo! —respondió él al tiempo que rodeaba su cintura y la apretaba contra su recio cuerpo.

Elinor, rebelde, echó la cabeza hacia atrás.

—No lo estoy, Henry. Y créeme que no es un buen día para que me recuerdes tu sentido del deber —respiró hondo para coger fuerzas— o lo que se espera de mí como duquesa, como

profesora, como escritora y como mujer. No lo es, Henry. Suéltame —le pidió derrotada.

Henry ignoró su ruego. Su rostro mutó de airado a preocupado y subió una mano para acunarle la cara.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó sondeando sus ojos—. Sé que has intentado disimular ante todo el mundo, pero a mí no puedes engañarme, pequeño ángel.

—Me… Me acorralan cada vez con más fuerza —musitó.

Elinor subió la mano, sin tener claro si era para apartar la de Henry o para cubrírsela, y entonces vio oscurecerse sus ojos.

—¡Elinor, tu mano está sangrando!

Henry la obligó de inmediato a sentarse en el sofá y se retiró en dirección a un armario. Ella observó entonces la mancha rojiza que coloreaba su guante. Con cuidado, se lo quitó y descubrió que su vendaje se había empapado de sangre. Al momento, Henry volvió a estar sentado a su lado.

—¿Cómo te has hecho esto? —le preguntó mientras retiraba con sumo cuidado la venda para observar el corte.

—El… Un descuido con el abrecartas.

—Cariño, esto no es un roce, es un corte profundo. Tengo que cosértelo.

—No, no. Debo volver al salón.

—Mírate, Elinor. Estás herida y —Henry acarició la piel bajo sus ojos— agotada. Recuéstate y cierra los ojos.

Era lo que más deseaba hacer y, a ser posible, con él a su lado abrazándola. Obedeció y dejó que Henry la cuidara y se ocupara de su mano. Siseó al notar las suturas, pero algo debía de estar haciendo él para que no le doliera demasiado. Al final, notó la presión de un nuevo vendaje. También un largo beso en el dorso. No quería abrir los ojos, pero se exigió un último esfuerzo.

—Debo…

—No puedes volver a la fiesta —le ordenó él. Henry acompañó la orden de una caricia en su cara que resbaló hasta la comisura de su boca y le arrancó un jadeo.

—No hagas eso, *Hen… Hendy*. No me lo pongas más difícil. Hoy, no.

—Solo quiero pedirte que confíes en mí, cariño. Solo eso. Iré y volveré de París lo más rápido que pueda. Estaré aquí para Navidad y entonces te lo contaré todo.

—¿Todo? —temió ella.

—Todo. Pero voy a adelantarte lo más importante.

—¿Qué?

Henry acercó el rostro y de nuevo le acunó la cara entre sus cálidas manos.

—Que te quiero. Que te he amado siempre. Que mi amor por ti nació inocente, de niño, y que luego se transformó para amarte como hombre. —Elinor creyó que soñaba. Henry le tomó la mano sana y se la llevó al corazón. Ella percibió bajo la palma el relieve del ángel de plata—. Elinor, el amor es el único motivo por el que deseo hacerte mi esposa. Juro que mi amor no te hará sentir nunca atrapada. Te dará alas, te hará libre.

—Hen-Hen-Hen… —era incapaz de hablar.

—Caramba, te he dejado sin palabras, espero que eso sea buena señal. —Lo miró atónita. Henry le sonrió y se inclinó aún más. La besó y ella cerró los ojos para sentir con plenitud el roce de sus labios. No quería despertar de ese sueño, por lo que le devolvió con ganas el beso más dulce que se habían dado. Un beso de despedida. —Confía en mí y espérame. ¿Lo harás? —insistió él con la frente apoyada en la suya.

Elinor asintió y en ese momento ambos escucharon una voz de tono jocoso.

—Ya advertí del peligro de las bibliotecas.

Los dos miraron hacia la puerta para descubrir a la abuela Josephine cogida del brazo de Lety.

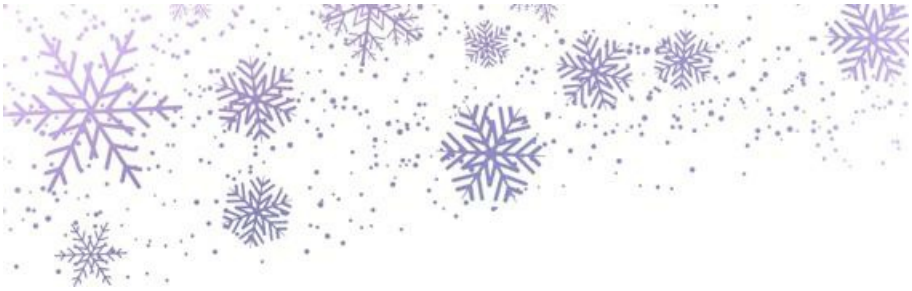
—Abuela… —comentó Henry levantándose.

—No me digas «abuela» con ese tono zalamero, jovencito. Tienes suerte de que esté cansada y me esté retirando ya a mi habitación o volvería al salón y haría un anuncio por todo lo alto.

—Te pido un poco de paciencia, abuela. Lety, ¿serías tan amable de acompañar a *lady* Elinor? También necesita retirarse ya. Yo la disculparé ante la familia.

Enseguida, Henry se volvió hacia ella y la ayudó a levantarse. De nuevo, acarició su cara, sin importarle tener testigos.

—Te quiero. Espera mi regreso —le susurró. Luego, besó su frente y la acompañó a la puerta. Durante todo el ascenso por las escaleras, no dejó de ser consciente de su mirada en la espalda. Lo que no vio fue cómo Henry, con rostro grave, se llevaba la mano al pecho para tocar el ángel de plata.



Capítulo 20

En cuanto vio a Elinor cruzar el pasillo que llevaba a su habitación, Henry regresó al salón. Allí, la disculpó ante Simon y Emi, que comenzaban a despedirse de sus invitados, y buscó a sus padres. No esperaría al día siguiente para partir, lo haría en ese mismo momento, y así se lo comunicó a ellos.

—¿Por qué no descansas y sales mañana al amanecer? —se preocupó su madre.

—Porque he hablado con Elinor y, por fin, le he confesado que… la amo. Ahora más que nunca confío en que aceptará casarse conmigo y no quiero perder más tiempo, además… —Iba a contar lo del mal presentimiento, pero rectificó para no asustar a sus padres—. Además, veo a Elinor muy preocupada. Creo que las habladurías la están afectando más de lo que ella quiere reconocer. Por favor, estad pendientes de ella en mi ausencia.

Su padre le estrechó el hombro y él sintió todo su apoyo con ese gesto.

—Por supuesto, hijo. ¿Para cuándo esperamos tu vuelta?

—No lo sé, padre. Espero regresar a tiempo de celebrar la Navidad con vosotros y con… Elinor. —Una sonrisa curvó sus labios al pronunciar su nombre.

—Ten mucho cuidado, Henry —le advirtió su madre.

—Lo haré. Por favor, compartid mi propósito con mis tíos.

Henry abrazó a sus padres, atrapó a sus hermanos pequeños de camino a la puerta, para despedirse y prometerles regalos a su vuelta, y subió a preparar un ligero petate.

Montó en Zale a media tarde y tomó el camino de la costa hacia Dover, donde llegó con el tiempo justo de abordar el último barco que zarpaba hacia Calais. En la ciudad francesa, se alojó en el hostal habitual a la espera de reemprender viaje hacia la capital nada más amanecer.

Elinor también despertó con la salida del sol. Se incorporó y, al ir a apartarse un mechón suelto de su cabello, sintió el pinchazo en la palma de la mano. Observó el perfecto vendaje y sonrió. Si guardaba alguna duda acerca de si lo ocurrido la tarde anterior en la biblioteca era sueño o realidad, ahí tenía la respuesta. Henry la había curado, como siempre, y le había declarado su amor de una manera tan apasionada que su cuerpo vibraba con solo recordar sus palabras. Y su beso.

Le costaba creerlo. ¿Cómo fueron capaces de no reconocer que su amistad se iba transformando poco a poco en amor? Ahora solo tenía ganas de releer sus cartas en busca de pistas de esa transformación. ¿Se lo habrían confesado sin querer el uno o el otro entre líneas?

De repente, comprendió que debía posponer su propósito de releer las cartas de Henry si quería despedirse de él antes de que partiera hacia París. Saltó de la cama, se cambió el camisón por el vestido más sencillo que poseía y se hizo un recogido fácil. Se lavó la cara con rapidez y salió corriendo de la habitación. Tuvo suerte de que, justo en ese momento, el eficiente Thomas se dirigiera al comedor del desayuno.

—Thomas, buenos días, ¿sabe si lord Suffolk se ha levantado ya? —barbotó llena de energía.

—Buenos días, *lady* Elinor. Lord Suffolk partió ayer hacia Dover, aunque me confió que esperaba estar de vuelta en una semana.

Elinor sonrió al anciano y lo precedió en la entrada al desierto comedor. Era demasiado temprano para que nadie bajara, más aún si se tenía en cuenta la celebración del día anterior. Se dejó caer en una silla, agradeció el té que Thomas le sirvió de forma discreta y suspiró hondamente. Sentía una profunda tristeza por no haber podido despedirse de Henry, pero quiso pensar que sus ganas por partir obedecían, así mismo, a su prisa por volver a ella.

Cuando Henry regresara, ella le compartiría lo que albergaba su corazón y, por supuesto, aceptaría su propuesta de matrimonio. De hecho, ahora que conocía sus sentimientos, nada impediría que se casara con él y que se pasara cada segundo del día imaginando a los dos compartiendo un hogar lleno de sueños. En cuanto llegara, también le hablaría de las cartas que había recibido de Horsham, de la editorial y del teatro. Seguro que entre los dos hallarían la manera de solventar esos problemas.

Al acabar su té y abandonar el comedor, se encontró de nuevo con Thomas en el vestíbulo. Parecía confundido con la dirección a tomar. Se preocupó y se acercó a él.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, sí, *milady*. Es que ha llegado el correo y no sé a quién entregar esta carta dirigida a lord Suffolk.

Un pálpito agitó el pecho de Elinor. De manera inconsciente alargó la mano. El bueno de Thomas sonrió y le entregó la carta con una inclinación de agradecimiento. Elinor buscó el refugio de la biblioteca, se sentó en el sofá, donde Henry le había declarado su amor y, por un instante, observó el sobre que yacía en su mano vendada. Cogió aire y leyó el remite. Era una carta de Sophie Dupont que de ninguna manera podía ser la respuesta a la segunda carta enviada por Henry, era la respuesta a la primera.

Elevó la mano hasta que la punta del meñique quedó atrapada en sus dientes, el pie derecho comenzó a zapatear el suelo y su respiración se precipitó en cuanto un pensamiento inapropiado cruzó su mente. No debía hacerlo, se dijo. Sin duda, el asunto de Sophie estaba incluido en ese *todo* del que Henry prometió hablarle. No podía hacerlo, se repitió. No era correcto.

No obstante, su curiosidad ganó la batalla a la prudencia. Ni siquiera se planteó abrir el sobre con cuidado para luego volver a sellarlo. Lo rasgó. Y al leer las primeras palabras en francés hubiera rasgado algo más.

Querido Henry,

Me atrevo a dirigirme a ti de esta manera, después de haber recibido tu carta en la que me confirmas que volverás y que cumplirás tu promesa de cuidarnos a Juliette y a mí. Ella no deja de preguntar por ti, te echa tanto de menos y yo… también. Espero no escandalizarte al confesarte mis sentimientos. Sé que Pierre nos dejó apenas hará dos meses, sin embargo, nuestra cercanía durante tanto tiempo cuidando de él ha inspirado en mí un profundo cariño por ti.

Me alegra saber que estás feliz de haberte reencontrado con tu familia y deseo de todo corazón que tu hermana y su prometido disfruten de una boda maravillosa y hallen la dicha en su matrimonio. No obstante, no me culpes si, por mi parte, cuento los días para tu regreso.

Con amor, Sophie.

Elinor estrujó la carta entre sus manos hasta ver cómo una tinta roja se expandía por el níveo papel. ¿Tinta roja?, se preguntó de forma estúpida. La cura de Henry no había podido contener

su sangre, igual que su supuesto amor no disipaba su rabia.

—¿Qué haces levantada tan temprano?

La voz de su madre se superpuso al pitido de sus oídos.

—¡Elinor, tu mano! —exclamó su tía.

Su madre se sentó a su lado de inmediato, mientras que su madrina se alejaba en busca del mismo botiquín usado por Henry el día anterior.

—¿Qué te ha pasado? ¿Qué es esto? —No impidió que su madre retirara la carta de sus manos, ya flojas. Supo que la estaba leyendo mientras su tía le retiraba el vendaje y le curaba el corte—. Está bien, *chey*, dime cómo te has herido, luego… luego averiguaremos quién rayos es Sophie.

Su tía Emily detuvo la mano en el aire y gimió. Elinor le buscó la mirada al momento.

—¿Ma-madrina? ¿Tú sabías que Henry estaba prometido con esa mujer?

—¿Prometido? —se extrañó su tía—. Henry no está prometido con Sophie. Elinor, escúchame, Sophie es la viuda de un amigo suyo y, si bien es cierto que Pierre le pidió que cuidara de su esposa e hija, Henry no prometió matrimonio a Sophie.

—Pues ella sí lo da por hecho, tía. —Elinor ensartó la mirada en la alfombra y habló para sí misma—. Si Henry no hubiera tenido la intención de desposarla, me habría hablado de ella. No la nombró jamás en su correspondencia y tampoco lo ha hecho en estas dos semanas. Dos semanas en las que trató de mantenerse alejado de mí hasta que yo… Si lees esa carta te darás cuenta de que Henry siempre pensó en volver a París y cumplir su promesa.

—Cariño, no niego que la posibilidad de casarse con ella se le pasara por la cabeza, ya sabes, por cumplir con su deber de amigo, por hacer lo correcto, lo que se esperaba de él. Lo conoces mejor que nadie y sabes lo importante que es su honor para él, pero al regresar a casa y reencontrarse contigo, Henry descubrió lo que su corazón supo desde niño: que te amaba.

—Si Emi y Simon no hubieran puesto fecha a su boda, Henry estaría casado con Sophie —sentenció con voz lúgubre.

—No estoy segura de eso, *chey* —intervino su madre—, pero sí estoy segura de que si Henry lo hubiera hecho, se habría arrepentido el resto de su vida, porque, tarde o temprano, al reencontrarse contigo, su corazón habría protestado.

—O no, madre. Quizá sí alberga sentimientos por esa mujer. Quizá, como escribe ella, se acercaron mientras cuidaban de su esposo. Al parecer, Henry también siente mucho cariño por la niña, por Juliette.

Su tía Emily se sentó entonces en el suelo, a sus pies, y sujetó sus muñecas hasta conseguir que sus ojos se encontraran.

—Elinor, ayer, antes de partir, Henry nos reiteró que te ama y que hará lo imposible por estar de vuelta para Navidad. Nos pidió que cuidáramos de ti por él. Está muy preocupado por ti. Cariño, Henry te ama con todo su corazón.

A Elinor todavía le dolían las palabras de la francesa y las intenciones que Henry había tenido estando en París. Quería creer a su madre y a su tía, deseaba confiar en Henry, en su amor y en que regresaría.

—Le prometí esperarlo —musitó—, pero si… si no regresa, su rechazo será uno más que se sumará a los otros que he venido recibiendo. Tendréis que enseñarme cómo luchasteis vosotras, cómo os armasteis para presentar batalla…

—Amor, ¿de qué hablas? —le preguntó su madre.

Elinor sintió que no había mejor momento que aquel para dejar salir todos sus miedos, la impotencia y la rabia que llevaba dentro.

—Me llegó una carta de Horsham. Al parecer, algunos padres escucharon comentarios sobre mí y la dirección me invitó a no regresar si no disipaba las dudas sobre mi conducta escandalosa. También recibí dos cartas más. Una de la editorial y otra del Drury, en el mismo sentido que la de Horsham.

Su madre se levantó y comenzó un paseo de ida y vuelta.

—Ahora mismo necesito quemar algo o lanzar maldiciones gitanas —bisbiseó justo antes de ponerse las manos en la cintura y mirarlas a ambas con gesto desesperado—. ¿Es que siempre debemos ser nosotras las condenadas? ¿Por atrevernos a soñar, a pensar, a actuar? ¿Han de juzgarnos constantemente?

—Por cada paso que damos hacia delante, nos empujan dos hacia atrás —sentenció su tía, sentándose de nuevo a su lado para pasarle el brazo tras los hombros.

—Está bien —habló de nuevo su madre con un tono duro que pocas veces le había escuchado —. ¿Quieren guerra? Tendrán guerra. El ducado de Silverstone retirará el mecenazgo al Drury. Total, desde que Samuel se fue, la nueva dirección deja mucho que desear. Y, por supuesto, nada de becar a Horsham…

—Mamá, las niñas no tienen la culpa —interrumpió a su indignada madre.

—Andrew visitará Horsham y responderá por Henry —aseveró su tía.

—No —negó—. No quiero que nadie hable en nombre de él, porque si no regresa…

—Lo hará —aseguró su tía.

De repente, se sintió agotada. El día apenas había comenzado y ella notaba el cuerpo dolorido y el corazón apaleado. Alargó la mano hacia su madre, que se aprestó a estrechársela para luego llevársela hasta su corazón.

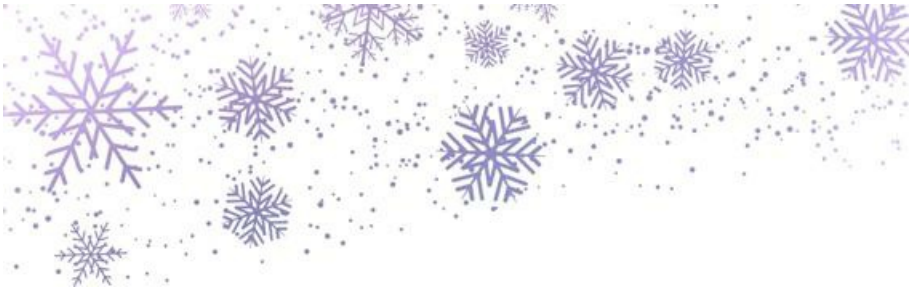
—Mamá, ¿volvíamos hoy a Beaconshire?

—Elinor —intervino su tía—, podéis quedaros más días en Wyndham. A Henry, el viaje de ida y vuelta a París no le llevará más de 4 días si no hay mal tiempo. Y allí… no le demorará más de tres procurar que nada le falte a Sophie y a su hija. No estará fuera más de una semana.

Elinor sonrió con levedad a su madrina y se levantó sin soltar la mano de su madre.

—Cuando Henry vuelva, ya sabe dónde encontrarme.

Tres semanas más tarde, Henry no había regresado. Tampoco había enviado ningún mensaje ni se tenían noticias suyas y ella cada vez se sentía peor. La mañana del ocho de enero, a la preocupación por el paradero de Henry se sumó la de constatar que era el tercer día seguido que se levantaba con náuseas antes de vomitar con violencia.



Capítulo 21

«Dios mío, ¿cuándo parará este malestar?», se preguntaba Elinor arrodillada en el suelo al lado de la bacinilla. Después de la última arcada, se incorporó y apoyó la espalda en el pie de la cama, se llevó la mano al vientre y trató de acompasar su respiración. Sabía lo que le ocurría. Aquellas nauseas junto con la falta de su sangrado mensual y el repentino asco por el té eran indicios claros de que estaba embarazada.

—Sé que estás ahí —susurró sin detener las caricias en su vientre—. Y saberlo me da una fuerza y una serenidad que solo tu… padre conseguía darme.

—Cariño, por fin luce el sol, creo que deberíamos salir a cabalgar… —Su madre entró sin llamar, calló al verla en el suelo y corrió para arrodillarse a su lado—. ¡Elinor, mi niña, ¿qué tienes?

—Nada malo, mamá. Solo son nauseas.

—¿Te sentó mal la cena de anoche?

Elinor elevó la comisura de su boca.

—No. Ya duran tres días y… no he tenido mi sangrado y…, de repente, odio el té.

La mirada de su madre se llenó de ternura. Le apartó el pelo de la frente con mano trémula y le acunó la mejilla.

—¡Dios mío! ¿Sospechas que estás embarazada?

—No lo sospecho, lo sé.

—Y ¿por qué estás tan tranquila cuando yo estoy temblando? —sollozó su madre entre sonrisas.

—Creo que es por él, o ella —respondió bajando la vista a su vientre.

—Está bien, está bien —farfulló su madre más para calmarse a sí misma que a ella—. Anda, levántate del suelo y acuéstate. Creo… creo que deberíamos avisar a Emily para que te revise y… ¡va a volverse loca de contenta! O…, dada la situación…

—Mamá, no la avises. Todavía no.

—Cariño —su madre se sentó en un lado de la cama—, Emily está muerta de preocupación por Henry, y estoy segura de que esta noticia la hará feliz. Además, el temor por Andrew…

—¿Qué le ocurre a mi tío?

—Planea viajar a París y, por cierto, tu padre participa en ese plan. Van a ir a buscar a Henry. —Su madre notó enseguida su aflicción—. ¿Por qué pones esa cara? ¿No quieres saber por qué se retrasa? ¿Por qué no ha mandado ninguna carta ni a ti ni a su hogar? ¿Salir de dudas?

—Tengo miedo, mamá. ¿Y si le ha ocurrido algo? ¿Y si… no quiere volver?

—Cariño, la incertidumbre es mil veces peor. Saber qué ha ocurrido nos permitirá actuar, tomar las decisiones correctas. —Su madre apoyó entonces la mano sobre su vientre—. Precisamente, en unos meses, tu situación… requerirá tomarlas.

Alguien llamó a la puerta solicitando permiso para entrar.

—Papá… —susurró.

—¿Quieres decírselo tú o…?

—No, no, mamá. Tú sabrás cómo darle la noticia y… aplacarlo en caso de ser necesario —pidió a su madre con una triste sonrisa.

—Está bien. Descansa y más tarde te traeré leche y galletas. A mí me sentaban bien.

Su madre se levantó, remetió la manta bajo el colchón y se inclinó a besarle la frente.

—¿Mamá?

—Dime, hija.

—Te quiero.

Vio humedecerse los ojos de su madre y cómo ella parpadeaba rápido para evitar echarse a llorar.

—Hablaré con tu padre y volveré enseguida. Yo… —se dio la vuelta para irse y justo antes de abrir la puerta se giró a mirarla— también te quiero.



Isabella salió de la habitación de su hija, se puso el índice en los labios para indicar a Michael que guardara silencio y lo cogió del brazo para arrastrarlo a sus habitaciones.

—¿Qué ocurre? —quiso saber enseguida su marido en cuanto estuvieron a solas.

Isabella decidió no dar rodeos.

—Vas a ser abuelo, *whitey*.

—¿Qué? ¿Simon y Emi…? —trató de adivinar.

—No. Elinor y Henry.

—¡Oh, Dios mío!

—Sí, eso he dicho yo también.

Isabella se abrazó a la cintura de Michael y apoyó la cara en su pecho.

—¿Ella está bien? —preguntó su marido, devolviéndole el abrazo.

—Está muy tranquila, Michael. Es extraño porque nunca la había visto tan… serena. Es como si hubiera madurado de golpe.

—¿Y qué…? ¿Qué vamos a hacer?

—Lo que sea necesario. Lo que ella desee —afirmó.

—Bien… —Isabella escuchó un bufido—. Así que… ¿abuelos?

—El abuelo más apuesto de todo el reino.

Isabella encontró su mirada. Luego, bajó los ojos a los labios de su marido, se puso de puntillas y lo besó.



Al día siguiente, Andrew y Michael se encontraban en la biblioteca de Wyndham ultimando los detalles de su viaje a Francia; sobre el escritorio, la dirección de Sophie Dupont, su primer destino.

Mientras analizaban posibilidades, Michael observaba a su amigo, le estaba resultando difícil ocultar la noticia del bebé; sin embargo, la voluntad de Elinor prevalecía.

—Su Excelencia —anunció Thomas desde la puerta—, ha llegado la correspondencia.

Andrew no esperó a que el anciano se acercara, en dos zancadas se detuvo ante él para coger las cartas y revisarlas con inquietud.

—¡Michael! ¡Carta de París! —exclamó, acercándose al escritorio ante el cual su amigo permanecía sentado. Él tomó asiento de nuevo, cogió el abrecartas y desdobló la hoja. Nada más leer el saludo, frunció el ceño y giró el sobre para cerciorarse de la identidad del remitente—. No puede ser. Esto no es verdad. ¡No es verdad!

—Andrew, ¿qué sucede? ¿Quién manda la carta?

El duque se recolocó los lentes con mano poco firme y respiró hondo.

—*Lady* Sophie Cavendish, la nueva marquesa de Suffolk.

Quiso seguir hablando, pero se vio incapaz. Alargó la misiva a Michael y esperó a que la leyera. Su amigo lo hizo en voz alta, obviando la palabrería y yendo a lo importante.

—«… nuestros sentimientos se reavivaron en cuanto nos reencontramos y no pudimos esperar a contraer nupcias… Desafortunadamente, Henry fue detenido a los pocos días, acusado de espionaje… prisión de Bicetre… muerto». Tienes razón, Andrew, no es verdad. —Las palabras de Michael aliviaron su corazón y reavivaron su sospecha. Su amigo continuó leyendo —: «… que, tal y como era el deseo de mi esposo, nos acojan en Wyndham a mi hija y a mí… Él partió de este mundo sin saber que sería padre…».

—Entonces, ¿tú tampoco la crees?

—Ni una palabra, pero sí doy crédito a que Henry está en peligro.

—Veo que tampoco crees que esté muerto.

—¿Qué dice tu corazón de padre, Andrew?

—Que está vivo, pero que nos necesita.

—¿Quién os necesita? ¿Henry? ¿Han llegado noticias suyas? —Su mujer entró a paso rápido en la biblioteca y llegó hasta el escritorio con rostro ansioso—. ¡Habla, por Dios!

—Mi amor, quiero que mantengas la calma, ¿de acuerdo? —Esperó hasta verla tomar asiento al lado de Michael y asentir—. Sophie… Dupont ha escrito, pero ni Michael ni yo damos crédito a lo que cuenta.

—¿Por qué? —inquirió su esposa.

—Según ella, se casó con Henry apenas él llegó a París. —Sonrió un segundo al ver bufar a su mujer—. Eso no es lo peor, Emily. Dice que, al poco, detuvieron a Henry por espía y eso, por

desgracia, no es descabellado. Sabes que hace un año vino a darnos noticias relacionadas con los insurgentes franceses.

—Por Dios, Andrew…, nuestro hijo…

—Emily, escúchame bien y no creas lo que sigue. Sophie afirma que Henry murió en la prisión y pide ser recibida aquí como su viuda y como… madre de un niño que nacerá en unos meses.

Su mujer se levantó como un resorte y él la imitó para rodearla con sus brazos.

—Andrew…

—Lo sé, mi amor, lo sé. No desesperes. Michael y yo partimos de inmediato hacia París. Prometo traer de vuelta a nuestro hijo.

Emily parpadeó, debían de picarle los ojos por las lágrimas no vertidas y se refugió aún más en su pecho.



A pesar del frío mediodía, Elinor paseaba por la terraza que rodeaba Beacon Manor. A diferencia de otras veces, su caminar era pausado, su respiración, acompasada, y su atención en lo que la rodeaba, plena. No dejaba de acariciarse el vientre haciendo círculos con las manos, cosquillas o simplemente a modo de protección.

Era tal la conexión que sentía con el bebé, que le contaba todo lo que se le pasaba por la cabeza, como si pudiera escucharla y entenderla. Era un pedacito de Henry, así que quizá por eso lo percibía así.

—¿Sabes que nunca me imaginé en esta situación? Supongo que cuando tu padre se fue a Eton y desaparecieron mis sueños por casarme, la posibilidad de ser madre también se borró de mi mente. —Elinor suspiró hondo—. Pero ahora estás aquí y prometo cuidarme mucho para que llegues bien. No sé si tu padre estará aquí en ese momento, pero me tendrás a mí, a tus abuelos, a tus tíos… Oh, mira, hablando de tus abuelos, por ahí llegan; los cuatro.

—Elinor, cariño, ¿qué haces aquí fuera con el frío que hace? Ven a la salita, tomaremos un té… No, té mejor que no. Tú, una taza de leche caliente…

—Sí, mamá —la complació. Luego observó los rostros de los demás. El corazón le dio un vuelco—. Hola, tío Andrew, hola, tía Emily. Deduzco que… hay noticias.

La madre de Henry le pasó el brazo por los hombros, la estrechó y la incitó a entrar en la casa. A ella no le pasó desapercibido las manchas bajo sus hermosos ojos o el rictus de preocupación que endurecía sus labios. Las noticias no eran buenas, se llevó la mano al vientre y respiró hondo.

Ya acomodados en la salita, Elinor interceptó un intercambio de miradas y un asentimiento último por parte de su padre. Al parecer, era el elegido para hablar con ella.

—Hija, te pido que escuches hasta el final todo lo que voy a contarte, por tu bien.

Sospechamos que las noticias recibidas no son ciertas. Ni Andrew ni yo las creemos y hoy mismo partiremos hacia París para descubrir la verdad.

—Está bien, papá. —El pie derecho de Elinor inició su usual golpeteo. Ella puso de inmediato la mano sobre su rodilla y lo paró, demostrando así que ya no era una niña con un tic inevitable, sino una mujer que sabía controlar sus impulsos.

—Ha llegado una carta de Sophie en la que informa que Henry se casó con ella en cuanto llegó a París, que luego él fue detenido por espía, encarcelado y que… murió estando preso. —Su jadeo se escuchó por toda la sala y agradeció la mano de su madre sobre las suyas. A pesar del dolor lacerante en su pecho, siguió mirando a su padre, tratando de mantener la compostura —. Pide ser recibida en Wyndham como su viuda y, al parecer, eso no tardaría demasiado en suceder.

—Pero, como te hemos dicho, no creemos nada de lo que dice —reafirmó el padre de Henry.

—Si… Si no es verdad…, ¿dónde está Henry? Yo… No… Si se casó, si es feliz con ella, yo… lo asumiría. Pero no su muerte. Henry no puede estar muerto.

—No lo está —afirmó Emily mientras buscaba solaz en el pecho de su marido—. Pero sospechamos que está en peligro y que nos necesita.

—¿Cuándo partimos? —preguntó a su padre.

—¿Partimos? No, Elinor, tú debes quedarte aquí con tu madre y con tu tía. En tu estado…

—¿Qué estado? —indagaron los duques de Wyndham.

—Elinor está embarazada. Vamos a ser abuelos —anunció su madre sin dar rodeos.

—¡Elinor, querida! —la madre de Henry se levantó del sofá adyacente para sentarse a su lado y abrazarla.

De soslayo, vio al duque pasarse una mano por el pelo y buscar la mirada de su padre. No era la primera vez que veía cómo se comunicaban sin palabras. Henry y ella debían de haber heredado esa cualidad de ellos. Henry…

—Papá —lo llamó, todavía rodeada por los amorosos brazos de su tía y de su madre—, quiero ir a buscar a Henry.

—Pero, hija, sospechamos que está preso en la cárcel de Bicetre. Una dama no puede entrar allí, así como así, y…

—Ejem —carraspeó su madre.

—Mamá hizo por ti exactamente eso —le recordó a su atribulado padre, que no tardó en acusar a su madre.

—Te dije que no debíamos contarle nuestra historia a la niña con tantos detalles.

—Papá, sois mis héroes —interrumpió la reprimenda de su padre—. Vosotros me habéis demostrado lo que significa el amor verdadero. Y sé que Henry lo ha aprendido también de vosotros —añadió mirando a sus tíos—. Debéis entender que… necesite ir a buscar al padre de mi hijo.

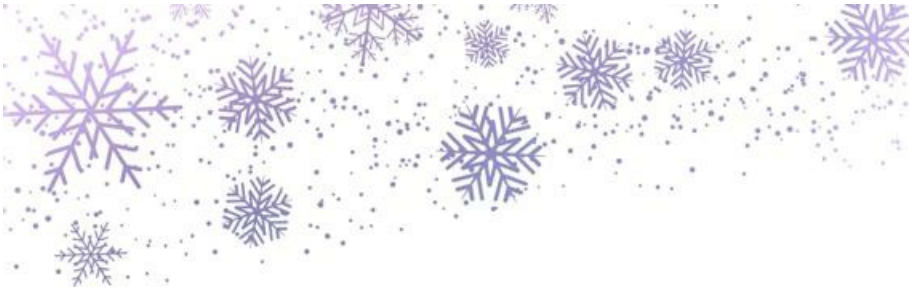


«Sigo vivo», pensó Henry al despertar. Si hubiera muerto durante la noche, no escucharía los gritos desgarradores de los demás presos, no le llegaría el intenso olor putrefacto que impregnaba toda la prisión y no le dolería el cuerpo al más mínimo movimiento. Trató de abrir los ojos para comprobar si entraba un atisbo de luz por la estrecha abertura de la parte alta del muro, así sabría si era de día o de noche. Sin embargo, no tuvo suerte. Sus ojos seguían hinchados por la última paliza recibida.

Era el desafortunado destinatario del odio acérrimo de su carcelero hacia los ingleses y eso comportaba una paliza al día. Y ya habían transcurrido los suficientes días como para que los golpes de aquel maníaco hubieran acabado con él.

Henry apretó los dientes para soportar el dolor que sabía que le produciría mover el brazo, y lo levantó poco a poco hasta su pecho. Allí, su mano aferró el colgante del ángel. No era tan dado a inventar fantasías como la mujer que amaba, pero, transcurridos tantos días sin hallar la muerte, concluyó que aferrarse al ángel de plata y al recuerdo de Elinor era lo que lo mantenía con vida. La esperanza de salir de ese lugar y volver a estrechar a su pequeño ángel lo motivaba a evadir su mente cuando llegaban los golpes. Y a resistir.

—E… Elinor…



Capítulo 22

La expedición, que en un principio contaría solamente con dos jinetes, sumó también un carruaje. Al día siguiente, partió desde Beacon Manor, integrada por los condes de Beaconshire, los duques de Wyndham y la marquesa de Carisbrooke, en dirección a Dover. A las riendas del carruaje, el leal Bak.

En el puerto, tras la compra de los billetes, los cinco miembros de la nobleza y su cochero embarcaron rumbo a Calais. Allí, las damas se negaron a descansar y apremiaron a los caballeros a alquilar un buen vehículo, capaz de recorrer las 300 millas de viaje hasta París lo más rápido posible.

Cerca de las ocho de la tarde, el carruaje y los dos jinetes agotados se detenían en la acera de enfrente del número 25 de la *rue de la Paix*. Elinor ya se arremangaba la falda para salir del carruaje cuando su madre la detuvo.

—Espera, mira.

Elinor oteó a través de la ventanilla hacia la fachada de la casa. Un hombre rubio, vestido al estilo burgués, descendía los tres peldaños y se acomodaba el pañuelo mientras la puerta se cerraba tras él. Lo siguió con la vista hasta que giró en la esquina siguiente.

La repentina aparición del duque ante la puerta del carruaje la sobresaltó. Resopló, descendió con su ayuda y esperó a que lo hicieran su madre y su tía. Ardía en deseos de cruzar la calle, aporrear la puerta y exigir ver a Henry. Su madre leyó sus intenciones y, de nuevo, la retuvo por el brazo.

—Querida, será mejor que acordemos primero cómo abordar la situación. Dejarnos llevar por nuestros sentimientos quizá sea contraproducente.

Al escuchar palabras tan sensatas, su padre hizo virar los ojos con incredulidad.

—Hablaré yo. Como padre de Henry, soy quien le debe pedir explicaciones a esa mujer —estableció el duque.

Todos asintieron y se aprestaron a seguirlo hasta el otro lado de la calle. Permanecieron tras su figura mientras hacía sonar la aldaba. Tras unos segundos, una mujer de pelo cobrizo y ojos verdes les abrió la puerta y, de inmediato, compuso una expresión de intranquilidad. Claramente, no pasó desapercibida para ella la elegancia y el porte de sus visitantes.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó.

—Soy lord Wyndham, el padre de Henry. Me acompaña mi esposa, los condes de Beaconshire y la marquesa de Carisbrooke. Hemos venido en cuanto nos ha llegado su carta —explicó el duque en un perfecto francés.

—Sí, sí, por supuesto. Adelante, adelante.

El grupo siguió a la francesa hasta una sala pequeña pero acogedora, donde tomaron asiento alrededor del hogar.

—En Francia, ¿las viudas no guardan luto por el marido fallecido? —Elinor no reprimió la pregunta.

Sophie la miró con los ojos estrechados.

—Eh…

—Soy Elinor —le aclaró.

—Oh, Elinor, por supuesto. El querido Henry hablaba mucho de usted, la tenía en alta estima…, como a una hermana más.

Elinor sonrió de forma ladina.

—Esa debe de ser su opinión. Le aseguro que Henry no me ve ni, mucho menos, me trata, como a una hermana.

—Ejem… Bien, estaba hablándonos de su falta de luto, Sophie. —El duque recondujo la conversación y atrajo hacia él la mirada acorralada de la francesa.

—No. En Francia no guardamos tanto luto como en Inglaterra, y Pierre hace ya tres meses que falleció…

—¿Y por mi hijo? —preguntó la madre de Henry de forma contenida.

La pelirroja se restregó las manos.

—Eh… Es que… todavía no me hago a la idea de su muerte…

—Nosotros tampoco. Por eso estamos aquí —aseveró el duque con autoridad—. Exigimos ver ahora mismo los documentos del matrimonio y… el certificado de defunción de mi hijo.

—Yo… Eh… Yo… Los tiene mi abogado.

—¿No será su abogado, por casualidad, el hombre que ha salido de aquí hace unos minutos? —indagó su tía Emily no sin ironía.

—Eh… sí. Así es. Me… está ayudando mucho ante la dura situación que estoy viviendo. —Elinor había visto actores aficionados sollozar con más convicción.

—Lo entiendo, madame. De hecho, comprendo su situación cada vez con mayor… claridad. Dígame dónde está enterrado mi hijo —exigió su tío.

La francesa tragó saliva ruidosamente.

—Eh… ¿su tumba? No la hay. Los espías y los traidores no reciben cristiana sepultura.

Elinor se levantó como un resorte y, si no hubiera sido por su padre, que reaccionó rápido y la sujetó, se hubiera abalanzado contra la pelirroja para arrancarle los ojos.

—¡Maldita desgraciada! ¡Fue usted quien lo traicionó! ¡Acaba de delatarse!

—¡Henry me traicionó a mí! ¡El plan era perfecto! Él regresaría, se casaría conmigo y luego…

—Luego pensaba traicionarlo igualmente para viajar a Inglaterra con su… abogado como amante —la acusó su madre, mientras ella recuperaba la serenidad por el bien del bebé y de ella misma.

—Pero Henry regresó a cumplir con su palabra. Y su palabra no comprendía casarse con usted, tan solo garantizar que no les faltara de nada —adivinó su tía, mientras hacía el gesto de mirar a su alrededor—. ¿Dónde está la niña, por cierto?

Elinor sintió un escalofrío al ver a aquella bruja apretar los labios, enfocar la vista en el fuego y negarse a abrir la boca. En ese momento, sonaron golpes en la puerta. Su padre la abrió y dejó pasar a cuatro hombres. Sophie recuperó el habla al verlos.

—¿Quiénes son? ¿Qué hacen en mi casa?

—Son mis hombres —respondió su fabuloso padre—. Verá, Sophie, dirijo un departamento del gobierno inglés. Un departamento secreto, con carta blanca para actuar y… no dejar rastro de esas actuaciones. Y estos caballeros están a mis órdenes.

—¿Qué pretenden? ¿Qué van a hacer? ¡Henry debe de estar muerto! Nadie sobrevive en Bicetre. Ningún traidor sale vivo de allí.

—Mamá, suéltame —pidió al escuchar el tono con el que esa bruja se refería a Henry.

—Elinor, querida, calma. Ahora estoy más seguro que nunca de que Henry está vivo y… ya sabemos con certeza dónde está. No perdamos más tiempo —le pidió el duque, al que de inmediato dio la razón.

Iba a preguntar a su padre qué harían sus hombres con Sophie, pero él le devolvió la mirada y negó con la cabeza. Entendió el mensaje. Se levantó, se cogió de los brazos de su madre y de su tía, y caminó hacia la puerta.

Tras darle la dirección de la prisión a Bak, el grupo subió al carruaje que, de inmediato, emprendió la marcha.

—¿Papá?

—¿Sí, Elinor?

—¿Podrían tus hombres investigar el paradero de Juliette?

—Claro, en cuanto se ocupen de su madre y del amante de esta.

—Yo también temo por esa niña —manifestó la duquesa.

—Mis agentes llevan tiempo infiltrados tanto entre las clases bajas como entre la burguesía y lo que queda de la aristocracia francesa. Averiguarán su paradero. Y, por cierto, tan solo será necesario que muevan algunos hilos para que arresten a Sophie y a su… abogado. Que os conozco y sé que estabais imaginando otro tipo de justicia.

—Yo no habría protestado demasiado, papá.

—Soy gitana y partidaria del ojo por ojo —la apoyó su madre.

—Ambas tenéis un alma buena y justa. No os imagino siendo sanguinarias —comentó su tía Emily. Pero antes de que su marido pudiera añadir algo, los sorprendió—: yo, sin embargo, sí sé usar el bisturí.

Elinor agradeció la conversación frívola, que sirvió para alejar por unos minutos la preocupación por el estado de Henry. Cogió aire, se llevó la mano al vientre y se aferró con uñas y dientes a la esperanza. No obstante, el miedo le barrió el cuerpo en cuanto arribaron a los muros de la prisión de Bicetre y descendieron del carruaje.

—Es la misma maldita situación que vivimos hace veinte años —murmuró su madre.

—Isabella, espero entonces el mismo desenlace —manifestó la madre de Henry, al tiempo que entrelazaba los dedos de una mano con los de su amiga y ajustaba los otros alrededor del asa de su maletín.

—¿Esta vez será tan sencillo como anunciarnos y enseñar el oro? —preguntó Andrew a su padre.

—El oro es la llave que más puertas abre, amigo.

Los cinco se dirigieron a la garita de entrada y, nada más anunciar sus títulos, les permitieron el paso. Elinor se pegó más a su padre, que cubrió sus hombros con su fuerte brazo y besó su frente con rapidez.

—Lo lograremos —le susurró.

Ante ellos, veía a su tío Andrew atenazar el brazo de su tía Emily, sin duda con el temor a que saliera corriendo de forma precipitada en busca de su hijo. La preocupación los tenía a todos demasiado tensos.

El guarda que los había acompañado abrió una puerta, los anunció ante su sargento y los hizo pasar a una antesala poco iluminada y peor ventilada. Tuvo que retener una arcada de asco y un sollozo. Estar allí lo volvía todo más real y no pudo evitar desesperarse al pensar cuál sería la

situación de Henry, en qué estado se encontraría. Su tío se aproximó a la mesa tras la cual un hombre calvo con un sucio uniforme los observaba sin reprimir una mirada de odio.

—Soy el duque de Wyndham. Me han informado de que mi hijo, Henry Cavendish, marqués de Suffolk, se encuentra encarcelado aquí por una acusación de espionaje y traición al rey.

—¿Y quién le ha informado? —preguntó el sujeto al tiempo que unía sus manos, hacía sonar sus nudillos y esbozaba una desdentada sonrisa.

—La misma persona que lo acusó injustamente —afirmó su tío dando un paso adelante—. Y tenemos pruebas de la falsedad de la acusación. —El padre de Henry arrojó sobre la mesa una bolsa que tintineó y evidenció lo que contenía.

—Esa es una prueba más que *fe… feci… feciente*…

—Fehaciente, *monsieur*, y es toda suya, junto con otra del mismo tamaño, si nos lleva hasta la celda de Henry y lo encontramos sano y salvo —intervino su tía con aplomo.

Elinor quiso gritar de angustia cuando le pareció que el detestable carcelero se negaría, pero respiró hondo al ver cómo se levantaba de su silla y se llevaba la mano a la argolla de la que colgaban varias llaves. En ese momento, la puerta se abrió y el guarda entró dando un traspié. Alguien lo había empujado y no era otro que Bak, acompañado de los cuatro hombres de su padre.

—Hemos terminado nuestro trabajo, señor, y hemos pensado que podríamos ser útiles aquí —anunció uno de los agentes.

Su padre asintió mostrando un gesto de orgullo a la vez que el duque les hacía un ademán para que formaran una escolta alrededor de su madre, de su tía y de ella misma.

Puso su atención de nuevo en el carcelero, descubrió su mirada de rabia y, otra vez, la asoló el miedo por Henry. Lo siguieron por un nuevo pasillo mal iluminado, bajaron un tramo de húmedas escaleras y acometieron el trecho final. El sargento se detuvo ante una celda tenebrosa y farfulló unas palabras que ella tardó en comprender.

—Los espías y traidores no gozan de mucha hospitalidad, ¿sabe? Siento si alguien, sin nuestro conocimiento, por supuesto, se ha ensañado un poco con su hijo.

El duque apretó los puños, su padre se situó con discreción tras el sargento y su tía Emily se precipitó dentro de la celda en cuanto se abrió la puerta.

—¡Henry! ¡Henry! ¡Dios mío!

Elinor escuchó el grito desgarrado de su tía y todo le dio vueltas. Se apoyó en su madre y aspiró el tranquilizador aroma de su pecho. Allí, cogió fuerzas para darse la vuelta y entrar en la celda.

Varias antorchas se elevaron en ese momento desde el pasillo para iluminar el cubículo y entonces pudo ver a su tía Emily arrodillada junto al que, sin duda y a pesar de las prendas rotas, era el cuerpo de Henry. Tan solo le veía las piernas y sus pies descalzos y sucios.

—¡Preparad una camilla! ¡Voy a llevarme de aquí a mi hijo! —El grito de su tía la sacó de su estupor.

Se arrodilló al otro lado de Henry al mismo tiempo que lo hacía el duque. Se mordió los labios para evitar soltar un lamento y procuró no molestar mientras los padres de Henry lo examinaban. De forma instintiva, supo lo que debía hacer. Con cuidado, se tumbó al lado de Henry, sin importarle nada más que lograr que él la sintiera. Tantas veces se había tumbado a su lado: sobre la nieve, sobre la hierba, sobre la arena de la playa de Brighton… y siempre, él terminaba por ofrecerle su pecho como apoyo. El mejor lugar del mundo. Él era el mejor lugar del mundo.

Con decisión, acercó los labios a su oreja y le habló. Hubiera querido acariciarle la cara, pero

no encontró piel libre de heridas.

—Hola, *Hendy*. Ya estamos aquí, contigo. Hemos venido a buscarte para llevarte a casa, a Wyndham. Allí te esperan Mary y Mike, para que juegues con ellos, y la abuela Josephine, para obligarnos a pasar por el altar. —Elinor cerró los ojos, tomó aire para coger fuerzas y seguir—. No tendrá que insistir demasiado, ¿sabes?, porque estoy deseando convertirme en tu mujer. Yo también te quiero, *Hendy*. Te he amado desde niña, sin saberlo, y por eso no podía imaginarme casada, porque, si no era contigo, no era con nadie. Henry…

A Elinor le pareció escuchar un gemido de los labios de él y eso hizo que intercambiara una mirada esperanzada con los duques. Se incorporó.

—Henry, mi amor, ¿me escuchas?

—Án… Án-gel.

—*Hendy*, cariño, sí, soy yo, tu pequeño ángel. ¡Oh, Dios mío!

—Elinor, han traído la camilla, debemos pasar a Henry a ella y sacarlo de aquí —anunció la duquesa con cariño.

—Por supuesto —asintió y volvió a reclinarse hacia Henry con premura—. *Hendy*, no me apartaré de ti.

La comitiva abandonó a su suerte a un maltrecho sargento dentro de la celda y enfiló la salida. La camilla, sostenida por el duque, por Bak, por su padre y por uno de sus hombres llegó sin problemas a la calle, sin duda gracias al intercambio de más oro y de no pocas miradas amenazantes.

Bak apareció con una carreta en la que instalaron a Henry y a la cual treparon sus tíos y ella misma. Al carruaje subieron sus padres y los agentes los escoltaron hasta el cercano hotel de Westminster. Allí, ocuparon las suites tras agradecer la ayuda de los agentes y despedirse de ellos.

Ya en la habitación principal, Elinor no se amedrentó y ayudó a su tía y a su madre a asear a Henry con paños de agua caliente. Protestó cuando la obligaron a salir en el momento de desnudarlo del todo y esperó en la habitación contigua intercambiando miradas impacientes con su padre y su tío. Saltó de la butaca cuando su madre anunció que podía volver a pasar.

Corrió hacia la cama, trepó a ella y, a pesar de que el rostro de Henry se veía casi deformado por hinchazones y hematomas, buscó un hueco en su piel para apoyar los labios.

—Creo que eres su mejor medicina, Elinor. Siempre lo fuiste —comentó su madrina con una sonrisa cansada mientras terminaba de vendar la muñeca a su hijo.

Elinor, que había contado los vendajes del pecho, de la cabeza y de los dos brazos, intuyó que se escondían más bajo las mantas y asintió hacia su tía reprimiendo las lágrimas. Se sorbió la nariz sin recato, se abanicó los ojos y sonrió de nuevo. Si Henry abría los ojos, quería que viera su sonrisa.

No se bajó de la cama cuando el padre de Henry y el suyo entraron en la habitación. Continuó tumbada con el brazo hincado en la almohada y la cabeza apoyada en la mano. Con la otra, acariciaba el cabello de Henry o jugaba con el colgante del ángel que reposaba en su pecho; su fuerte pecho que, en aquel momento, se agitó.

—¿Án…gel?

—¡*Hendy*! Mi amor, estoy aquí. ¡Tía Emily!

Su tía, seguida de los demás, corrió al otro lado de la cama.

—Henry, cariño, no te muevas. Tienes huesos rotos y he tenido que inmovilizarte un brazo y una pierna… Y no te esfuerces en abrir los ojos, los tienes un poco hinchados, pero ya estás a salvo, hijo… —Un sollozo de alivio interrumpió su diagnóstico tan profesional.

—Ma… madre —gimió Henry.

—Hijo, no te preocupes —lo calmó el duque—. Tu madre se ha emocionado. Han sido días muy duros, pero, por fortuna, quedarán atrás. Estamos en el hotel Wellington, con Isabella y Michael, esperaremos a que estés fuerte como para viajar y volveremos a casa, ¿de acuerdo?

—Sí. —Fue lo único que respondió Henry.

Elinor besó su sien, le cubrió la mano con la suya y sonrió al ver que él conseguía entrelazar sus meñiques.

—Descansa, no me voy a mover de tu lado.

—Acerca de eso…

—No, papá.

Interrumpió a su padre antes de que pudiera seguir aduciendo tontas normas de decoro. Por el amor de Dios, esperaba un hijo de Henry. Intercambió una mirada de entendimiento con su madre y enseguida la vio coger a su padre de la mano y llevárselo de la habitación como si fuera un corderito. Eran adorables.

Lo que no esperaba era que sus tíos también se retiraran a los aposentos del otro lado de la puerta. Permanecerían cerca, por si Henry los necesitara, pero, a la vez, les procuraban algo de intimidad. Contempló entonces el magullado rostro de Henry, escuchó su respiración profunda y se metió bajo la manta para acomodarse a su lado.



Henry todavía tardó dos días en mantenerse despierto durante más tiempo y ser capaz, al fin, de abrir los ojos. Cuando lo hizo, tal y como Elinor deseaba, ella fue lo primero que vio.

—Pequeño ángel.

—Hola, mi amor, ¿me ves bien? Voy a avisar a tu madre.

—No… No, espera, no te vayas —le pidió—. Cuéntamelo todo. Recuerdo que hablé con Sophie y al día siguiente… me detuvieron y… luego todo está borroso.

Elinor se inclinó hacia él, le acarició el mentón y lo besó con cuidado. Tomó aire y le resumió todo lo sucedido. Como esperaba, después de enterarse de la traición de Sophie, su preocupación fue para Juliette.

—Henry, Juliette enfermó. Sophie creyó que la niña había contraído la misma enfermedad que Pierre y… la llevó a un hospicio. Por fortuna, no era tisis y se ha recuperado bien. Ahora está con los abuelos de Pierre.

—¿Cómo… cómo puede una madre abandonar a una hija? —le preguntó buscando su mano por encima de la manta hasta encontrarla y estrecharla en la suya.

—No lo sé, mi amor. Solo sé que a un hijo se le protege y se le ama desde el mismo momento en que se sabe que va a llegar…

—¿Y tú cómo…?

Elinor cogió la mano de Henry y la puso sobre su vientre.

—Vamos a tener un hijo, Henry.

—¿Qué?

Su desconcierto la divirtió.

—Que vas a ser padre. En septiembre, si los cálculos de tu madre no fallan.

—Dios… No puedo creerlo. Es maravilloso. Otro pequeño ángel al que consentir… —Elinor se inclinó y besó la comisura de su sonrisa—. *Lady* Suffolk, juegas con ventaja, no puedo abrazarte ni besarte como deseo.

—De momento, disfrute de mis muestras de afecto, Lord Suffolk. Cuando esté completamente recuperado, le exigiré que me las devuelva. Todas. Incluyendo esas sesenta y cuatro maneras de…

Henry rio y gimió al mismo tiempo.

—Elinor, no me hagas reír, por el amor de Dios.

—Echaba de menos tu risa. Y tu mirada. Te amo, *Hendy*.

—Y yo a ti, mi pequeño ángel.

Epílogo

Brighton. Dos meses más tarde

Elinor se acurrucó en el pecho de su recién estrenado marido y suspiró hondo mientras el carruaje los llevaba desde la iglesia hasta Wyndham, donde tendría lugar el desayuno nupcial. Apenas podía creer todo por lo que habían pasado en los dos meses anteriores.

A pesar de su férrea voluntad, Henry tardó un mes en recuperarse lo suficiente como para viajar de vuelta a Inglaterra y, una vez en casa, sacó a relucir una tozudez impropia de él. Se levantaba y contravenía los consejos de su madre y del doctor Rose, de manera que corroboraba aquello de que no había nada peor para un médico que tener que seguir los consejos de sus colegas.

Por supuesto, su madre y el doctor no conocían la causa de la motivación de Henry. Y esta no era otra que sus ganas de contraer matrimonio con ella. Unas ganas que no dudaba en demostrarle cada vez que estaban a solas.

—Estás muy callada, esposa. ¿En qué piensas?

—En el milagro de que llegáramos a tiempo, en tu fuerza para recuperarte, en lo feliz que me haces…

Henry sujetó su barbilla entre los dedos y se separó para mirarla a los ojos.

—Llegasteis a tiempo porque tu recuerdo me mantuvo vivo. El deseo de volver a verte, de tenerte entre mis brazos de nuevo, fue el refugio de mi mente y mi motivo más poderoso para no rendirme. —La mano de Henry rozó el ángel oculto bajo la ropa y bajó a acariciar su vientre—. Y, después de rescatarme, me diste otra razón más para luchar: nuestro hijo.

Elinor suspiró de nuevo, esta vez, de amor por su marido. Ese suspiro capturó la mirada de Henry, que no dudó en bajar su rostro y poseer sus labios. Su beso dulce la estremeció de tal manera que lo cogió por el cuello para que no se separara. Su gesto exigente excitó a su marido hasta lo indecible.

En un solo movimiento, Henry la subió a su regazo, forzó su boca y le metió la lengua con la clara intención de provocarla. Lo logró.

—Hazme el amor, esposo —le pidió sin remilgos.

Henry mordió su labio inferior, sonrió sobre su boca y levantó el brazo para dar tres golpes en el techo del carruaje, una señal que Bak supo interpretar. Luego, arremangó las pesadas faldas del vestido de novia, la sentó sobre él a horcajadas y manipuló sus pantalones. Al instante estaban unidos, comiéndose a besos y jadeando por el placer que se daban.

Un buen rato después, a las puertas de Wyndham Manor, trataron de adecentarse entre risas. No debieron de lograrlo con éxito, a juzgar por las miradas suspicaces que les dedicaron los duques de Wyndham y los condes de Beaconshire nada más entrar en el engalanado salón.

Después de los de sus padres, recibieron los abrazos efusivos de sus hermanos y, a continuación, del resto de familiares y amigos. Tras las felicitaciones, se dispusieron a disfrutar del día mientras esperaban el momento de volver a estar a solas.

Ya de madrugada y saciados después de una larga noche de bodas, Henry abrazó a Elinor, que descansaba sobre su pecho, y le pidió que se tumbara a su lado.

—Henry, mi amor, estoy agotada. No tenemos que practicar todas las posturas del *Tratado*

del amor en una sola noche.

—No lo digo por eso, pequeño ángel. Anda, túmbate.

Elinor besó su barbilla, hizo una mueca de falsa desconfianza y bajó de su cuerpo para estirarse a su lado. Se sobresaltó en cuanto vio el fuerte y desnudo cuerpo de Henry deslizarse hacia abajo y acercar el rostro a su ombligo.

—Está bien, milord, creo que no estoy tan cansada —ronroneó llena de expectativas.

Henry soltó una carcajada y le pidió que guardara silencio poniéndose el índice sobre los labios. De inmediato, apoyó la oreja bajo el ombligo de Elinor, justo donde ya se notaba una bonita curva, y cerró los ojos.

—¿Qué ocurre, Henry? —Elinor no pudo evitar espabilarse del todo y preocuparse.

—Vuelvo a escuchar dos latidos, cariño.

Elinor palmeó el hombro de su marido.

—Oh, deja de bromear con eso.

—No bromeo. Es más, he estudiado el tema y resulta que los gemelos tenemos muchas probabilidades de engendrar gemelos.

—Pues deja que sea tu hermana quien confirme esa… teoría.

—¿Te asusta dar a luz a dos bebés?

Henry dejó de inmediato de bromear para mostrar un rostro preocupado.

—No, doctor, porque sé que contigo a mi lado todo irá bien.

—Conmigo, con mi madre, con la tuya y con… el doctor Rose.

—Oh, Dios mío.

Cinco meses más tarde, Elinor volvía a usar esa expresión, pero, esta vez, en forma de gritos que retumbaban por todo Wyndham. En la biblioteca, su padre, su suegro, sus hermanos y su abuela se frotaban las manos con ansiedad, se paseaban o bien bromeaban para romper la tensión reinante.

—Simon, espero por tu bien que aquí dentro solo haya uno —susurró Emi al oído de su marido mientras se señalaba su pronunciada barriga.

—Según los científicos de la familia, si hay dos, será culpa tuya, mi amor —sonrió Simon.

—Está bien. Entonces, con dos hijos, no hará falta que vuelvas a tocarme —Emi rio al ver cómo Simon dejaba de sonreír y comenzaba a fruncirle el ceño.

Cuando los gritos de Elinor cesaron y el repentino silencio se hizo en la casa, Michael y Andrew se miraron y enseguida salieron corriendo escaleras arriba. El primero respiró hondo y llamó a la puerta. La cara sonriente del doctor Rose borró de inmediato el terror que le había sobrecogido durante un momento eterno y pudo adentrarse en la habitación, seguido de Andrew.

Elinor, a pesar del esfuerzo, sonreía con cansancio recostada en el pecho de Henry mientras Emily y su madre acunaban cada una a un bebé.

—¿Queréis conocer a vuestros nietos? —preguntó Isabella a los dos hombres que se acercaban temerosos a la cama.

—Andrew, te presento a William, futuro duque de Wyndham.

El padre de Henry contempló a su nieto, luego les dedicó una sonrisa a Henry y a ella y terminó por apoyar los labios en la frente de su Emily.

Su padre, así mismo, preguntó con la mirada a su madre y ella le mostró a su nieta.

—Y ella es Josephine, que ha sido lo suficientemente lista como para nacer la primera y asegurarse el título de duquesa de Silverstone.

—El título y ser la preferida de la abuela. En cuanto sepa su nombre, no habrá quién aguante su arrogancia. —El comentario de su padre provocó la risa de los demás y el carraspeo del

doctor.

—Vaya. Entonces, ¿el nombre de la pequeña no es en mi honor?

—Por supuesto, doctor —rio Henry.

Su marido buscó entonces su mirada.

—¿Te sientes bien para admitir más visitas?

—Sí, avísalos, por favor.

Henry la besó en los labios y se levantó para dirigirse a la puerta. Entretanto, los orgullosos abuelos recibían a los bebés de manos de las encantadas abuelas. La imagen de esos hombres formidables acunando a sus hijos la emocionó.

—Hija, ¿estás bien? —se preocupó su madre.

—Sí, son lágrimas de amor y felicidad.

Agotada, pero sin querer reconocerlo, rio al ver entrar corriendo a Mary y a Mike, seguidos de la abuela, de Emi y de Simon. Todos se deshicieron en carantoñas hacia los bebés. Emi le preguntó discretamente por la experiencia, a lo que ella respondió con una amable mentira por su parte, y sonrió al ver cómo Simon, al escuchar su respuesta, le tomaba el pelo a su esposa.

¿Dónde se había metido Henry?, se preguntó al percatarse de su tardanza. Su madre la vio mirar con insistencia hacia la puerta y tomó el mando de la situación.

—Está bien, está bien, hora de dejar descansar a Elinor.

Encaminó a toda la familia hacia la puerta, incluido al doctor Rose, y llamó a su tía Emily para hablarle al oído. Entre las dos se ocuparon de acomodarle en cada brazo a sus hijos, se turnaron para besarla en la frente y se dirigieron a la puerta.

Justo en ese momento, apareció Henry, que recibió también los besos de las exultantes abuelas y las siguió con la mirada hasta que salieron. Luego, caminó hacia la cama con una bandeja cubierta por una servilleta.

—¿Qué traes ahí, *Hendy*?

—Pastel de arándanos y un vaso de leche. ¿Te apetece? —ofreció su marido tras dejar la bandeja en la mesita y sentarse al filo de la cama.

—Solo los bordes —sonrió.

—Por supuesto —murmuró él al tiempo que le apartaba un rizo de la cara. Luego sus ojos se desviaron hacia sus hijos—. Gracias.

—¿Gracias?

—Por tu fiel amistad, por tu apoyo sin reservas, por no rendirte conmigo…, por ellos…, por amarme.

—Está bien, está bien, para o me volverás una presuntuosa —pidió a su marido con un mohín. Henry la miró con intensidad y ella decidió dejar de bromear—. Yo también te doy las gracias: por tu paciencia, por animarme a seguir escribiendo y no abandonar mis sueños, por nuestros hijos y por tu amor infinito.

—Infinito… —Henry se inclinó con cuidado y la besó con ternura—. Te amaré eternamente, mi pequeño ángel.

—Te amaré por siempre, *Hendy*.

Agradecimientos

Muchas gracias a ti, querida lectora, por haber vuelto por tercera vez a Brighton y por haber sido cómplice de Elinor y Henry.

Gracias, como siempre, a mis lectoras cero: María Eugenia, Mari Carmen y Lourdes.

A mis compañeras de letras y lectoras beta: Desirée Ruiz, Maca Ferreira y Pilar N. Colorado. También a Tamara Díaz, que me dio *feedback* de esta novela que tanto me ha costado escribir.

A las maravillosas mujeres escritoras y lectoras que he conocido estos dos años y a las que, gracias a las redes, tengo tan cerca: mis locas por el arquero, mis compañeras Nanomágicas y mis compañeras del Club de lecturas grupales.

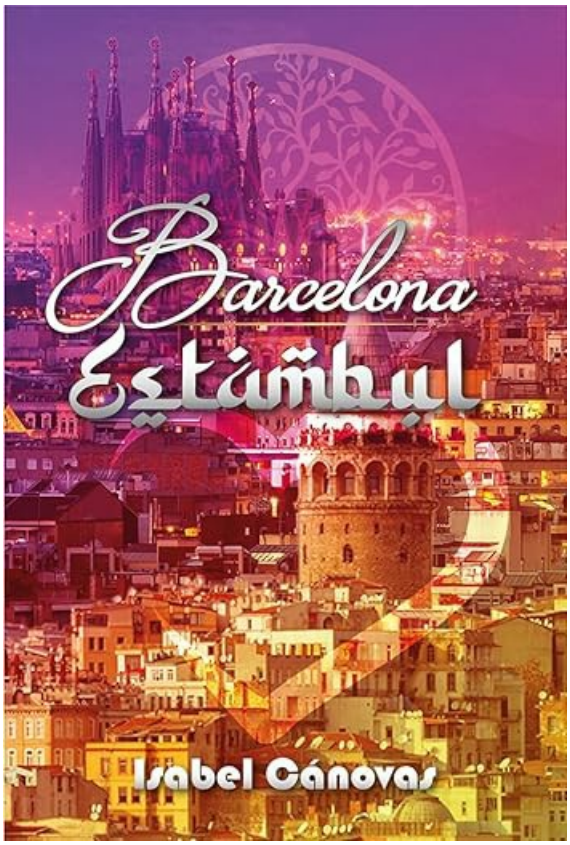
A mis compañeras y compañeros del grupo de Facebook «Cómo escribir relatos cortos y divertirse», por su cariño y ánimos constantes.

Y, por último, a dos talentosas mujeres que hacen que *La rebeldía de Elinor* luzca perfecta en su corrección, maquetación e ilustraciones: Marisa Sefra y Adela Aragón, de Bola Ocho ediciones.

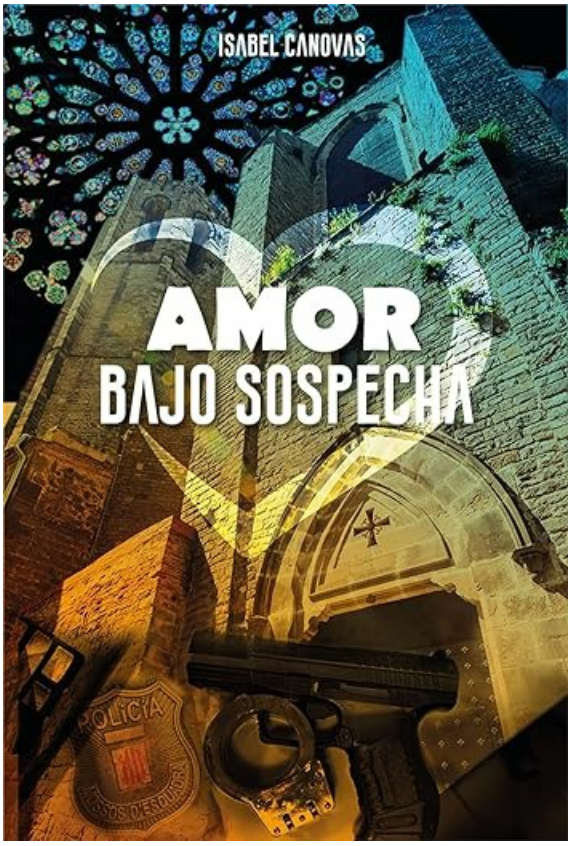
Gracias, familia, por estar siempre ahí.

Querida lectora, muchísimas gracias por haber leído *La rebeldía de Elinor*. Si has disfrutado de esta tercera estancia en Brighton, la mejor forma que tienes de echarme una mano es recomendar la serie. ¡Puedes dejar una reseña en Amazon para que otras lectoras la disfruten! Te lo pongo facilísimo con el enlace directo a mi página de autora en Amazon.

También puede ser que te hayan entrado unas ganas locas de seguir leyendo mis novelas de género contemporáneo, así que aquí están sus enlaces.



¿Eres fan de las telenovelas turcas? Viaja a Estambul para vivir un amor de leyenda con *Barcelona Estambul*.



Si lo que quieres es perseguir a un asesino por las calles de Barcelona mientras eres testigo de una tórrida pasión que se termina convirtiendo en amor, lee *Amor bajo sospecha*.



Quizá te encanten los *enemies to lovers*. Si ese es el caso, no te pierdas *La luz de tus ojos*.



Y, definitivamente, si lo tuyo es viajar para conocer pueblos encantados y sus leyendas, además de ver cómo Kate trata de resistirse al apuesto David, viaja a Chained, Irlanda, a través de las páginas de *Todo por ti*.

A estas alturas, seguro que me has cogido cariño y quieres estar al tanto de lo que voy preparando. Puedes seguirme en Instagram @isabelcanovasautora o en Facebook

Isabel.canovas.9. También te dejo mi email por si me quieres contar cositas isabelcanovasautora@gmail.com. Tú has leído mi novela, qué menos que yo también te lea a ti.
Te espero en cualquiera de mis redes.
Hasta siempre. Isabel.